Hombre Tigre

Eka Kurniawan



HOMBRE TIGRE

EKA KURNIAWAN

Traducción de Jacinto Pariente



www.armaeniaeditorial.com

Título original: *Man Tiger* (Verso, 2015)

Primera edición: junio 2018
Segunda impresión: octubre 2018
Tercera impresión: noviembre 2018
Primera edición ebook: agosto 2021

Armaenia Editorial, S.L.
www.armaeniaeditorial.com

ISBN: 978-84-18994-11-1



UNO

La tarde que Margio mató a Anwar Sadat, el *kyai*[1] Jahro estaba trabajando alegremente en su estanque de peces. Un aroma marino flotaba entre los cocoteros, el océano gemía con tono agudo y una suave brisa agitaba las algas, los árboles del coral y las lantanas. El estanque se hallaba en el centro de una plantación de cacao, los árboles estériles por la falta de cuidado, los frutos resecos y marchitos como guindillas. Las hojas solo eran útiles a los fabricantes de *tempeh,*[2] que las recolectaban por las noches. Por la plantación corría un arroyo lleno de anguilas y peces de cabeza de serpiente que, al desbordarse, anegaba la zona pantanosa que había en sus márgenes. Poco después de que la plantación se hubiese declarado en bancarrota, los lugareños habían puesto lindes, arrancado los jacintos de agua y los espesos matorrales de kangkong y convertido el pantano en un arrozal. El *kyai* Jahro estaba entre ellos, pero solo cultivó el arroz una temporada. Requería demasiado tiempo y atención. Jahro, que jamás había oído hablar del arroz orión, la variedad de crecimiento rápido, se pasó al cultivo de cacahuetes, más resistentes y menos engorrosos. Cuando llegó la cosecha, sus tierras rindieron dos sacos de vainas que le hicieron preguntarse cómo iba a comérselas todas. Así que convirtió su parcela de pantano en un estanque y arrojó en él un puñado de alevines de peces mujair y nila. Desde entonces, su pasatiempo favorito era alimentar a los peces antes de la caída del sol y verlos mordisquear la agitada superficie del agua.

Estaba echando salvado de arroz y hojas de mandioca y papaya al agua, en la que los peces aleteaban animadamente, cuando una motocicleta rugió en la distancia. Conocía tan bien aquel sonido que ni se molestó en alzar la cabeza. Era incluso más familiar que el sonido del tambor del *surau,*[3] que se escuchaba cinco veces al día. Se trataba de la Honda 70 roja y brillante del comandante Sadrah, que transportaba a su dueño al *surau* o llevaba a su esposa al mercado, y en otras ocasiones, cuando Sadrah no tenía nada mejor que hacer, simplemente recorría las esquinas desiertas del barrio a la caída de la tarde.

El comandante Sadrah tenía más de ochenta años, pero se

mantenía en buena forma. Aunque hacía ya mucho tiempo que se había jubilado del ejército, todos los años desfilaba con sus camaradas veteranos en el Día de la Independencia. Se decía que el ayuntamiento de la ciudad le había concedido una parcela en el cementerio de los héroes en recompensa por sus servicios, cosa que él interpretaba como una invitación a morirse pronto. Hizo un viraje con la motocicleta y se detuvo junto al estanque. Después de apagar el motor, se secó la boca, sobre la que pendía un oscuro bigote, gesto sin el cual no se sentía él mismo. Jahro no levantó la vista hasta que el comandante Sadrah llegó hasta su lado. Hablaron de la tormenta de la noche anterior, que por suerte había comenzado después de la película patrocinada por la compañía de tónico de hierbas que proyectaban en el campo de fútbol, aunque sin duda había dejado desolados a los dueños de los estanques.

Hacía unos meses, se había desatado una tormenta similar que había durado una semana. El caudal del arroyo, por el que normalmente corría más fango que agua, había subido dos metros, arrastrando montones de gansos corriente abajo, y se había tragado los estanques de la ribera. Los peces, que habrían llenado las panzas de los lugareños y sus hijos, desaparecieron casi por completo. Cuando bajó el nivel del agua, solo quedaban caracoles y tallos de plátano. Jahro miró al comandante Sadrah y le dijo que había preparado unas redes para cubrir sus estanques y proteger a los peces en el futuro.

En ese momento, un anciano montado en una bicicleta, agachándose para evitar las ramas de los árboles de cacao, llamó a Jahro. Ma Soma, que enseñaba a los niños a leer el Corán en el *surau*, saltó justo a tiempo de evitar que la bicicleta chocara con el dique. Con ambas manos en el manillar, la bicicleta piafó como un caballo al que tiraran de las riendas. Les contó jadeante que Margio había asesinado a Anwar Sadat. Lo dijo de una forma que sugería que Jahro debía acudir rápidamente a oficiar las oraciones fúnebres, pues esa había sido una de sus obligaciones durante los últimos años.

—Por Dios —dijo el comandante Sadrah. Intercambiaron miradas perplejas durante un momento, como si se tratara de una broma que no lograban comprender—. Lo he visto esta misma tarde. Llevaba en la mano una vieja espada samurái oxidada. Dichoso crío, espero que no recuperara esa maldita reliquia de la guerra después de que yo se la confiscara.

—No lo hizo —dijo Ma Soma—. Le ha mordido la yugular a Anwar Sadat.

Nadie había oído nunca una cosa semejante. En los últimos diez años se habían cometido en la ciudad una docena de asesinatos, y en todos se habían utilizado machetes o espadas. La causa de la muerte nunca había sido un arma de fuego o un kris y desde luego, jamás una mordedura. A veces la gente se atacaba a dentelladas, sobre todo las

mujeres cuando peleaban entre sí, pero nadie moría de esa forma. Las identidades del asesino y su víctima hacían que el asunto fuera aún más extraño. Conocían perfectamente al joven Margio y al viejo Anwar Sadat. Era impensable que esos dos personajes protagonizasen semejante tragedia, por muchos deseos que Margio tuviera de matar a alguien y por muy odioso que fuera el hombre llamado Anwar Sadat.

Se sumieron en sus cavilaciones unos minutos, perdidos en pensamientos de sangre rancia brotando de un cuello agujereado y un adolescente paralizado por el pánico, atónito ante su propia monstruosidad, la boca y los dientes rojos como el hocico de un cuón[4] después de acabar con su presa matutina. Aquellas escenas imaginarias eran completamente inverosímiles. Incluso el devoto *kyai* Jahro se olvidó de pronunciar el *Innalillahi,*[5] mientras que, por su parte, Sadrah musitaba palabras inconexas y estaba tan asombrado que por una vez no se acordó de limpiarse la boca. Ma Soma se estaba cansando de estar allí de pie y le dio la vuelta a la bicicleta haciéndoles señas de que se apresuraran, así que se marcharon de allí más asustados aún, como si el asesinato no se hubiera producido y ellos se dirigieran a evitarlo.

Lo cierto era que, a su vuelta de las oraciones del principio de la tarde en el *surau*, Sadrah, que llevaba puesto su sarong, había visto al joven cargar la espada de samurái desde la garita donde montaba guardia el vigilante nocturno. Todo el mundo hablaba ya de la espada como si fuera la prueba de que hacía mucho tiempo que el joven albergaba intenciones asesinas. La garita del vigilante nocturno estaba en el centro del pueblo, frente a una difunta fábrica de ladrillos cubierta de malas hierbas. El joven caminaba lentamente con la espada de samurái colgando de la mano mientras la punta arañaba el suelo. Después se sentó en un banco y se dedicó a empuñar la espada y golpear con ella el tambor de hendidura hecho de madera que se utilizaba para dar la alarma. Varias personas lo vieron, pero no le dieron mayor importancia. La espada estaba tan vieja y oxidada que no se podía decapitar con ella ni al más raquítico de los pollos.

Décadas después del fin de la guerra, los montones de espadas que los japoneses habían dejado tras de sí se habían convertido en objetos de decoración o en talismanes. Según recordaba Sadrah, la mayoría no eran ya más que trastos abandonados y comidos por el salitre del aire. Quizá Margio la hubiera encontrado en el basurero o escondida en la fábrica de ladrillos. Sadrah decidió no pasar por alto el hecho de que, por muy estropeada que estuviera, una espada era una espada, si bien no sospechaba que Margio tuviera la intención de acabar con la vida de Anwar Sadat. Hasta donde los vecinos sabían, nada indicaba que estuvieran enemistados.

Le había confiscado la espada a Margio sobre todo porque le

preocupaba que hubiera bebido demasiado licor de arroz glutinoso y anduviera buscando pelea. A los jóvenes les gustaba emborracharse, lo cual era la causa de innumerables problemas. Desde luego, el joven no iba a matar a nadie con aquel cacharro oxidado, pero quién sabe qué podía pasar si con la borrachera se le ocurría golpear al perro de un vecino y este le respondía con una pedrada y las cosas terminaban por salirse de madre. Además, la noche anterior se había congregado una multitud en el campo de fútbol para la proyección de la película patrocinada por la compañía de tónico de hierbas, ocasión propicia para que se escapara el demonio de las peleas que acechaba a los muchachos. La violencia podía prolongarse hasta el día siguiente y a menudo hasta varios días después. En todo caso, Sadrah tenía razón en preocuparse por el hecho de que alguien se pasease por ahí con una espada de samurái desnuda, por muy inofensiva que pareciera.

—¿Por qué? —preguntó Margio, al que no le apetecía entregar su juguete—. Mírelo, no es más que un trozo de metal viejo que no sirve para nada.

—Sí, pero puedes matar a alguien con él —replicó Sadrah.

—Eso es justo lo que estoy planeando.

A pesar de que el joven había manifestado claramente que tenía la intención de cometer un asesinato, Sadrah no le hizo caso. Después de intentar convencerle y de amenazarle con encerrarlo en el cuartel, le quitó la espada, se la llevó a su casa y la lanzó encima de la perrera del patio trasero.

Se olvidó rápidamente de la espada de samurái oxidada y no vio venir el desastre que se avecinaba. Quizá se hubiera vuelto autocomplaciente con la edad. Ahora lamentaba haberla confiscado. De no haberlo hecho, quizá Anwar Sadat seguiría aún con vida. Por mucho que le hubiera golpeado con ella, no le habría causado más que contusiones y huesos rotos. El comandante se estremecía al imaginarse al joven sujetando a Anwar Sadat mientras le clavaba los dientes en el cuello.

Esa tarde les había dicho a los muchachos que se tomaran un descanso y se dedicaran a ir detrás de las chicas si les apetecía, y que se aseguraran de tener alguien con quien divertirse ese fin de semana. Al día siguiente, como era habitual, los llevaría a cazar jabalíes. Durante la temporada de caza, los jóvenes se portaban bien y no se emborrachaban los sábados por la noche, pues de lo contrario Sadrah no los invitaba a la cacería o, peor aún, podían acabar atravesados por los colmillos de un jabalí. Se iban a la playa en grupos, arrastrando con ellos a las chicas salvajes o saludando a las señoras respetables con bolsas de naranjas y tímidas sonrisas. Volvían a casa antes de las diez, dóciles y obedientes, y dormían a pierna suelta hasta que la llamada a la oración los despertaba al alba. Condenado muchacho,

maldijo el comandante Sadrah al pensar en Margio, que en vez de descansar y prepararse para la próxima cacería de jabalíes había ido a la casa del peludo y porcino Anwar Sadat y lo había asesinado.

La caza del jabalí era el pasatiempo favorito de los hombres del pueblo desde hacía muchos años, cuando Sadrah era aún la autoridad militar del lugar. El mismo Anwar Sadat siempre había sido un entusiasta de las cacerías, cuando terminaba la cosecha y la gente dejaba la tierra en barbecho un tiempo. Aunque jamás había empuñado una lanza o corrido por las colinas, siempre contribuía con cajas de comida llenas de arroz y huevos fritos, y una camioneta para transportar a los cazadores hasta el borde de la jungla. Disfrutaban de la caza tres veces al año, los domingos de la estación lluviosa en que no llovía. Entre una jornada de cacería y otra domesticaban a los cuones y los enseñaban a seguir un rastro.

De todos los cazadores que habían estado al mando de Sadrah, Margio era el campeón. Llevaba en la espalda la cicatriz de un afilado colmillo de jabalí y sus amigos sabían cuántos cochinos había doblegado su lanza antes de conducirlos hasta la trampa y encerrarlos vivos en ella. Los jabalíes muertos no les interesaban. Incluso cuando se enfrentaban a un jabalí enfurecido, los muchachos evitaban matarlo. Lo herían un poco y lo obligaban a meterse en la trampa. Los querían vivos para organizar peleas de jabalíes y cuones al final de la temporada de caza. Durante las cacerías de estos estúpidos animales, Margio se había ganado el título de jefe de batidores debido a su poderoso paso y a su lanza despiadada. No todos tenían el valor de asumir esa función, que exigía correr a la par del jabalí igualando su velocidad. Era una hazaña que le había granjeado a Margio la admiración de sus compañeros.

Unas semanas antes, Sadrah se quedó consternado al enterarse de que Margio había desaparecido. Se había largado y nadie sabía dónde. Algunos de sus amigos lo buscaron por la playa, donde a veces se le veía echando las redes o atrapando rayas con los pescadores, pero nadie sabía nada. Durante las dos semanas previas había acampado un circo cerca del campo de fútbol, así que la gente concluyó que lo más probable era que Margio se hubiera unido a la compañía y anduviera por ahí de pueblo en pueblo. A Sadrah, que ya tenía listos a los feroces cuones, le entró el pánico. El jefe de batidores era irremplazable. La semana anterior, la primera cacería había sido un desastre. Solo habían atrapado dos jabalíes, sobre todo gracias a la agilidad de los cuones. Ese mismo día se supo que el padre de Margio había muerto.

Se llamaba Komar bin Syueb y su muerte trajo a su desaparecido hijo de vuelta a casa. Nadie estaba más contento de su retorno que Sadrah, frustrado por el fracaso de la cacería, pero no se atrevió a invitarle a volver a la jungla el domingo siguiente por respeto al

periodo de luto. Margio apareció cuando los cazadores se bajaban del camión con dos jabalíes chillando en una jaula y docenas de cuones atados con correas de cuero. Los saludó alegremente, a pesar de que su padre estaba aún por enterrar.

Poco después del funeral, Margio visitó a Sadrah. Acarició con cariño a los cuones en el patio trasero de su casa. Se acuclilló y los abrazó uno a uno, sacándoles la cera de las orejas y permitiéndoles mordisquearle las chanclas y el dobladillo de los pantalones. No había en su cara rastro alguno de tristeza. Por el contrario, parecía increíblemente feliz, como si hubiera ganado una apuesta inesperada.

El comandante Sadrah sabía muy bien que el muchacho no se llevaba bien con su padre e incluso sospechaba que lo quería muerto. Conocía a la familia desde que habían llegado al pueblo y Margio no era más que un mocoso con una bolsa de canicas con la que se camelaba a los otros niños para que jugaran con él. Sadrah llegó a conocer bien al padre, y más de una vez lo había visto golpear brutalmente a Margio por las faltas más insignificantes. Ahora que ya no estaba, el astuto muchacho era incapaz de ocultar su contento, pensaba Sadrah, así que cuando Margio lo vio acercarse no se lo pensó dos veces y le preguntó si habría cacería la semana siguiente. Deseaba participar incluso si tenía que llevarse su propio almuerzo y cederle el puesto de jefe de batidores a otro.

Por supuesto, Sadrah le devolvió su puesto.

Lo que era evidente ahora era que Margio no sería jefe de batidores en la cacería del domingo. Maldito crío, pensó Sadrah. Hasta el día que le quitó la espada y se la llevó a su casa apoyada sobre el hombro con las piernas envueltas en un sarong, sintiéndose como si viviera en la belicosa época de los califas, nunca había creído que Margio se metiera en peleas. Tanto sobrios como borrachos, los jóvenes se peleaban con frecuencia. Siempre estaban dispuestos a enzarzarse a puñetazos a la más mínima provocación: un tropezón involuntario durante un concierto de *dangdut*,[6] una cabeza que tapaba la pantalla durante una película, o si se enteraban de que una chica que les gustaba salía con otro. Vivir en una época más o menos tranquila de la historia de la república, en la que los asuntos de la guerra estaban reservados a los militares, volvía temeraria a la juventud. En la época en que Sadrah estaba al mando de los soldados del pueblo, su ocupación principal era sofocar estos altercados. Pero hasta donde él sabía, Margio nunca había participado en la violencia, aunque era famoso por su fuerza.

Era un chico al que no le gustaba quedarse en casa, pero sabía comportarse. No era tan tonto como para perder el tiempo armando bronca, así que durante el día se ganaba la vida haciendo trabajillos y se gastaba el dinero que ganaba en cerveza y tabaco. Tenía mal genio,

pero era amable. Todos sabían que odiaba a su padre y creían que era capaz de acabar con él, pero nunca lo había intentado. No era pendenciero. Cuando se enteró de que había matado a Anwar Sadat, Sadrah no daba crédito.

Estaba tan convencido de que el chico era inofensivo que había olvidado inmediatamente que Margio le había dicho que planeaba matar a alguien. Cuando caía la noche, después de dar de comer restos de carnicería fritos a los cuones, sacó la Honda 70. Se la había regalado un comisario de policía local hacía años y aunque no tenía papeles ni matrícula, por suerte nunca le habían puesto una multa. Posiblemente, el comisario se la habría confiscado a algún delincuente y como después de unos meses nadie la había reclamado, pasó a ser propiedad de Sadrah. Había muchas motocicletas requisadas y después de la Honda 70 el comisario le había ofrecido otros modelos más modernos, pero Sadrah permanecía fiel a su vieja favorita. Quizá le gustara su aspecto anticuado, aunque se estropeara con frecuencia e hiciera más ruido que un molino de arroz.

Se paseaba rugiendo con ella sin casco y en chanclas por los callejones en dirección a la playa y los arrozales por el camino que atravesaba la plantación. Le gustaba sentir la brisa de la tarde, contemplar el paisaje y saludar a la gente con la que se cruzaba por la carretera. De vez en cuando iba al taller a que le hicieran una puesta a punto y otras veces se paraba en un chiringuito a tomar café, antes de continuar su ruta con una pipa en la boca que soltaba más humo que el tubo de escape. Iba a detenerse tan solo un momento cuando vio a Jahro junto a su estanque, pero la noticia que traía Ma Soma acabó con su paseo vespertino.

El comandante Sadrah corrió hasta su motocicleta, que estaba apoyada contra un cocotero, se montó en ella e intentó ponerla en marcha, lo cual nunca era fácil. Logró arrancar varias veces, pero el motor se calaba. Finalmente, aprovechando que funcionaba, dio un acelerón que hizo que la motocicleta sonara como un tambor de lata. Por señas, indicó al *kyai*, el profesor de Corán, que se subiera él también, preocupado por que el motor se calara de nuevo. El *kyai* Jahro se sentó firmemente detrás del comandante después de arrojar el resto del salvado al estanque y lavarse las manos y los pies en el caño. Mientras recorrían el camino lleno de baches, aún resbaladizo por la lluvia de la noche anterior, la motocicleta parecía más frágil que un burro con fiebre. El peso de los dos hombres era un esfuerzo tan grande para el motor que tenían que ayudarle de vez en cuando empujando con los pies. Al llegar a la carretera recta y llana que pasaba frente al campo de fútbol, la moto empezó a coger velocidad; Ma Soma les seguía a distancia en su antigua bicicleta.

—Lo único que ese crío ha hecho de malo en su vida ha sido robar

pollos —dijo Jahro—. Y encima eran de su padre.

No era ningún secreto. Todo el pueblo sabía que Margio le robaba los pollos a su padre. No porque lo necesitara, sino por venganza. —No tengo ni idea de cómo se le puede haber ocurrido arrancarle la cabeza a mordiscos a alguien —dijo Sadrah.

Anwar Sadat yacía inmóvil bajo una tela de batik de color marrón en el suelo de su habitualmente luminoso salón, ahora ensombrecido por la inconsolable pena y el ululante gemir de las mujeres. La tela estaba empapada de rojo y se había pegado al contorno del cadáver, mientras la sangre aún corría por el suelo. Oscura y coagulada. Nadie se atrevía a descorrer la cortina que separaba el mundo de los vivos del de los muertos, pues todos eran conscientes de la enorme herida, más pavorosa que cualquier fantasma. Solo pensar en ella provocaba náuseas y hacía que la gente se apartase del cuerpo.

Dos policías llegaron en un coche patrulla. La luz roja siguió girando después de que la sirena hubiera enmudecido. Permanecieron inmóviles en la puerta, eran las dos únicas personas que habían tenido la oportunidad de apartar la tela brevemente antes de volver a dejarla en su sitio. Aunque no tenían motivos para estar allí, se sentían parte del suceso. La mujer de Anwar Sadat no les permitió llevarse el cuerpo para que le practicaran la autopsia, lo cual era razonable. No había ningún misterio en cuanto a la causa de la muerte o la identidad del asesino. Anwar Sadat no necesitaba que lo examinasen, lo único que necesitaba era el lavado ritual, algodón para cubrir la herida y un entierro inmediato.

Lo más seguro era que no lo enterraran hasta la mañana siguiente. Maharani, su hija menor, estaba en la universidad y no llegaría al pueblo antes del amanecer. El hecho de que la hija se encontrara en casa la noche anterior aumentaba el dramatismo. Había pasado allí toda su semana de vacaciones antes de marcharse de buenas a primeras aquella misma mañana. La gente se imaginaba cómo la tragedia se extendía hasta la lejana habitación de Maharani, donde la joven, aún agotada, deshacía el equipaje. Tendría que volver a meter sus pertenencias en la bolsa o dejarlas allí y partir entre lágrimas y con mil preguntas en la cabeza, ya que cuando se había marchado su padre estaba perfectamente. No le dijeron que lo habían asesinado. Solo le enviaron un breve mensaje comunicándole su muerte, y ahora la chica estaría corriendo a toda prisa hacia el próximo tren o autobús que la trajera de vuelta a casa.

Por el jardín y la terraza de la casa del difunto había grupos de mujeres cuchicheando unas con otras y pergeñando sus propias versiones de lo sucedido. Decoraban el espacioso jardín cinco palmeras aceiteras y un carambolo, de una de cuyas ramas colgaba un neumático en el que se columpiaban los niños. Junto a la carretera, un

majestuoso flamboyán sembraba de pétalos una alfombra de hierba japonesa en la que los niños jugaban a las peleas y daban volteretas y por la que deambulaba una familia de pavos. En dos de las esquinas había estanques con grandes carpas y flores de loto y pequeñas fuentes cantarinas. Los bordes y el centro de los estanques estaban adornados con estatuillas de piedra de lavanderas semidesnudas y niños nadando esculpidas por las hábiles manos de Anwar Sadat.

Otra de sus obras populares entre el vecindario era un tambor de hendidura con forma de pene colgado delante de la casa. Hacía las veces de timbre para las visitas. Anwar Sadat había llegado al pueblo hacía años. Antes de casarse y establecerse en el lugar se había licenciado en Bellas Artes y vendía cuadros por la playa. Siempre decía que era un gran admirador de Raden Saleh, y colgaba por la casa sus propias reproducciones de las obras del gran pintor, cuya técnica imitaba descaradamente, incluyendo el famoso cuadro de la batalla entre el tigre y el bisonte. No le preocupaba lo más mínimo que su reputación artística fuera conocida solo por los que vivían cerca de su casa.

Se casó con una aprendiz de comadrona que le había encargado un retrato. Anwar Sadat la pintó mucho más hermosa de lo que nunca había sido y ella se enamoró de él. Como no quería romperle el corazón, se casaron rápidamente, después de lo cual descubrió que se había hecho muy rico, ya que la joven era la heredera de la mitad de las tierras del pueblo. A partir de entonces, debido a la herencia de su esposa, que también trabajaba de comadrona en el hospital, dejó de perseguir la fama como artista. Pero, por supuesto, siguió pintando y haciendo esculturas, sobre todo retratos de personas que conocía y copias perfectas de las obras maestras de Raden Saleh. Excepto por un retrato del comandante Sadrah en su hogar, sus lienzos eran la exposición colectiva de una miríada de hermosas mujeres.

Nunca tuvo un verdadero empleo después de abandonar la profesión de pintor. Se pasaba su ilimitado tiempo libre jugando al ajedrez con Sadrah, patrocinando al equipo de fútbol local y seduciendo chicas. Al último de esos hábitos, la persecución y seducción de chicas, y ocasionalmente de viudas jóvenes o esposas dispuestas, le ponía mucha más pasión de la que jamás le había dedicado a la pintura. Esto tampoco era un secreto, porque los secretos no duraban mucho en las bocas de sus vecinos. Aun así, su reputación de inmoral nunca eclipsó el respeto que la gente sentía por él, y en las reuniones siempre le permitían pronunciar largos discursos, con los que demostró ser un elocuente orador. Tenía encanto, y la gente se lo perdonaba todo. Además, hay que considerar el hecho de que pocos de sus amigos podían afirmar con honestidad tener mejores modales.

Nadie vio a la Parca sentada sobre su hombro aquella mañana. Anwar Sadat era un diablillo risueño, siempre alegre como si la muerte no pudiera tocarle. Como de costumbre, fue a desayunar al puesto de tortitas, donde se apretujó en la cola con colegiales de uniforme que esperaban a que sonara la campana de la escuela con cara de preocupación. Los allí presentes lo oyeron bromear con la boca llena de tempeh frito y tortitas. Estaba sentado en el banco frente a los fogones mientras el vendedor vertía la masa en la plancha y revolvía los buñuelos en un wok lleno de aceite. Pellizcó las barbillas de las niñas de uniforme hasta que su indecencia las hizo protestar y se echaron a un lado para evitar sus súbitos intentos de besarlas en la cara.

Todos lo recordaban claramente con sus shorts blancos y una camiseta de tirantes con el logo de la joyería abc. Era rollizo y algo indolente debido a la edad y la falta de ejercicio, pero no por ello dejaba de presumir de que se le ponía la polla tan dura como una piedra, y jamás se había molestado en ocultar su explosiva lujuria. Aquella mañana habló mucho; estaba preocupado por su hija menor, que había decidido marchase de buenas a primeras, aunque aún estaba de vacaciones, y se había ido sola a la estación con su bolsa, negándose a que la acompañaran.

La noche anterior, después de ver la película en el campo de fútbol, no había querido hablar con nadie. No quiso cenar ni ver la televisión como siempre, y en toda la noche no se oyó ni un pitido de la radio que normalmente escuchaba. Ni siquiera había ido al baño, y a Anwar Sadat le sorprendió que, siendo una chica tan religiosa, no hubiera hecho las oraciones del amanecer. Por la mañana salió de su habitación aún sin hablar y con los ojos llenos de lágrimas. Anwar Sadat no tenía ni idea de qué le habría pasado y temía que le soltara un grito si intentaba averiguarlo. Se preguntaba si sería él la causa de su enfado. La chica simplemente pasó por delante con su toalla camino del baño. Y además sucedió otra cosa fuera de lo normal: salió del baño apenas un momento después. Volvió a su habitación y se maquilló levemente, como si creyera que estaba todo lo hermosa que tenía que estar. Después salió con una bolsa, no desayunó nada y dijo bruscamente, «tengo que irme».

Retrospectivamente, parecía que sus ojos abatidos y su semblante sombrío eran un presagio de que su padre iba a morir esa misma tarde. Salió de casa con prisas, insistiendo en irse sola a la estación de autobuses, como si les sobrara tiempo para verse en el futuro. En el puesto de tortitas, Anwar Sadat no paraba de refunfuñar sobre Maharani, pero en realidad no estaba enfadado; era solo una excusa para presumir de hija.

Anwar Sadat tenía tres hijas, nacidas en los primeros años de su

matrimonio, cuando su mujer y él aún tenían fuego suficiente para agotarse el uno al otro en la cama. Años después, cuando su amor se había enfriado, la gente empezó a olvidar el nombre de su esposa, Kasia, y la llamaban simplemente Señora Comadrona. Anwar Sadat tenía suerte de no haber dejado embarazada a ninguna de sus amantes. Los hijos bastardos eran siempre mayor problema para la familia del padre que para la de la madre. Sus hijas habían heredado tanto su promiscuidad como su atractivo.

Su aspecto había cautivado a muchas mujeres a lo largo de los años, y Anwar Sadat seguía siendo guapo incluso en su vejez, cuando su cuerpo se había hinchado y solo le quedaba pelo en algunas zonas de la cabeza. Incluso entonces seguía llamando la atención de alguna que otra atrevida amante en potencia. El buen aspecto de Anwar Sadat contrastaba asombrosamente con el de Kasia. Con su nariz de loro, su mandíbula ancha y sus fríos modales aristocráticos, parecía más una bruja que una princesa. No es que fuera excepcionalmente fea, sino que la mayoría de los hombres no la encontraba atractiva en absoluto. La opinión general era que Anwar Sadat se había casado con ella por su dinero, y gracias a su dinero podía permitirse acostarse con tantas mujeres, de lo cual su esposa estaba al corriente en la mayor parte de los casos, si bien elegía no enterarse, siempre y cuando no dejara a ninguna embarazada.

Laila, la mayor de sus hijas, había heredado el atractivo sexual de su padre y su temperamento lascivo. Era hermosa y bien proporcionada y tenía un cuerpo escultural. A su rostro asomaba un poco más de arrogancia de la necesaria. Con dieciséis años era una colegiala excepcionalmente voluptuosa perseguida tanto por sus compañeros de clase como por sus profesores, hasta que un día su padre descubrió que estaba embarazada. Anwar Sadat buscó frenéticamente un chamán que se deshiciera de lo que tenía en la barriga. Su mujer se negó a ayudar y en la escuela se negaban a admitir a una alumna embarazada. En cuanto se sacó el graduado, Anwar Sadat la arrastró a ella y al compañero de clase del que se decía que era el responsable hasta un *penghulu* que ofició la ceremonia de matrimonio. Dos días después el joven esposo se la encontró en la cama con otro.

Fue el escándalo más sensacional de la historia del pueblo. A Anwar Sadat se le caía la cara de vergüenza a la más mínima alusión a lo sucedido y Kasia huyó unos cuantos días a casa de unos parientes. Después de aquello, tanto el marido como el amante la dejaron por imposible. La gente empezó a referirse a ella como La Viuda y al verla susurraban «esa se va con cualquiera».

Maesa Dewi, su segunda hija, y la más hermosa de las tres, era harina de otro costal. No tenía tantas curvas como su hermana mayor,

pero sus modales eran misteriosamente dulces. Se comportaba con mayor respeto por el decoro, cualidad que sobrevivió a su padre muchos años. En la escuela, sus calificaciones demostraban claramente su inteligencia, logro que sus hermanas nunca consiguieron igualar. Maesa Dewi terminó los estudios sin una sola mancha en el expediente. Lo poco que a Anwar Sadat le quedaba de sentido moral lo obligó a querer y admirar a la chica, que, a diferencia de sus hermanas, no había sacado su naturaleza lasciva. Seguro de que aún era virgen, le permitió asistir a la universidad y convenció a su mujer de que vendiera una de sus parcelas para pagarle la educación, a pesar de que Kasia creía que ninguna de sus hijas estaba en sus cabales. Cuando La Dulce volvió a casa un año más tarde, no traía un diploma sino un bebé recién nacido y un novio desempleado con el que después se casó. De ella nadie decía que se iba con cualquiera. Parecía ser fiel. A pesar de todo, las historias de la primera y la segunda hija de Anwar Sadat crearon la impresión entre las personas que se consideraban morales de que las tres eran unas libertinas y que no había quien las metiera en cintura.

Apostaban entre ellos que el día menos pensado Maharani, la más joven, aparecería en casa con un recién nacido, por muchas pruebas que demostraran que aquello era algo completamente impropio de ella.

En el puesto de tortitas, después de su abrupta marcha, Anwar Sadat no podía dejar de hablar de Maharani. Hablaba de los regalos que había traído. Una navaja para su padre, un cepillo grande para el pelo rizado de su madre y una caja de música para su sobrinito. Anwar Sadat volvió a contar los chistes de su hija, aunque algunos ya los habían oído de boca de la propia Maharani durante las vacaciones. Kasia intentaba frenar aquella cháchara exagerada y las otras dos hijas no ocultaban sus celos, pero fue Margio quien le puso el punto final a todo.

Ahora Anwar Sadat yacía muerto, esperando a que cavasen su tumba y limpiaran el ataúd, y sobre todo a que su hija menor volviera y contemplara la horrible herida y rompiera a llorar más alto aún que Kasia, Laila y Maesa Dewi juntas. Cualquiera que mirara vería a Kasia más desaliñada de lo habitual, de rodillas, mordiendo la punta de un trozo de tela que tenía enrollado en el regazo. Por qué lo había traído, era un misterio. A su lado estaba Laila la Viuda intentando en vano calmar a su madre a pesar de haberse desmayado poco antes y no haber vuelto en sí hasta que alguien le salpicó la cara con agua. La más afectada era Maesa Dewi, la primera en ver la cabeza casi arrancada de Anwar Sadat. Aullaba de dolor como si tuviera el estómago lleno de agua hirviendo y abrazaba a su bebé, que gritaba casi tan alto como ella.

Las plañideras acompañaban el luto de la familia de Anwar Sadat con llantos más suaves, más contenidos, como un coro que armonizaba a diferentes niveles de dolor. Tenían los ojos hinchados y enrojecidos, visiblemente agotados por la tristeza que les producía la pérdida de aquel hombre infiel y sin corazón. Y dado que había sido Ma Soma quien en uno de sus paseos por el *surau* había encontrado el cadáver, se lo había llevado de la escena del crimen y lo había cubierto con una tela de batik, ninguna de las mujeres allí presentes se había ocupado del muerto como era debido. Mientras tanto, Ma Soma cogió su bicicleta y fue a buscar al *kyai* Jahro. Había cogido la tela del estudio del artista. La había diseñado la propia víctima. A Anwar Sadat nunca se le había pasado por la mente que un día cubriría su cadáver. Jahro y Sadrah llegaron poco después y la gente los miró con ojos que parecían suplicar piedad o ayuda. El *kyai* Jahro, además de profesor de Corán del pueblo, era también pariente de la viuda de Anwar Sadat, así que se hizo cargo de la situación inmediatamente.

Sadrah y él transportaron el cadáver, sin quitarle la mortaja de tela de batik, desde la casa al jardín delantero, dejando tras de si un oscuro rastro rojizo. El comandante Sadrah pensó que debía pesar ochenta kilos y que si hubiera sido un jabalí los cuones lo habrían hecho pedazos. Colocaron el cadáver sobre un banco junto al pozo, donde Ma Soma había colocado una pila de toallas, jabón de azufre, una palangana de agua, pétalos de flores y, por supuesto, bórax. Allí fue donde el *kyai* retiró por fin la tela, lentamente, preparándose para el shock. Con varios hombres como testigos, se desveló por fin el secreto oculto. La oración del *Istighfar*[7] salió de la boca del *kyai*, suplicando el perdón de Alá una y otra vez mientras los hombres, siguiendo su ejemplo, murmuraban sin poder apartar la vista de la herida desflecada en el macilento cuello. La sangre borboteaba aún del cadáver ante sus ojos. La repugnante escena era peor que una pesadilla y más de uno tuvo que mirar hacia otro lado.

Estimulado por una curiosidad pueril, Sadrah examinó el cuerpo al detalle con la esperanza de descubrir qué había hecho Margio exactamente. Una arteria seccionada colgaba como el cable de una radio rota. Es más brutal de lo que me imaginaba, pensó al darse cuenta de que el cuello estaba prácticamente cortado en dos, como si un carnicero se hubiese dejado el trabajo sin terminar.

—Su padre murió hace unos días, y poco antes había muerto su hermana pequeña, con solo una semana de vida —dijo Jahro—. Creo que el muchacho se ha vuelto loco.

—Desde luego hay que estar loco para morder a alguien así —respondió Sadrah.

El aire se enfrió y el comandante Sadrah oyó a sus cuones aullar en la distancia, pidiendo que los metieran en su jaula, o más

probablemente porque sus hocicos carnívoros habían detectado el olor de la sangre en la brisa de la tarde. Antes de que cayera la noche, Jahro pidió unos cubos de agua. Los surtidores chirriaban ruidosamente. Ma Soma reapareció con unas bolsas de bolas de algodón. Jahro limpió la herida con toda solemnidad, seguro de detener el incesante río de sangre como si el horrible tajo no fuera más que una rozadura infantil. Continuó murmurando oraciones. Sadrah, que había vivido los horrores de la guerra de guerrillas y había visto cuerpos humanos volar en pedazos por el fuego de mortero, admiraba la fría compostura de Jahro. Estuvo a punto de proponer que dejaran la herida tal y como estaba, de recordarle al *kyai* que al fin y al cabo el cuerpo acabaría pudriéndose en su tumba.

Las manos de Jahro danzaban recibiendo bolas de algodón que cambiaban de color en cuanto las introducía en la herida; después aplicó una venda y la cubrió con trozo de muselina. Parecía un pequeño corte en el cuello de una persona viva que llevara una bufanda de muselina arrugada. Mientras él se afanaba con esta labor, otros hombres desvistieron el cadáver, lo lavaron, lo frotaron y lo perfumaron con flores. Un aroma de bórax se desprendía del difunto y flotaba alrededor de sus cabezas.

Ma Soma trajo un sudario del *surau* y allí mismo amortajaron el cuerpo.

—No es decoroso dejarlo desnudo toda la noche —dijo el *kyai* Jahro. Después añadió, —si la joven Maharani quiere verle la cara a su padre podemos deshacer el nudo de la mortaja. Pero si tiene la más mínima idea de su aspecto, quizá no quiera. Su madre y sus hermanas perderán el apetito durante días y tendrán pesadillas durante el resto de sus vidas.

La noche trajo frío y silencio. Tres hombres transportaron rápidamente el cadáver al *surau* y la gente se dispuso a celebrar los ritos fúnebres después de la oración del *Maghrib.*[8]

A pesar de su obsesión por las mujeres, Anwar Sadat iba al *surau* con regularidad. Incluso cuando andaba ocupado, que era a menudo, nunca se olvidaba de asistir a las cinco oraciones diarias. Normalmente se ocupaba de golpear el tambor y de recitar el *azhan* o la *iqama*. Nadie le habría confiado el papel de imán. Sus hábitos religiosos se debían en parte al hecho de que la mayoría de los parientes de su esposa eran miembros activos del *surau*, algunos incluso habían hecho la peregrinación a la Meca o eran *kyais*. Otro motivo era su sentido de la responsabilidad, pues el *surauestaba* en sus tierras; lo había construido su suegro muchos años antes de que él apareciera por allí vendiendo cuadros. Nadie creía, y con razón, que Anwar Sadat estuviera muy cerca de Dios.

Según la opinión popular, el asesinato sucedió exactamente a las

cuatro y diez, ya que diez minutos antes Margio estaba con sus amigos y diez minutos después había vuelto con ellos en estado de shock. Se habían reunido en el campo de fútbol para ver a la gente apostar a las carreras de palomas y había mucho jaleo de gritos y silbidos. Los jóvenes competían con sus palomas, que no regresaban si se aventuraban más allá de los límites del pueblo, por lo cual solo las soltaban desde el borde del campo de fútbol para que persiguieran a una paloma hembra que otro muchacho sujetaba en la mano al otro extremo. Las mejores volaban desde pueblos cercanos detrás de veloces mototaxis, revoloteando entre las nubes y lanzándose en picado cuando veían a las hembras. Diez minutos antes del asesinato Margio había estado allí, tumbado en la hierba mirando al cielo.

Laila estaba por allí también. De hecho, incluso habló con él. Sospechaba que tenía algo que ver con la súbita partida de Maharani porque aquella semana los había visto juntos todos los días. Era él quien la había acompañado a la película patrocinada por la compañía de tónico de hierbas la noche anterior. Margio lo negó e insistió en que no tenía nada que ver con la partida de Maharani y dijo que ya era mayorcita para ir y venir cuando quisiera. Laila se dio cuenta de su expresión abatida y pesarosa. No dijo nada más; como el resto del pueblo, no tenía ni idea de que Margio fuera a matar a su padre.

—Se me ha ocurrido una idea vergonzosa —le dijo Margio bruscamente a su amigo Agung Yuda, uno de los matones locales.

En vez de explicarle en qué consistía, se lo llevó al chiringuito de bebidas de Agus Sofyan, en una esquina del campo de fútbol. Dijo que tenía algo de dinero y le apetecía una cerveza. El chiringuito había sido anteriormente la cafetería de los lugareños y los empleados de la plantación y vendía sopa y aperitivos a las esposas demasiado holgazanas para cocinar. Pero como estaba en un lugar apartado, se había convertido en el punto de encuentro de los matones. Agus Sofyan empezó a despachar arak y cerveza a la sombra de la plantación de cacao. A veces también se podía comprar discretamente hierba y pastillas, lo cual lo convertía en el sitio perfecto para emborracharse y ligar con las mujeres. Era una versión diurna de la garita del guardián.

Laila La Viuda iba por allí a menudo y los chulos la acosaban e intentaban meterle mano. Normalmente se burlaba de ellos pero a veces, cuando se sentía generosa, se acostaba con alguno de buen grado. Había mujeres que se dejaban llevar a la plantación para follar, pero Laila no era de esas. En el chiringuito, mientras Laila miraba las carreras de palomas, Margio le pidió a Agus Sofyan una botella de cerveza fría, lo cual quería decir que Agus Sofyan tendría que meter la botella entre bloques de hielo en lugar de servirla fresca en un vaso con hielo picado. Margio se negaba a beber cerveza tibia porque según

él no sabía igual. Compartió la botella con Agung Yuda. La sirvió en dos vasos, se sentó en un pequeño banco detrás del puesto y mientras la cerveza aún burbujeaba, empezó a hablar.

—En este momento, mucho me temo que me voy a cargar a alguien.

Un poco antes de que Margio desapareciera, Agung Yuda lo había oído comentar que iba a asesinar a su padre. Decía que había algo en su interior y que era capaz de matar sin vacilar. Agung Yuda no le preguntó qué era ese algo porque creía que incluso sin ello, el jefe de batidores podría matar a cualquiera sin esfuerzo. Pero por supuesto, nadie que no hubiese estado allí creería que Margio había dicho esas palabras. Era el más amable y educado de sus amigos. Todo el mundo sabía que su padre era violento, especialmente con su madre. Y sabían cuánto la quería Margio. Sin embargo, el muchacho normalmente cedía ante la brutalidad de su padre y contenía sus agresiones igual que frenaba a sus amigos cuando empezaban a pelearse.

Incluso si lo de matar a su padre iba en serio, había dejado pasar la ocasión. Komar bin Syueb estaba criando malvas. Había tan pocas posibilidades de que regresara a la vida como de que Margio se enemistase con alguien, así que no se vislumbraba una posible víctima en el horizonte. Puede que sus amigos se metieran en peleas, pero Margio nunca le ponía un dedo encima a nadie.

No hablaron más del tema porque Agung Yuda guardó silencio después de la confesión de Margio. Siguieron sentados, dando sorbos a sus cervezas y contemplando la plantación de cacao salpicada de arrozales, estanques y huertos de cacahuete. Allí ya había oscurecido y las nubes de mosquitos se habían adueñado del lugar, pero en el pantano aún había luz y se veía a la gente trabajando en sus estanques. Margio distinguió al *kyaiJahro* recogiendo hojas de mandioca y papaya, y un saco de cemento lleno de salvado de arroz. Su padre también había cultivado arroz allí, pero lo había abandonado porque no servía para la agricultura. En su parcela solo quedaban plantíos de mandioca, que no requieren cuidado, cuyas hojas se caían cuando los rebaños de ovejas que andurreaban por el lugar aplastaban las plantas. Margio no tenía la más mínima intención de ocuparse de ella.

Margio solía pasar el rato por los alrededores de un gran edificio colonial en uno de los lados del campo de fútbol. Iba allí con sus amigos cuando se saltaban una clase aburrida. Se escondían entre los árboles de cacao a fumar cigarrillos y una vez mezclaron el tabaco con semillas de estramonio para colocarse. Leían fotocopias de las novelas pornográficas de Enny Arrow o las «sexcapadas» de Nick Carter. Las noveluchas y los tebeos estaban prohibidos en el colegio y en clase nadie se atrevía ni a mencionar cómics como El ciego de la cueva

embrujada o Panji la calavera, que trataba de un héroe que cargaba con el ataúd de su amada por todas partes. Esas cosas solo podían leerlas en la plantación de cacao.

Otras veces servía para darse de puñetazos con alguien o enrollarse con una chica y de cuando en cuando los delincuentes locales venían a matarse. Los capataces de la plantación eran el enemigo común, siempre acusaban a los jóvenes de robar semillas de cacao, y la verdad era que a veces tenían razón. Los capataces los perseguían en sus bicicletas. Si atrapaban a alguno lo llevaban de la oreja al profesor de educación física, que era muy severo. Algunas noches la plantación cambiaba de función, cuando la gente que no tenía baño en casa iba allí a cagar. Margio observaba el lugar como si viera lo peor de su propio pasado.

Agung Yuda había sido uno de los testigos de la enorme felicidad de Margio al volver a casa y encontrarse a su padre muerto. Pensaba que los problemas de la familia acabarían con la muerte de Komar bin Syueb. Ahora se daba cuenta de que aquello era una sandez. Agung Yuda pensaba que Margio estaba un poco deprimido y que toda aquella charla sobre ideas vergonzosas y matar a alguien no eran más que pamplinas. Lo decía, sencillamente, porque no se le ocurría nada mejor que decir.

«*Laksmana Raja di Di Laut*», una canción *dangdut*, sonaba en la radio de dos bandas de Agus Sofyan que, colgada de la puerta del chiringuito, amenizaba a todo volumen las mañanas, las tardes y las noches. Era una vieja Panasonic de pilas, enchufada torpemente con cables a la red eléctrica. Un cliente había cogido la carcasa para usarla como abanico y nunca la había devuelto, así que el cacharro medio difunto tenía las tripas colgando por fuera en un revoltijo. Sin embargo, aún hacía suficiente ruido como para ser audible a medio campo de fútbol de distancia. En determinadas ocasiones la gente se apiñaba en torno a la radio para escuchar los partidos de liga, pero el resto del tiempo tenía sintonizada una emisora especializada en *dangdut* y otros estilos de música pop. El estruendo del aparato se sumaba al griterío de los que apostaban en las carreras de palomas y animaban a los pájaros.

Agung Yuda se sacó medio paquete de Marlboro del bolsillo y le ofreció un cigarro a Margio, que se lo deslizó entre los dedos sin encenderlo. Era muy bueno con este truco, lo había aprendido practicando con un bolígrafo cuando se aburría en clase. Algunos de sus amigos lo imitaban e intentaban hacerlo con un cigarrillo encendido. Margio apuró la cerveza y se puso en pie para irse.

—Olvidaba que tengo que ir a ver a Anwar Sadat —dijo, sin explicar el motivo de su visita.

Encendió el cigarrillo antes de marcharse. Agung Yuda seguía sin

tener la más mínima sospecha de que Margio fuera a matar a Anwar Sadat. Lo vio alejarse con pasos inseguros en los que se notaba que no sabía si irse o quedarse con él en el banco. Finalmente volvió la cabeza para mirar a su amigo un momento y se fue con el cigarrillo apretado entre los labios. El cigarrillo chisporroteaba y brillaba en la brisa del atardecer, las volutas de humo flotaban alrededor de su cabeza.

Veinte minutos más tarde, Agung Yuda lamentaba haberlo dejado marchar. Seguía despatarrado en el banco convencido de que no era necesario seguir a Margio porque no tenía problemas con Anwar Sadat. Le quedaba aún medio vaso de cerveza. Tenían la costumbre de saborear cada sorbo, un solo vaso les duraba horas de conversación. Pero Margio se había ido, así que era mejor que se la terminase. Se limpió con la costura de la camisa unas gotas que le corrían por el mentón, tiró la colilla al suelo y la aplastó con la sandalia. Una mujer se puso a coquetear con él. Agung Yuda le pasó el brazo por encima del hombro y ella río a carcajadas hasta que empezó a meterle mano por debajo del sujetador.

La mujer dio un respingo y lo insultó mientras se lo quitaba de encima, y Agung Yuda la dejó allí muerto de risa. Echó una meada contra un poste de electricidad y se fue hacia el campo de fútbol al mismo tiempo que, sin que él lo supiera, se aproximaba la hora en que Margio mataría a Anwar Sadat.

En ese preciso instante, Anwar Sadat les daba a sus pavos un plato de arroz que había sobrado de la cocina. Los estaba engordando para matarlos en la fiesta de Lebaran.[9] Cerca de allí, Ma Soma barría el jardín del *surau*, es decir el jardín de Anwar Sadat, y recogía las hojas amarillas del carambolo y las frutas podridas, llenas de gusanos, blanduzcas por efecto de las fuertes lluvias. Cuando terminó, se fue a limpiar de musgo y helechos los depósitos de agua del *surau* y Anwar Sadat volvió a la cocina para dejar el plato sucio.

En la casa solo estaban él y Maesa Dewi, hecha un ovillo en la cama con su hijo, que dormía la siesta. Su hija no hacía gran cosa desde que había vuelto a casa con su bebé y su por entonces futuro marido. Se dedicaba sobre todo a quedarse en la cama con el bebé y a comerse los restos de arroz que hubiera en la alacena de la cocina. El marido, al que Kasia había mandado a buscarse un empleo, se había colocado de gerente en un cine medio en bancarrota lejos del pueblo y solo volvía una vez al mes con algo de dinero, que Maesa Dewi se gastaba en una semana. Kasia no se molestaba en prestarles atención y Anwar Sadat no podía ayudarles mientras la principal fuente de financiación de la pareja fuera su esposa, así que, igual que a Laila, simplemente les había permitido convertirse en parásitos.

Anwar Sadat no vio al joven pálido y tremendamente nervioso que

merodeaba por el jardín. Margio se apoyó en el carambolo y observó el interior de la casa, donde Anwar Sadat aparecía de vez en cuando. Nadie habría pensado que tuviera verdaderamente intención de matarle. Varias personas lo vieron desde el campo de fútbol y Ma Soma, que salió a tirar un cubo de musgo y helechos en el sumidero del jardín, lo descubrió y observó que no llevaba armas. Nadie habría podido sospechar que estaba a punto de cometer un asesinato, pues para ello habría necesitado un puñal, un cuchillo de carnicero o una cuerda. ¿Quién habría podido predecir que acabaría con la vida de un hombre a mordiscos? Cuando Ma Soma pasó por allí de nuevo tampoco se dirigieron la palabra. Margio estaba dando patadas lánguidamente a la rueda que hacía las veces de columpio y por un momento pareció que iba a marcharse. Sin embargo, permaneció allí como un ladrón buscando un hueco por donde colarse, pensando que quizá alguien lo vigilaba. Sin duda, los que estaban en el campo de fútbol lo vieron, pero todos lo conocían demasiado bien para andarse con sospechas. A nadie le importaba un pimiento, y seguramente Ma Soma no volvería a aparecer porque estaba bombeando agua para llenar los depósitos del *surau*. La puerta delantera estaba abierta y parecía que Anwar Sadat iba a salir a dar una vuelta. Margio se puso en marcha.

Cuando daban las cuatro y diez, Anwar Sadat salió de casa a buscar alguien con quien hablar en el campo de fútbol. No le gustaban demasiado las peleas de gallos y tampoco las palomas, pero de vez en cuando asistía a una carrera y apostaba algo de dinero solo para alternar con la gente. Aún vestía los shorts blancos y la camiseta de tirantes de la joyería abc que llevaba en el puesto de tortitas por la mañana y con los que habría de morir. Cuando vio a Margio caminando hacia él, se detuvo en seco, no llegó a cruzar la puerta, y se quedó esperándolo con la sensación de que algo no marchaba bien. Pensaba en Maharani. Al igual que Laila, sabía que la noche anterior su hija había ido con Margio a la película de la compañía de tónico de hierbas. Tenía la esperanza de enterarse del porqué de su súbita marcha. Se quedó allí hasta que Margio entró y se le paró delante, pero no dijo nada sobre Maharani. Anwar Sadat tenía la cara pálida y sus labios temblaban como si fuera él quien iba a armar algún lío.

Tal y como Margio confesó más tarde a la policía, sí, lo mató mordiéndole una arteria del cuello. No tenía más armas a su disposición, dijo. Había pensado en matarlo a golpes, pues sabía que Anwar Sadat se había vuelto débil y no tendría fuerzas para defenderse. Pero no creía que sus puños pudieran acabar con la vida de un hombre. Tampoco se veía capaz de estrangularlo. Con una silla tan solo conseguiría romperle unos cuantos huesos y además el ruido despertaría a Maesa Dewi. No la había visto, pero sabía que estaba en

su habitación como siempre.

La idea le vino de pronto, como un fogonazo de luz en el cerebro. Dijo que había algo dentro de su cuerpo, algo más que tripas y entrañas. Salió de él y lo poseyó y lo obligó a matar. Tenía tanta fuerza, le dijo a la policía, que no había necesitado armas. Agarró fuertemente a Anwar Sadat. Asombrado, el hombre se resistió un poco, pero la presión que le atenazaba los brazos era tremenda. Margio le cogió del pelo, le echó la cabeza hacia atrás y se la inmovilizó. Entonces le hundió los dientes en el lado izquierdo del cuello como el que besa bruscamente a su amante por debajo de la oreja, pasión y gruñidos incluidos. La víctima estaba demasiado confusa para comprender lo que estaba sucediendo. Sin embargo, el penetrante dolor y la sensación de sorpresa en el pecho lo hicieron resistirse y derribó una silla de una patada. El ruido despertó a Maesa Dewi, que se levantó de la cama.

—Papá, ¿qué ha sido eso? —preguntó desde su habitación.

Anwar Sadat solo pudo contestar con un aullido agónico. Margio respondió con un mordisco mortal que le arrancó a Anwar Sadat un trozo de carne y le hizo un agujero en el cuello. De la herida sobresalían venas delicadas y tendones y manaba la sangre. Margio se quedó con el desabrido trozo de carne en la boca hasta que por fin lo escupió al suelo, donde rebotó por aquí y por allá. Anwar Sadat agitaba los brazos, de su garganta salían ruidos grotescos mientras los borbotones de sangre teñían la cara de Margio.

—Papá, ¿qué ha sido eso? —preguntó de nuevo Maesa Dewi.

Anwar Sadat movía los brazos mientras caía en la inconsciencia. Margio lo tenía aún bien agarrado. Cuando oyó el agudo tono de la voz asustada de Maesa Dewi, el roce de una sábana, el crujido de una cama y el sonido de unos pies en el suelo, hundió los dientes de nuevo en la húmeda herida de color rojo oscuro, un segundo beso más mortífero que el anterior y poseído de un deseo brutal. Apretó más las mandíbulas, arrancó otro trozo de carne y lo escupió. Mordió una y otra vez, abriendo la herida y destrozando el cuello de Anwar Sadat como si un hambre insaciable lo dominara. Chorros y burbujas de sangre salpicaban el suelo en todas direcciones.

Siguió mordiendo hasta casi arrancarle la cabeza. La tráquea asomaba por la herida, un destello de marfil entre la riada de sangre roja. En la puerta del dormitorio se abrió una rendija y apareció Maesa Dewi con un pijama de satén blanco estampado con peonías y marcas de almohada en la mejilla. Se le abrieron de par en par los ojos medio dormidos y levantó la esbelta mano para taparse la boca con los dedos, incapaz de articular palabra.

La escena se le quedó grabada en las retinas para siempre, fija durante años, imborrable durante décadas, una imagen más brutal que

todas las películas de terror. Vio la cabeza medio cortada; ni los cuellos de las vacas sacrificadas durante el Lebaran tenían un aspecto tan espantoso. Había trozos de carne esparcidos por todo el suelo como salsa de espaguetis derramada. Las baldosas blancas y las franjas de sangre roja parecían la bandera nacional. Y allí estaba Margio, con el rostro casi irreconocible como una máscara sanguinolenta, y las manos y la camisa igual de repugnantes. Se miraron un segundo en el más extraño umbral de la conciencia, en un estado en el que ambos comprendían el horror de lo que acababa de suceder.

Maesa Dewi percibió un extraño olor acre, como de ajo, que flotaba por el aire en nubes grises girando alrededor de su cabello rizado y rondando por sus hombros, tan intenso que la mareaba. La asaltaron otras sensaciones confusas: un sabor de boca rancio y agrio, un clamor de insectos que zumbaban, sus tripas revolviéndose. Vio una mancha brillante e irreconocible de la que irradiaba un resplandor que la hizo entornar los ojos y retroceder hasta que su cabeza chocó con la puerta, lo cual la despabiló por un instante antes de caer al suelo. Su cuerpo se desplomó no como el de alguien que duerme pacíficamente sino más bien como el de una princesa convertida de pronto en piedra. Se olvidó de gritar, olvidó dónde estaba. El ruido despertó a su bebé, que se sentó en la cama llorando con la boca desencajada, meándose encima, reclamando a su madre de la única forma que conocía. Maesa Dewi estaba dormida en el suelo, desmayada y sin una manta.

Margio soltó a Anwar Sadat, se alejó de él y descubrió un mechón de sus cabellos que se le desprendía de entre los dedos. El cuerpo de la víctima bailó un segundo sin ritmo antes de resbalar y chocar con el suelo. Margio lo observó atentamente hasta asegurarse de que estaba muerto. Si el mordisco en la yugular no hubiera sido suficiente para presentarle a Anwar Sadat al Ángel de la Muerte, el golpe en la cabeza había completado las formalidades. Allí estaba, con el ombligo al aire y la camiseta de tirantes de la joyería abc, como un viejo indefenso tras el ataque de un cuón rabioso. Así lo encontraron Ma Soma y los demás.

Margio estaba fascinado con su obra maestra, más espiritualmente arrebatadora que las copias baratas de los cuadros de Raden Saleh que colgaban por encima de la televisión. La cabeza le daba vueltas. Era incapaz de recordar dónde estaba la puerta, y echó a andar torpemente mientras todo se ponía negro de pronto. Como Anwar Sadat, bailó un instante, girando sin caerse antes de enfilar hacia la parte trasera del sofá dejando detrás un rastro de huellas sangrientas. Consiguió arrastrarse palmo a palmo hasta el exterior y se derrumbó en el porche.

El sabor de la sangre lo hizo recordar la carnicería que había

cometido y el instinto animal lo obligó a huir de allí. Se puso de pie, no completamente derecho, y trastabilló hasta el carambolo, donde escupió el último trozo del cuello de Anwar Sadat. Lo vio golpear el suelo; era del tamaño de un trozo de tofu y al verlo, el contenido de su estómago salió disparado invadiéndole la garganta con su sabor amargo y agrio. Apoyado contra el árbol, el joven vomitó los fideos que había comido en el desayuno. Transcurrió algún tiempo antes de que cesara la agitación que reinaba en sus tripas. Seguía dando arcadas, aunque ya no le quedaba nada que vomitar. Se apartó del carambolo y se dirigió hacia el griterío de los apostadores y los silbidos de las colas de las palomas que cortaban el aire.

Entonces Ma Soma salió del *surau* y se lo encontró trastabillando y cubierto de sangre. Alarmado, casi echó a correr detrás de él, pero el rastro de pisadas rojas que venían de la casa y atravesaban el jardín lo dejó paralizado. Vio el enorme charco en el umbral de la puerta y sus pies lo obligaron a avanzar hasta descubrir el cadáver tumbado, que esperaba solemnemente. Se le quedó la mente en blanco hasta que una voz interior le susurró una explicación. Levantó a Maesa Dewi y la sentó en el sofá, y cogió una tela de batik para cubrir el cuerpo de Anwar Sadat. En el campo de fútbol alguien vio a Margio y gritó:

—¡Dios mío, alguien le ha pegado a Margio una paliza de muerte!

El griterío cesó y las cabezas se volvieron. Margio caminaba hacia la multitud, los coches se detenían a su paso, las motos derrapaban y se paraban. La gente lo miraba como a un fantasma madrugador que hubiera salido a plena luz del día. Los pájaros enmudecieron y los niños dejaron de jugar. El tiempo se detuvo. La gente rodeó a Margio guardando las distancias como si fuera a explotar. Estuvieron todos conmocionados hasta que uno de ellos, Agung Yuda, logró articular una sola y clara pregunta:

—¿Quién te ha pegado?

Margio estaba allí parado, sin responder, sin comprender. Reconocía las caras de los que le rodeaban y al mismo tiempo no las reconocía. Agung Yuda, de cuya dura cabezota no salía la más mínima explicación, se acercó a él y lo olfateó para asegurarse de que se trataba de sangre y no de pintura. Cuando se convenció de que aquel rostro no era ya amable ni educado sino trágico, encontró una sencilla explicación. Era una explicación muy inteligente, según notó mientras se le ocurría. Cuando terminó de pensar, hizo una importante declaración:

—No está herido —era un hecho innegable.

La noche se les echó encima con balizas de estrellas y una luna recortada colgando del cielo. Los faroles de los jardines se iban encendiendo y ya no se veía a los zorros voladores porque la oscuridad envolvía sus negros cuerpos. Joni Simbolon se llevó a

Margio a rastras al cuartel del distrito, como era costumbre antes de enviar a un detenido a la comisaría. De esa forma los soldados podrían divertirse un poco, algo muy necesario en una república que ya no estaba en guerra. Lo encerraron en una celda, le pusieron un uniforme negro que olía a naftalina y armarios de madera y lo dejaron hecho un ovillo en un colchón delante de un vaso de leche que no se bebió y un plato de arroz con atún que no se comió.

El comandante Sadrah lo visitó después de las oraciones fúnebres para asegurarse de que nadie lo maltratara. Los soldados de guardia solían ponerse en plan violento con los prisioneros. Todavía respetaban y obedecían al viejo veterano. Se dio prisa en llegar; la multitud estaba arremolinada entre risas alrededor de la estatua del tigre Siliwangi[10] y el mástil con la bandera. Se volvieron hacia él expectantes, con la esperanza de escuchar una historia aún más increíble.

—Lo he arrestado para evitar innecesarios actos de venganza —dijo Joni Simbolon.

—Tonterías, Anwar Sadat solo tenía tres hijas —respondió el viejo veterano.

Sin embargo, aún quedaban parientes y vecinos que quizá no estuvieran de acuerdo con que se cometieran semejantes barbaridades en su barrio. Sadrah les ordenó que lo mantuvieran encerrado hasta que viniera la policía al amanecer. Se preguntaba cómo reaccionaría Maharani cuando se enterara de que a su padre lo había asesinado el chico con el que había ido al cine la noche anterior. El crimen estaba más claro que el agua, pero Sadrah buscaba al espíritu malévolo que lo había inspirado, el motivo secreto que nadie había comprendido aún. Su mujer, que estaba entre las plañideras y lo había acompañado al cuartel, le susurró algo que todo el mundo tenía por cierto: Maharani estaba locamente enamorada de Margio. Sin embargo, Sadrah nunca había visto ninguna señal de que Anwar Sadat se opusiera.

Sus pies lo condujeron hasta la celda. Desde la puerta, vio a Margio temblando sobre el colchón. Albergaba la esperanza de que una sencilla pregunta desvelaría el secreto. Pero la amargura y la compasión le pesaban y le impedían hablar, así que mientras forcejeaba consigo mismo, Margio se volvió hacia él y comprendió su muda pregunta.

—Yo no he sido —dijo tranquilamente y sin remordimientos—. Hay un tigre dentro de mi cuerpo.

DOS

El tigre era blanco como un cisne, feroz como un cuón. Mameh lo vio una vez brevemente, saliendo del cuerpo de Margio como una sombra. No volvería a verlo. Había un indicio de que la tigresa estaba aún dentro de Margio, y Mameh no sabía si alguien lo habría notado. En la oscuridad brillaba el resplandor amarillento de unos ojos de gato en las pupilas de Margio. Al principio, a Mameh le daba miedo mirarlos, temía que el tigre saliera de nuevo. Pero con el tiempo y la exposición frecuente a Margio, se acostumbró a verlos iluminarse en la oscuridad. La tigresa no era su enemiga, no le haría daño; quizá estuviera allí para protegerlos.

Margio se la encontró por casualidad después de una noche de sueño solitario en el *surau*, semanas antes de su huida. La danzante cola del tigre le rozaba los pies y le molestaba, y por un momento pensó que era Ma Soma dándole palmadas para que se despertase a rezar con él las oraciones del *Subuh.*[11] Al abrir los ojos, no encontró una taza de café en una bandeja o un plato de arroz frito sino un tigre blanco lamiéndose la pata a su lado. Ya había amanecido. El cielo regalaba un infinito rostro gris y húmedo al mundo. Había llovido copiosamente durante la noche y nadie había acudido a las oraciones. Naturalmente, Margio se quedó pasmado. Solo acertaba a contemplar boquiabierto el hocico de la corpulenta fiera mientras se acicalaba satisfecha.

Sabía que el animal no existía realmente. En sus veinte años de estancia en el planeta, eran muchas las veces que había entrado y salido de la jungla que se abría en las afueras del pueblo y nunca había visto cosa semejante. Existían los jabalíes, las pequeñas panteras nebulosas, los cuones, pero no los tigres blancos casi del tamaño de una vaca. Se acordó de su abuelo, muerto años atrás. Luchando consigo mismo, extendió lentamente la mano y tocó la zarpa delantera de la tigresa. Era real, su piel era suave como un plumero. Las garras retraídas indicaban amistad, así que cuando la tigresa levantó la garra, intentó tocarla de nuevo y se llevó el zarpazo juguetón de un gatito. Trató de agarrar la zarpa, pero la fiera se apartó y se agazapó, lista para el ataque. Se lanzó sobre él sin darle tiempo a esquivarla y

rodaron forcejeando por el suelo. Acabó tumbado de espaldas sin aliento y la tigresa lo soltó, se sentó a su lado y siguió lamiéndose la pata. Margio le dio unas palmaditas en el lomo.

—¿Abuelo? —dijo.

Su abuelo había vivido en una aldea remota. Margio solía coger un mototaxi hasta el principio de la jungla, donde una fila de puestos conocidos como el Mercado del Viernes era la primera parada de varios vehículos que transportaban a la gente por un camino hasta la cima de una montaña. Los carros de bueyes llegaban más cerca de la cima que las motocicletas, y los taxistas se resistían a subir. Para visitar a su abuelo, tenía que caminar hasta arriba del todo, atravesando bosques de mimosas y árboles de clavo, por senderos flanqueados de árboles de caoba que se adentraban en partes de la jungla conocidas solo por los cazadores. Tardaba una hora en recorrer un trecho de la montaña que conocía tan bien como los jabalíes que un día serían su presa. Al otro lado, pasando junto a una madrasa[12] con estanques y arrozales, había una aldea. Su abuelo no vivía en ella, pero era un lugar en el que Margio podía relajarse. Iba por allí tan a menudo que había trabado amistad con varios lugareños, pero nunca se quedaba mucho rato. Tenía que continuar su viaje antes de que cayera la noche y el transbordador interrumpiera el servicio. El transbordador era una balsa de troncos de bambú conectada a un cable que cruzaba el río. El barquero se colocaba en la proa y movía la balsa tirando lentamente del cable hasta la otra orilla. Cuando la corriente desestabilizaba la balsa, usaba una pértiga. El río era profundo y la corriente suave. No había cocodrilos, pero estaba el Espíritu del Río, una enorme ola que aterrorizaba a los niños y que nadie había visto nunca. El trayecto costaba solo diez céntimos y en la balsa cabían docenas de personas, así como vacas, ovejas y sacos de arroz y otros cereales. El viaje no terminaba ahí. Aún tenía que subir otra montaña por un sendero resbaladizo. Desde la cima se divisaba una enorme extensión de arrozales en cuyo centro había una aldea llena de casas y vegetación, como un oasis en el desierto, con cocoteros tan altos que casi llegaban al cielo. Allí vivía su abuelo.

Margio hizo el camino en solitario por primera vez a los ocho años. A partir de entonces, aunque tardaba medio día en llegar, visitaba a su abuelo cada vez que tenía ocasión. Se divertía mucho y siempre regresaba a casa con un racimo de plátanos o una cesta de langsats o de durianes, que a Mameh, a su madre y a su padre les encantaban. Cuando le faltaba dinero para el taxi, caminaba hasta el Mercado del Viernes y una vez allí seguía caminando hasta llegar a casa de su abuelo, feliz a pesar del cansancio. Se conocía tan bien el camino que a veces cambiaba de ruta, y muy pronto se hizo amigo de los habitantes de las aldeas y de los genios que vivían en la jungla. Años

más tarde, a sus compañeros de caza no les preocupaba extraviarse mientras fueran con él.

A pesar del cabello cano, su abuelo no era un anciano decrépito sino un hombre fuerte y lleno de energía. Gozó de buena salud hasta el mismo día en que murió en la cama, dejando el sonriente cadáver que la gente encontraría en su cabaña. Cada día se ocupaba de cuidar un arrozal y una plantación, hasta que el lote completo se desvaneció sin dejar rastro en una transacción hecha por el padre de Margio. El muchacho quería mucho a su abuelo. El anciano lo llevaba a un arroyo que él llamaba el Reino de los Genios. No te andes con bromas con las niñas genio, le decía siempre, pero si una se enamora de ti, tómala porque es un regalo caído del cielo. Su abuelo decía que las niñas genio eran muy hermosas. Margio deseaba conocer a una que se enamorara de él, pero por más que visitara el arroyo la suerte posponía el encuentro burlonamente.

Más increíble aún que los genios era la historia de la tigresa de su abuelo. Según Ma Muah, la cuentacuentos de la aldea, muchos de los hombres del lugar poseían una tigresa. Algunos se casaban con ellas y otros las heredaban de generación en generación. Su abuelo la había heredado de su padre, el cual la había heredado del suyo y así hasta los ancestros más lejanos. Nadie recordaba quién fue el primer hombre que se casó con una.

En las noches cálidas, Ma Muah contaba historias en su porche. Los niños se apiñaban a su alrededor y las niñas le masajeaban los hombros. Por las tardes, las niñas le buscaban piojos en el pelo mientras hilaba. Siempre tenía una nueva historia. Decía que no necesitaba inventar nada. Todas eran auténticas. Al igual que las tigresas, muchas de las historias pasaban de generación en generación de cuentacuentos. Otras, en cambio, trataban acerca del presente y solo las comprendían los elegidos y, por supuesto, Ma Muah era la abuela elegida.

Según recordaba, Ma Muah no tenía marido ni hijos y tampoco tenía un oficio, aparte del de narrar sus inagotables relatos. Le daban de comer en todas las cocinas del pueblo o bien le llevaban la comida a su choza. Todos la querían, sobre todo los niños. Contaba una historia sobre una ciega que tenía en el pelo serpientes y escorpiones en lugar de piojos y solo se alimentaba del tubérculo de la juncia real. Y otra sobre las princesas genios que secuestraban a los varones jóvenes y se los llevaban a su reino; no eran malignas, a no ser que alguien entrara en su morada sin permiso. Margio había aprendido que vivían en los manantiales, las pozas de los ríos, las cimas de las colinas, los árboles de gran tamaño y los minaretes de las mezquitas. De todas maneras, nada le producía más curiosidad que las blancas tigresas protectoras.

Según Ma Muah, las tigresas vivían con sus amos y los protegían del peligro. Decía que su abuelo era uno de los que poseían un tigre blanco. Sin embargo, el anciano nunca le contaba nada porque sabía que era demasiado pequeño para domar a un animal tan feroz. Era mayor que una pantera nebulosa, mayor que los tigres que se ven en el zoo o en los libros del colegio. Si un hombre no era capaz de controlar a su fiera, esta podía volverse tan violenta que su furia se volvía imposible de aplacar.

—Solo quiero verla —decía Margio.

—¡Más adelante! Quizá un día sea tuya.

Había oído hablar muchas veces de la valentía de su abuelo y los ancianos de otras aldeas. De cómo se habían enfrentado a los holandeses, que pretendían secuestrar a los jóvenes más fuertes y obligarlos a trabajar en el País de Deli. Las balas no los mataban, ni tampoco las espadas samurái de los japoneses que vinieron después, y cuando se enfadaban, las tigresas blancas salían de sus cuerpos listas para el combate. Incluso expulsaron de la jungla a los guerrilleros de Darul Islam.[13] Ma Muah decía que todo ello se debía a la amistad primordial de los ancianos con las tigresas, que emparentaban con las familias por medio del matrimonio.

Margio nunca había tenido claro qué significaban tales matrimonios. No se imaginaba a un hombre sentado en un dais nupcial junto a una tigresa con el cabello adornado de borlas, las peludas mejillas maquilladas y los belfos rojos de carmín, mientras el maestro de ceremonias rogaba al Todopoderoso que bendijera la unión de fulano de tal y la tigresa. De adolescente pensaba en lo extraño que resultaría el sexo entre un hombre y su esposa tigre y se preguntaba qué aspecto tendrían los hijos de una pareja semejante. Ma Muah se carcajeaba mostrando sus encías desdentadas cada vez que le contaba sus ideas sobre los matrimonios entre humanos y tigres.

—Solo los hombres se casan con tigres —decía Ma Muah—. Pero no todos los tigres son hembras.

Su abuelo, por supuesto, tenía una mujer humana, lo cual claramente convertía a la tigresa en una segunda esposa. A pesar de que su abuelo no se había casado con ella por haberla heredado de su padre, para la familia era una segunda esposa, y la querían y respetaban, a veces más que a la humana. La abuela sucumbió al terrible azote de la tuberculosis y murió antes que su abuelo. La enfermedad no la dejaba dormir por las noches, con sus interminables ataques de tos y una fiebre constante que consumió su cuerpo hasta que se la llevó a la tumba. Su abuelo no se volvió a casar.Quizá tuviera bastante con la esposa tigre. Tampoco vivió mucho más, pues el dolor por la pérdida de la abuela lo destrozó.

—La tigresa es blanca como un cisne —le dijo su abuelo con toda seriedad una tarde durante su última visita.

Quería que Margio supiera reconocerla si acudía a él. También le dijo que la tigresa podía irse con su padre si así lo deseaba. En ese caso, no le quedaría más remedio que esperar a que muriera. Pero si el padre de Margio no le gustaba, un día vendría a él y sería suya.

—¿Y si yo no le gusto? —preguntó Margio ansiosamente.

—Se irá con tu hijo o con tu nieto, pero si nuestra familia la olvida puede que no vuelva nunca.

La tigresa había venido a él. Estaba tumbada a su lado en la cálida alfombra del *surau* mientras fuera se congelaba el universo. Tal y como su abuelo había dicho, era blanca como un cisne o una nube o el algodón. Margio se sentía increíblemente feliz, pues la tigresa era lo que más deseaba en el mundo. Se la imaginaba cazando con él y ayudándole a acorralar a los jabalíes que destrozaban los arrozales, y protegiéndole de lo peor si se despistaba y le atacaba alguno. Nunca había pensado que la tigresa se presentaría en un amanecer tan frío y se le entregaría como una muchacha. Allí estaba, tumbada, lamiéndose las puntas de las garras con la lengua brillante. Por un momento pareció un enorme y aristocrático gato doméstico. La miró a la cara largamente, era tan hermosa que se enamoró perdidamente de ella.

Le echó los brazos al cuello y la abrazó para sentir el calor de su piel. Era como abrazar a una chica desnuda en la cama una mañana helada, la más tierna intimidad tras una noche de amor. Margio cerró los ojos, eufórico después de tan larga espera, libre al fin de todo anhelo, seguro de que las historias que había oído de niño eran ciertas. Pero de pronto sintió la súbita punzada de la pérdida. Su amada se había ido sin decir una palabra y el calor se había desvanecido con ella. Cuando abrió los ojos, el animal no estaba.

Se quedó más sorprendido que cuando la vió por primera vez. Se puso en pie para buscarla, pero el *surau* era pequeño y no tardó en constatar que no había ni rastro de ella. Ni una brizna de pelo. Seguía lloviendo con tanta fuerza que se oían las protestas de los niños que iban de camino a la escuela. Cuando diluviaba de ese modo la gente arrancaba las hojas de los plátanos para usarlas como paraguas, pero en aquel momento, a Margio todo eso le daba igual. Solo pensaba en su tigresa. Quiso llamarla, pero de su boca no salió sonido alguno. No sabía su nombre. Ni su abuelo ni Ma Muah le habían dicho cómo se llamaba. Quizá fuera él quien debía ponerle nombre, pero hacerlo no tenía sentido ya que no la encontraba por ninguna parte.

Por mucho que las chicas a las que había amado le hubieran roto el corazón once veces, en aquel momento sintió un dolor mayor que todas esas decepciones juntas. Intentó no echarse a llorar. No ha sido

un sueño, se decía a sí mismo. La tigresa había venido a él porque le pertenecía. Había sentido la suavidad de su pelaje y habían jugado juntos. Era demasiado real como para ser solo el sueño mudo de una mañana. Después de buscar por todas partes y de asegurarse de que se había marchado, su dolor se transformó en amargura. Empezó a temblar y apretó los puños. Nunca había sentido una rabia tan implacable y violenta, y no había forma de escapar de ella; tenía que soportar el dolor. Después de tantos años de espera, la tigresa lo había enamorado y no estaba dispuesto a permitir que lo abandonara de aquel modo.

Golpeó la puerta, la arañó hasta arrancar la pintura verde de la madera de caoba y de su boca salió un rugido que estremeció el aire. Los profundos zarpazos en la puerta lo sorprendieron. Se quedó quieto y callado mientras se calmaba su ira. Observó los tres arañazos paralelos, que de haberse encontrado en la espalda de alguien habrían sido profundas heridas, y después se miró las manos. No tenía las uñas largas. Se las cortaba para que no le molestasen cuando empuñaba su lanza en las cacerías de jabalíes. Bajo las uñas había restos de pintura y madera, pero no podía haber hecho semejantes marcas en la puerta con ellas. El asombro y la confusión lo paralizaron hasta que comprendió lo sucedido. La tigresa formaba parte de él, eran inseparables hasta la muerte. Se apoyó en la pared frotándose el ombligo, debajo del cual, según notó, habitaba la tigresa. Al fin y al cabo, no era un animal doméstico.

—Ya no soy soltero —le dijo a Agung Yuda en tono de broma.

Agung Yuda entendió que Margio había perdido la virginidad, lo cual tampoco era una noticia bomba, así que no le hizo mucho caso. Supuso que estaba presumiendo de haberse acostado con la chica esa llamada Maharani. ¿Con quién si no? Al fin y al cabo, los había visto juntos durante las vacaciones de la muchacha. Así, excepto Mameh, que la había visto fugazmente aquella única vez, nadie supo que una tigresa moraba dentro de Margio hasta que él mismo lo confesó poco después de matar a Anwar Sadat.

La noche antes de conocer a su tigresa, Margio le confesó a su hermana Mameh que quería asesinar a su padre. Mameh ya había oído esas palabras de labios de otra persona. Margio había maldecido a su padre muchas veces en la garita del vigilante nocturno, y por todas partes se le había oído decir que si tenía ocasión acabaría con Komar bin Syueb. Pero no había sucedido nada y no parecía que fuera a suceder. No era más que la furia de un joven enfadado con su padre y ese tipo de ira siempre acaba por desaparecer. Por eso, cuando se lo dijo a Mameh ella no le hizo caso; o quizá deseaba secretamente que lo matara.

Por entonces, aún no había percibido el brillo felino en la mirada

de su hermano, pero sentía cómo la rabia le emanaba ardiente de la coronilla. El sentimiento se hizo más intenso en los días que siguieron a la muerte de Marian, su hermana de siete días de edad. Mameh puso los machetes y cuchillos de la casa fuera del alcance de Margio y lo vigilaba constantemente. En realidad, no le importaba que matara a su padre, pero lo que le quedaba de cordura la llevó a intentar que su hermano no cometiera una locura.

Enfurecido al darse cuenta de que no sería capaz de cumplir sus amenazas, Margio huyó de casa. Aquellos días en el campo de fútbol había carpas llenas de luz, chicas que vendían entradas, elefantes barritando y rugidos de tigre. Cuando el Circo Holiday venía al pueblo, había función durante al menos dos semanas. Nadie era capaz de predecir su llegada y entre una visita y otra podía transcurrir un año, dos, o incluso cinco, como había sucedido en una ocasión. Pero su sola presencia era ya un verdadero placer para la gente del lugar, por mucho que los números fueran siempre los mismos. El espectáculo no había cambiado gran cosa a lo largo de los años, excepto que habían sustituido a las Plastic girls por artistas más jóvenes y de mejor aspecto.

Margio fue solo y compró una entrada en silencio, con las manos en los bolsillos de unos vaqueros sucios. No iba al circo desde que su padre lo había llevado años atrás, cuando aún era un niño, pero esta vez no le empujaba el deseo de ver el espectáculo, sino la necesidad de hundirse en un río humano, de perderse entre el ruido, de ocultarse. Escogió un asiento en la grada más alta, casi tocando el techo de la carpa y se sentó con la mano en el rostro a esperar el comienzo de la velada.

El director del circo, con su chaqueta negra y su pajarita de colores, dio la bienvenida al público con inamovible sonrisa y pronunció un breve discurso en el que narraba los viajes de la compañía por el archipiélago indonesio. Describió el navío en el que habían actuado el Día de la Armada y mencionó actuaciones venideras. Margio lo oyó con la mente en blanco. Incluso cuando una bella mujer tocada con un sombrero de copa decorado con plumas de pavo real, un brillante chaleco rojo, medias negras, una minifalda a juego que dejaba ver su ropa interior y unos apetecibles labios pintados de rojo leyó en voz alta el orden de los espectáculos de la noche, siguió sumido en sus cavilaciones, libre de los pensamientos indecentes que le asaltaban al ver una mujer hermosa vestida con ropa provocativa.

Entornó levemente los ojos y apoyó la barbilla en el puño, apretujado entre una mujer obesa y su hijo, que comían cacahuetes y ahogaban el sonido de la música con el ruido que hacían al masticar, y un azorado joven y su novia, que no dejaba de refregarse contra él

atosigándolo para que la abrazara. Quizá estuviera receloso de Margio, cuya rabia hervía silenciosamente y cuyo lenguaje corporal no invitaba a ninguna clase de acercamiento.

Margio esperaba olvidar la ira que había traído consigo desde casa. Quería ver a las Plastic Girls, no se le ocurría nada más cautivador que aquellas ágiles jóvenes con las piernas enlazadas en un círculo giratorio de madera o colgadas de cuerdas entrelazadas. Cerró los ojos para no ver al orangután que daba vueltas a la pista sobre una diminuta motocicleta. Sabía que cuando parara, su entrenador tendría que empujar el vehículo de manera taciturna. Tampoco quería ver al loro ciclista, que siempre provocaba los clamorosos aplausos de los niños. Los payasos lo aburrían y habría querido hacerlos desaparecer con un chasquido de los dedos. Incluso las acróbatas, las Plastic Girls, que salieron por fin a escena y saltaron unas sobre otras formando una pirámide humana que se vino abajo de pronto de la manera más grácil imaginable, le dejaron frío. El espectáculo no le conmovió lo más mínimo.

Estaba a punto de irse al chiringuito de Agus Sofyan a beber algo cuando sacaron a escena una estructura de hierro. Sabía perfectamente lo que era. Esperó clavado en el asiento con el corazón martilleándole el pecho. Los operarios del circo montaron rápida y cuidadosamente una sólida jaula de seis metros de altura y Margio oyó un rugido que le aceleró la sangre e hizo que el corazón se le disparara. Ya no se sujetaba la barbilla. Las manos le cayeron sobre las piernas y la camisa se le empapó de sudor. Observó pacientemente cómo ensamblaban la parte trasera de un camión a la jaula. Un domador esperaba con un brillante traje plateado y el látigo desenrollado. Entonces se abrió la puerta del camión y el elegante tigre caminó con desgana hacia la jaula volviéndose de vez en cuando hacia el camión mientras el domador lo obligaba a avanzar dando latigazos contra los barrotes hasta que saltó al centro de la pista con aire aburrido.

Lo invadió la nostalgia de los viejos recuerdos al ver a la fiera de pelaje a rayas subirse a un taburete de madera alto y redondo. Se sentó y se rascó el hocico. Para ser exactos, lo que hizo fue lamerse la pata y lavarse la cara con ella. Puede que se acabara de despertar, o quizá se estaba acicalando para las damas y caballeros del público. No pasó mucho tiempo antes de que su compañero y un par de leones indios se le unieran en la pista. Aquellos tigres no eran blancos como cisnes sino marrones como una vieja fotografía de tonos sepia. Pero a pesar de eso y de no ser tan grandes como una vaca, no les faltaba majestuosidad. Margio sintió que eran sus iguales, aquella aparición inesperada lo emocionó, parecía que el destino guiaba los acontecimientos y él solo tenía que dejarse llevar.

Margio esperó a su tigresa blanca hasta mucho después de la muerte de su abuelo. Sospechaba que la había heredado su padre. Probablemente fue eso lo que le hizo recelar de Komar bin Syueb y vigilarlo atentamente en busca de alguna pista que delatara la presencia de la tigresa. Nunca atisbó la más mínima señal, aunque a decir verdad tampoco había nada que indicara lo contrario. Durante aquellos furiosos meses, ardió de celos incontrolables. Espiaba a Komar bin Syueb como un genio, observando todo lo que hacía para descubrir si se comunicaba de alguna forma con la fiera. El esfuerzo acabó por agotarle. Finalmente, llegó al convencimiento de que o bien pertenecía a Komar bin Syueb, o nunca sería suya ni de su hijo.

La velada circense lo cambió todo. Cuando terminó el espectáculo y echó a andar abriéndose paso a empujones entre la multitud con las manos en los bolsillos de nuevo, su mente hervía de imágenes de cuerpos indomables. Era incapaz de quitarse de encima lo que había presenciado, y el dibujo de un tigre en la pared de lona de la carpa lo hizo enloquecer de deseo como si hubiera visto a una mujer atractiva. Se apoyó en la verja debajo de un foco y enfrente del ronroneante motor diésel que había cerca de la taquilla y se sintió como si estuviera otra vez en la carpa, deseaba un nuevo encuentro con la pareja de tigres, pero no tenía dinero para una segunda entrada. Caminó junto a la verja del circo con la esperanza de poder echar un último vistazo a los animales enjaulados en el centro del campo de fútbol, pero los empleados los habían encerrado. La sangre le hervía y pensó que quizá ya llevara dentro al tigre de su abuelo. Lo que necesitaba era una manera de sacarlo.

Aquella noche no durmió en casa. Quería estar a solas con los tigres de su cabeza. Cerca de medianoche se fue al *surau* y se acostó allí. Veía tigres en el techo, en el nicho del imam, bajo la repisa del tambor, en todas partes. Llevaba durmiendo en el *surau* o en la garita del vigilante nocturno desde pequeño; posiblemente había pasado más noches en esos lugares que en su propia casa. Esa noche soñó que una princesa genio parecida a Maharani salía de un manantial y le pedía que se casara con ella. Cuando se despertó a la mañana siguiente había una tigresa durmiendo a su lado. Así empezó todo.

Ni el mismo Margio fue nunca capaz de explicar por qué estaba tan enfadado con Komar bin Syueb. Para él era una especie de deuda que necesitaba cobrar. Con el tiempo, la deuda había crecido hasta convertirse en una dolorosa carga sobre sus hombros. Quizá lo único que evitaba que su ardiente furia se desbordara era el enorme amor que sentía por su madre y su hermana. Por muy inestable que fuera, por muy retorcido y podrido que estuviera, Komar era un pilar para ellas. Margio quería acabar con él y pensaba que era solo cuestión de tiempo, que antes o después llegaría el momento, pero nunca llegaba.

Durante toda la vida había sufrido mucho por tener que reprimir su deseo, esperando como un típico pueblerino a que las cosas mejorasen por sí solas y recordándose a sí mismo que el método que pretendía utilizar solo podía conducir al desastre.

Le gustaba compararse con el semidiós Kresna, que en el momento álgido de su despiadada ira se convertía en el gigante Brahala, con sus mil cabezas, sus mil brazos y su inconmensurable furia. Nadie podía detenerlo, ni siquiera los dioses. Lo más loable de Kresna, al que Margio llamaba el Rey, es que solo dejaba salir al gigante brevemente y de vez en cuando. Tiempo después, Margio llegaría a la conclusión de que en su interior había algo que luchaba por salir cuando la furia lo abrasaba, y que su obligación era contenerlo, mantenerlo dentro, porque todo lo que sucede está ya escrito en las historias de los dioses. Como Kresna antes que él, tenía que contener la ira, por enorme que fuera.

Había sido capaz de hacerlo durante muchos años. Fue un modelo de contención hasta la noche en que murió su hermana Marian. Entonces perdió el control y le comunicó a Mameh que iba a matar a Komar bin Syueb. Para Margio, la muerte de Marian era la peor tragedia que podía sucederle a su familia y ya no deseaba reprimir su brutal ira, esa ira que solía descargar contra las ancas de los jabalíes durante la temporada de caza. Cada vez que le clavaba la lanza a un jabalí, cada vez que lo aguijoneaba lo justo para hacerlo temer por su vida, se imaginaba que el que estaba bajo la punta de la lanza era Komar bin Syueb. Ahora deseaba atravesar al viejo verdaderamente y no podía callárselo, tenía que descargar la ira de alguna forma y lo hacía con palabras, hablando con Mameh.

Marian murió una semana antes de que montaran la carpa del circo en el pueblo. Era un bebé esquelético y falto de leche que se pasó su corta vida medio muerta. No tenía fiebre, pero era evidente que estaba a punto de morir. La muerte revoloteaba a su alrededor como las moscas sobre un cadáver y todos sabían lo que iba a suceder. Lo veían en sus ojos. Cada vez que la miraba, su dolor se acrecentaba con la tristeza que había en los ojos de su madre. Komar parecía ser el único al que no le importaba. Miraba a la niña como si fuera basura y la gente juraba que jamás la había tocado. No hubo alegres juegos de cucú entre aquel hombre y su hija. Por fin llegó el día en que Komar debía afeitarle la cabeza a la niña, preparar un pequeño convite ritual para asegurarle buena suerte y, por supuesto, ponerle un nombre bonito, pero no lo hizo.

Margio sacrificó a las gallinas de Komar sin permiso y organizó el convite ritual con su madre y su hermana. Cogió el instrumental de afeitar de su padre, maldiciendo al viejo barbero mientras la bebé, que no podía llorar, yacía acurrucada en el regazo de su madre. En cuanto

al nombre, Komar no se molestó en hacer sugerencias. Prefirió callar, así que fue la madre la que pronunció un único nombre, sin segundo nombre ni apellido.

—Marian.

Cuando llegó el final, solo había un motivo de alivio: la niña había muerto con la cabeza afeitada y le habían puesto nombre. Margio lo grabó en la pequeña lápida, que estaba debajo de un franchipán plantado por Mameh, en un lugar donde flotaba el aroma de pétalos de ylang-ylang. La muerte de la niña multiplicó el odio de Margio por su padre. Pensaba que, si alguna vez iba a matar a Komar bin Syueb, aquel era el momento.

Komar bin Syueb volvió a casa justo antes del amanecer, poco después del entierro de Marian. No había en su rostro ni rastro de tristeza o de culpa. Quizá hubiera dormido en el burdel o en el basurero, a nadie le importaba. Nadie lo saludó, ni su familia ni los vecinos. Era un viejo senil y medio muerto, incapaz de controlarse, que entró en la casa sin preguntar por qué todo el mundo estaba tan triste. Sin embargo, debía estar al tanto de la muerte de Marian, porque lo que lo traía de vuelta a casa era el convite ritual. Se sentó en la cocina y devoró desvergonzadamente los restos de pollo, después de lo cual se metió en la cama y se puso a roncar a pleno pulmón. Al final Margio ya no pudo soportarlo más. Agarró una sartén, la única que había en la casa, y la estampó en el suelo, despertando a Komar con el estruendo del golpe.

Así terminó aquella larga tregua. Komar comprendió que el muchacho había llegado al límite de su paciencia. Después de aquello, el viejo se encerró en su caparazón y se pasaba las horas en la cama, inmóvil y en silencio, fingiendo estar ajeno a todo. Aquella fue la primera vez que Margio dio rienda suelta a su ira, nunca antes se había atrevido, y su padre tomó conciencia de la furiosa cobra que su hijo guardaba en la barriga. En realidad, el arrebato que lo desencadenó todo dejó a Margio tan sorprendido como al que más. Había que prepararse. Tenía veinte años y su padre cincuenta y cinco. No tenía absolutamente nada que temer de él. El viejo, perpetuamente en la cama, comprendía las limitaciones que le imponía la edad y aceptaba con melancólica resignación el hecho de que Margio ya no era un niño, sino un hombre contra el cual no tenía modo alguno de defenderse.

Mantuvieron las distancias durante unos días, preparándose para la batalla al mismo tiempo que la evitaban. Komar bin Syueb estaba tan débil y tan abstraído que Margio se obligó a no precipitarse y, a pesar de que ardía al rojo vivo, logró refrenar su odio hasta la mañana en que se encontró con su tigresa blanca. Su Brahala.

Mameh vio a la tigresa un instante, saliendo del cuerpo de Margio

tan fácilmente como el muchacho se quitaría una camisa y unos pantalones. Retrocedió un poco, convencida de que la fiera la atacaría, y se quedó paralizada de miedo hasta que volvió a su madriguera en el pecho de su hermano. Aquella fue la tarde que Margio entró en casa y se encontró a su padre matando pollos. Komar no le había pedido ayuda a nadie. Sujetaba las patas y las alas de los pobres pollos bajo las sandalias y los agarraba de la cabeza con una mano mientras que en la otra empuñaba el cuchillo de la cocina. Les cortó la cabeza uno por uno y arrojó los restos dentro de la jaula mientras aleteaban intentando zafarse del abrazo de la muerte.

—¿Qué hace? —preguntó Margio a Mameh cuando Komar no los oía.

—Está organizando el convite funeral por el séptimo día de Marian.

Quizá fuera aquello lo que sacó a la tigresa de las profundidades. Margio no iba a tolerar que el maldito viejo hiciera algo por la difunta niña, a la que en vida había ignorado completamente. Creía que Komar había matado a su hija menor o, al menos, la había dejado morir a sabiendas. Y ahora el maldito pretendía organizar un convite ritual por su séptimo día. Púdrete en el infierno, pensó Margio convencido de que el alma de la niña no aceptaría nada de este hombre. Fue entonces cuando Mameh atisbó el peludo rostro, rojizo y espectral y el brillo amarillento en los ojos de su hermano. Oyó el eco de un rugido y vio una sombra blanca danzando en sus pupilas. Casi soltó un grito antes de verla desaparecer tras la puerta de una jaula que parecía herméticamente cerrada. Margio la había encerrado. Había contenido su ferocidad.

Después del episodio de la sartén, Komar se encerró en su habitación. Solo salía para ir al trabajo en la barbería y al regresar se metía en la cama. Pensaba que Margio intentaría matarlo, o quizá lo conseguiría, en esos momentos. El muchacho lo aterrorizaba. Komar se sorprendía a sí mismo sopesando las cualidades de su hijo como haría con un boxeador, su edad, su altura, su peso, pero lo más preocupante de todo era la posibilidad de que hubiera heredado al maldito tigre. Actuaba con prudencia para no empeorar la situación. Margio ya no era el chico dócil y sumiso que se quedaba sentado y en silencio en un rincón o se iba a la calle sin decir una palabra. Sabía apañárselas solo, y Komar sabía que lo mejor era no poner a prueba sus jóvenes músculos.

Más tarde, Mameh vio a su padre salir de su habitación más suave que un guante. Ya no era el viejo charlatán de siempre. Empezó a ocuparse de las tareas domésticas que nunca había realizado. Barría el suelo una y otra vez con la escoba de hojas de palma, aunque estuviera limpio. Por la mañana y por la noche les llenaba la bañera.

Al día siguiente, Mameh se libró de más obligaciones domésticas, pues de buenas a primeras su padre decidió ocuparse de la colada. Quería poner fin a tanta gentileza, pues dudaba que a su padre le quedaran fuerzas después de la jornada en la barbería. Seguro que estaba agotado al volver a casa, pero no parecía importarle. No hacía caso a Mameh y la dejaba sin nada que hacer.

Sus intenciones le quedaron claras cuando se lo encontró matando pollos para el ritual por el séptimo día de Marian. Solo tuvo que mirarlo para comprender la verdad como si llevara su destino escrito en la frente. Trataba en vano de congraciarse con ellos, de borrar las pútridas marcas del pasado. Era imposible. Aquel exceso de dudosa bondad no conmovía a nadie. Desgraciadamente, todos sabían que era demasiado tarde para empezar de nuevo.

Margio era el menos indulgente. La mansedumbre de su padre alimentaba el fuego de su odio, que se avivó más aún en cuanto se dio cuenta de lo que pretendía. No creas que te perdonaré, pensó. Negándose a ayudar a Komar en lo que fuera que estuviera haciendo, se fue de la casa y echó a caminar sin rumbo, dando patadas a las paredes de la garita del vigilante nocturno, bebiendo en el chiringuito de Agus Sofyan o tirando cocos en la plantación abandonada mientras su padre limpiaba los pollos, los desplumaba, los llevaba a la cocina, los escaldaba y los freía y preparaba el arroz. Antes del anochecer, visitó a los vecinos y los invitó a leer la sura *Yassin*[14] por el alma de Marian en su casa después de las oraciones del *Isha*.[15]

Margio volvió cuando los vecinos se habían marchado y las esteras estaban aún extendidas en el suelo. Hasta entonces, Komar bin Syueb se había estado ocupando de todo. Ni Mameh ni su madre habían movido un dedo. Komar intentó que su hijo comiera algo, había pollo frito con arroz y estofado de patatas, pero Margio se negó a probar bocado. Atravesó la cocina y se metió en su habitación. Salió para ir al baño y después se fue a la terraza, donde se quedó de pie bajo un farol. Su hermana intentó convencerle de que probara la comida y él respondió encendiendo un cigarrillo.

Bajo la luz mortecina, Mameh notó el resplandor cada vez más brillante y el destello amarillento de sus ojos. No olvidaba que Margio quería matar a Komar. Sus ojos despedían fulgurantes rayos, afilados y penetrantes, y Mameh pensó que aquella mirada bastaba para matar a Komar. Pero también sintió su sufrimiento. El Margio bueno estaba en guerra con el Margio malvado y el combate no cesaría hasta que su padre hubiera muerto. Mameh sentía lo agotado que estaba de luchar consigo mismo. Sin embargo, no serían las manos de Margio ni los colmillos de su tigresa los que acabaran con la vida de Komar bin Syueb.

—Me voy, o de lo contrario voy a matar a ese tipo —le dijo Margio

a Mameh aquella noche después de arrojar la colilla del cigarro al jardín.

Mameh no se lo tomó en serio. Para ella, lo que su hermano estaba diciendo era que quería marcharse. En realidad, hacía mucho que se había ido. Estaba claro que durante los últimos años Margio no había sido feliz en casa. El *surau* y la garita del vigilante nocturno habían sido su verdadero hogar. Quizá nunca más volviera a la casa familiar, pero siempre se le podría encontrar en los lugares habituales. Mameh se daría cuenta más tarde de su error.

Un día, una mañana como cualquier otra, Margio desapareció. Sus amigos fueron los primeros en darse cuenta de que se había ido. No lo habían visto en todo el día. Alguien dijo que había estado en el circo la noche anterior, pero la compañía ya había empaquetado sus bártulos y se había marchado quién sabe dónde. Todo el pueblo daba por cierto que alguna chica del circo lo habría engatusado y él se había unido a la compañía. No les cabía duda de que antes o después regresaría a su hogar y a su verdadero amor, que no podía ser otra que Maharani, la tercera hija de Anwar Sadat. Mameh se dio cuenta de que Margio había huido del pueblo cuando sus amigos aparecieron por la casa preguntando por él.

Su desaparición entristeció a mucha gente, en especial al comandante Sadrah, que lo tenía todo listo para cazar jabalíes, y al parecer también a Komar bin Syueb. Intentó ignorar la ausencia de su hijo durante una semana refugiándose en la rutina familiar, alimentando al resto de los pollos y a las tres parejas de conejos. Por las mañanas sacaba su vieja bicicleta comida de óxido, con la cadena chirriante y, como la mayoría de las bicicletas del pueblo, sin frenos ni luces. Se iba al mercado a por zanahorias y repollos podridos de la basura de los vendedores y volvía después de parar en el molino de arroz para comprar salvado. Era la comida de sus animales. El salvado había que mezclarlo con agua caliente, removerlo y servirlo en varias hojas de cocotero para que los pollos no se pelearan por él, pero las zanahorias y los repollos solo había que echarlos en la jaula de los conejos. Komar se sumergía en sus tareas y se ocupaba de unas cuantas más para fingir que no notaba la ausencia de su hijo. Mameh sabía cómo se sentía en realidad.

—¿Ha vuelto Margio? —preguntó Komar una mañana.

—Todavía no —respondió Mameh en voz baja—. No te preocupes, volverá cuando le llegue el momento de casarse.

Las palabras de Mameh no consolaban a Komar y pronto su salud empeoró debido a varias enfermedades. Le aquejaba una grave sensación de pérdida. De nuevo se pasaba el día en la cama, había adelgazado peligrosamente y deliraba. Ya no trabajaba de barbero, ahora se dedicaba a cortarse el alma tijeretazo a tijeretazo. Se quejaba

y decía tener un clavo en el estómago, lo cual se verificó cuando empezó a vomitar sangre. La piel se le puso azul y se le hinchó el cuerpo. Mameh habló con un camillero que le dijo que lo llevara inmediatamente al hospital. Recurrió a los dos hermanos más jóvenes de su madre, que transportaron a Komar en una camilla. Tenía tantas enfermedades que a los doctores no les daba tiempo a enumerarlas todas. Lo dejaron durmiendo en una sala fría y deprimente.

Cuando empeoró, su mujer se negó a cuidar de él, así que Mameh tuvo que ocuparse de todo. Sabía que el desenlace estaba próximo. Mientras tanto, el ylang-ylang y el champak florecían rápidamente y los cuervos crascitaban en la distancia.

Después de dos días en el hospital, Komar pidió que lo llevaran a casa.

—No llames a más médicos. Aún me queda salud para esperar a que caven mi tumba —le dijo a Mameh.

Eso fue cuando aún podía hablar. Una mañana ya no pudo abrir la boca. La mandíbula se le había quedado completamente rígida y se negaba a obedecerle. Ya le había sucedido antes y solo se había curado gracias a largas sesiones de masajes administradas por un chamán que le frotaba el cuello y los dedos de los pies con zumo de cebolla. Mameh dudaba de que su padre fuera capaz de volver a abrir la boca. Tres chamanes intentaron sin éxito devolver la vida a la mandíbula. Era un claro presagio de que le rondaba la muerte. Komar padecía terriblemente, daba vueltas en la cama, se golpeaba las mejillas, se tiraba de la mandíbula añadiendo sus propias torturas al dolor que estremecía su cuerpo. Solo podía comer papilla. Mameh tenía que alimentarlo a base de un puré de verduras que Komar se empujaba con el dedo tosiendo y babeando en el colchón. Poco después también perdió el uso de las manos, como si le hubieran cortado los nervios. Mameh le daba té dulce, ya que no podía tragar nada más. En unos días parecía un trémulo y encogido lagarto casero.

Una noche Mameh lo oyó quejarse, acudió a su lado y le preguntó qué le dolía. Sin embargo, no era el cuerpo lo que le torturaba, y soltó un segundo gruñido. Quería hablar, así que Mameh se acercó a él tratando de averiguar qué decía. Fue inútil. Sus balbuceos eran incomprensibles. A Mameh se le ocurrió darle papel y lápiz, pero las manos de Komar ya no funcionaban y solo consiguió que se desesperase más aún. Entonces tuvo una idea mejor. Cogió el papel y el lápiz y cuando escribía algo correcto Komar asentía ligeramente y en la boca se le dibujaba una especie de sonrisa. Tardaron la mitad de la noche en componer una frase breve y simple, pero a ella se le hizo mucho más largo. De aquel modo, el moribundo pudo expresar su último deseo: «Enterradme junto a Marian».

Al día siguiente, Mameh le enseñó el mensaje a su madre. Hacía

tiempo que apenas decía una palabra, pero en aquella ocasión respondió generosamente.

—Díselo al sepulturero.

Komar bin Syueb había buscado la reconciliación al final de su vida y, en particular, había intentado congraciarse con la bebé que quizá había muerto por su culpa. Una noche, mientras estaba en la cama, Mameh oyó los ruidos de un cuervo en el tejado. Cuando echó a volar, sus graznidos le retumbaron en la memoria. Quería ignorar la superstición, pero la gente decía que, cuando un cuervo se posa en un tejado, es que en esa casa va a morir alguien. No consiguió conciliar el sueño hasta el amanecer, y justo entonces murió su padre, abrumado por el dolor y el sufrimiento de esperar el regreso de su hijo mayor. Lo que más entristecía a Mameh era pensar en su añoranza por Margio, segura como estaba de que, si hubiera regresado antes de su muerte, él mismo le habría quitado la vida.

Aquella mañana se encontró a Komar despatarrado en la cama. Su cuerpo se había deteriorado hasta convertirse en un anónimo trozo de carne, una imagen capaz de quitarle el apetito hasta a un cuervo. No le habían rebanado el cuello, aunque Komar sospechara que un miembro de la familia acabaría por hacerlo algún día. Margio se había contenido y no le había cortado la cabeza. El viejo había muerto por causas naturales, no sin antes perder la razón. Dijo «*Sayonara*» y se deslizó por la ventana en brazos del Ángel de la Muerte, contemplando sus últimos días, su fétido colchón, su húmeda habitación y su mundo estéril.

Aquello fue el fin de una rutina establecida hacía un tiempo en la casa. Al alba, Mameh había sido la primera en despertarse en el número 131. Terminaba medio sonámbula las tareas domésticas que su moribundo padre no podía ya realizar y le llevaba a su habitación un cubo de agua caliente con una toalla para el rostro. En sus últimos días, mientras el dolor aumentaba rápidamente y con el aroma de la tierra del cementerio metida en la nariz, Komar se arrepintió un poco y obligó a su doliente cuerpo a hacer las plegarias. Mameh le ayudaba con las abluciones, le lavaba las manos, los pies y la cara y lo tumbaba para que rezase. Cinco veces al día. Se despertaba en cuanto Mameh lo tocaba y le decía que la llamada a la oración era inminente. Komar abría los ojos y no se movía, como si estuviera pegado con cola a las sábanas con la cabeza hundida en tres capas de almohadas podridas y el cuerpo inerte apenas visible bajo la manta de rayas blancas y negras del hospital.

Cuando llegó el amanecer y la mano de Mameh no consiguió despertarlo, lo sacudió suavemente, pero él no reaccionó. Tenía los ojos abiertos, pero se había ido. Cuando se dio cuenta, puso el cubo en el suelo antes de que se le cayera. Se echó una mano al pecho,

balbuceó sorprendida y, como había visto hacer en el cine cuando alguien moría, le cerró los ojos. —*Sayonara* —susurró—. Tus tijeras y peines testificarán por ti el Día del Juicio.

Miró a su alrededor para asegurarse de que en la habitación hubiera una salida para el alma de su padre. En el suelo había un cuenco con el agua que había usado para refrescarle la frente la noche anterior; en otra parte un tazón de puré de verdura, un plátano verde y un vaso de té dulce fermentado sobre la mesilla de noche.

Aquella era la hija a la que su padre no le había regalado un par de pendientes en dieciocho años de vida. Para evitar que se le cerraran los agujeros de los lóbulos se colgaba en las orejas hilos de colchón enrollados. Siempre había querido tener un par de gramos de oro. Sí, una vez de pequeña Komar la llevó de picnic a la playa y le enseñó orgulloso a hacer castillos de arena. Sí, en una ocasión Komar le dijo que fuera al sastre y se hiciera un vestido nuevo para *Eid Al-Fitr*. E incluso la llevó al cine a ver *Pandava Lima*. Komar sabía que cuando muriera, Mameh no se acordaría de ninguna de esas cosas.

La llamada del muecín sonó desde el *surau*, en el lado oriental de la casa de Anwar Sadat. Tras la ronca voz de Ma Soma vinieron los sonidos de las puertas de los vecinos que se abrían, los cerrojos que se descorrían, las llaves que giraban, el susurro de los zapatos que se arrastraban por el callejón en dirección al *surau* y los chuchos que ladraban al despertar de su profundo sueño mientras los gallos aleteaban antes de soltar sus cuatro berridos a pleno pulmón, el último de los cuales sonaba como un largo suspiro. Mameh fue a la habitación que compartía con su madre y la despertó para decirle «Padre ha muerto». Su madre se levantó y comprobó que Komar había fallecido por causas naturales y no porque su hija lo hubiera estrangulado.

Después, aquella mujer llamada Nuraeni sencillamente se sentó en un taburete de la cocina mirando a los fogones y empezó a hablar en voz baja consigo misma, con los fogones y con la sartén, cosa que hacía habitualmente. No estaba del todo en sus cabales, o al menos eso creía su hija. Mameh la siguió a la cocina y se quedó de pie bajo el marco de la puerta mirando a través de la penumbra y esperando. No sabía qué hacer con el cuerpo de su padre. Deseaba que Margio regresara y le diera instrucciones, pues de lo contrario quizá su madre y ella dejarían a Komar bin Syueb pudriéndose en su cama.

En el silencio, Mameh oyó una especie de llanto, un suave sollozo que se escapaba de entre los balbuceos sin sentido de su madre. Le sorprendió descubrir que echaba de menos al marido que llevaba golpeándola toda su vida de casados por esto o por lo otro o sin razón alguna. Estaba segura de que la tristeza de su madre no se debía a que amara a Komar, sino a que estaba acostumbrada a vivir con él, por

muy horrible que fuera.

En el jardín, los animales se revolvían hambrientos en sus jaulas. Desde el principio del declive de Komar nadie les daba a las pobres criaturas ni zanahorias ni repollos podridos ni salvado, y Mameh los alimentaba con las sobras de la cocina. Pensó que quizá morirían ahora que su dueño ya no estaba. Pero también podía pasar que siguieran sus pasos incluso antes en caso de que a alguien se le ocurriera organizar una sesión ritual de plegarias en algún momento del día. Mameh estaba dispuesta a cortarles las cabezas ella misma, como a menudo Margio había hecho en secreto.

En la cocina continuaba el llanto y Mameh seguía apoyada en el marco de la puerta como si esperara la caída del telón al final de una obra de teatro. Quería distraer a su madre, obligarla a hacer algo, pero decidió no molestarla porque era consciente de que ninguna de las dos sabía lo que había que hacer. Encendió la lámpara de la cocina, cuyo interruptor se encontraba en la alacena del arroz. No era una verdadera alacena, sino más bien una especie de trastero que contenía un baúl en el que ponían a madurar los plátanos y las papayas, y un par de kilos de arroz que Komar había comprado en el mercado después de cortarle el pelo a la gente. Bajo la luz desnuda Nuraeni dejó de llorar, pero continuó sumida en un éxtasis de tristeza, dándole la espalda a Mameh con los ojos clavados en los fogones.

Pensando que posiblemente así las cosas seguirían como siempre, Mameh intentó mantenerse ocupada y cogió la sartén con la que conversaba Nuraeni y la llenó de agua del pozo. Encendió los fogones y la titilante llama iluminó el rostro abotargado de su madre, que de pronto le pareció arrugado como el de una muñeca y más pálido que el cadáver que yacía en la habitación. Mientras ponía el agua a hervir como siempre hacía después de despertar a su padre al alba, se preguntó si la muerte de Komar bin Syueb sería realmente tan dolorosa para su madre. Ella se sentía más bien contenta.

Estuvieron en silencio un buen rato hasta que oyeron a la gente que volvía del *surau*. Se le cruzó por la mente la idea de salir a saludarlos y anunciarles que Komar bin Syueb había muerto, con la esperanza de que la ayudaran con el cadáver, pero no sabía cómo explicarse. Decir algo como «querido tío, mi padre ha muerto» era bochornoso e inapropiado, porque además el tono alegre de su voz la traicionaría. Esperó a que se apagase el ruido de los pasos deseando que a Nuraeni se le ocurriera algún consejo, que la enviara a alguna casa a dar la noticia. Cuando Marian murió, Margio se había ocupado de todo, pero Mameh no sabía ni con quién hablar.

Los sonidos del mundo se multiplicaban a derecha e izquierda desde las casas vecinas; se encendían las cocinas de petróleo y de carbón y los niños orinaban bajo los plátanos. La gente amontonaba

las vajillas sucias en los fregaderos, transportaba cubos de agua desde los pozos y llenaba las bañeras. Mameh oía las bicicletas en dirección al mercado, con la cesta vacía si el dueño iba comprar o llena si iba a vender. En el extremo de la calle las campanillas de los coches de caballos armonizaban con el repiqueteo de las herraduras. Los perros ladraban antes de revolcarse en la arena y quedarse dormidos de nuevo. Sin embargo, en la cocina solo se oía el hervir del agua y el suave roce de los temblorosos hombros de Nuraeni. Esta es la mujer a la que Komar bin Syueb solía montar con tanta crueldad, pensó Mameh.

Aunque habían transcurrido muchos años, nunca olvidaría la noche helada en que el frío le provocó unas ganas terribles de orinar. Estuvo maldiciendo hasta que comprendió que la inundación era inminente. No podía más, así que no le quedó más remedio que salir de la cama. Como no encontraba a su madre, fue a la habitación donde Margio dormía como un tronco. La noche era tan oscura que no se atrevía a ir sola al baño, pero el sueño de Margio era tan plácido que no fue capaz de despertarlo. Arrastró los pies hasta la cocina preguntándose dónde estaban sus padres mientras buscaba a tientas el interruptor de la alacena.

No encendió la luz. La lámpara de la terraza de los vecinos brillaba a través de la celosía de la ventana de la alacena. Sobre el baúl vio dos figuras desnudas que forcejeaban como el jinete y el corcel que había visto un domingo en una carrera de caballos en la plantación de cocoteros. Nuraeni estaba doblada hacia delante como una yegua al galope y Komar bin Syueb la acometía desde atrás. Vio las nalgas de Komar agitándose sin control y a Nuraeni gimiendo con cada embate como una vaca mientras le cortan el cuello. La imagen era gráfica, pues Mameh había visto degollar a una vaca durante el Festival de los Sacrificios.

Estuvo a punto de orinarse encima contemplando a aquellas siluetas empapadas en sudor y escuchando los gemidos de su madre mientras la penetraban violentamente. Se arrastró hasta el baño, vació la vejiga y regresó a su habitación sin el más mínimo deseo de volver a asomarse a la alacena. Después de aquello no pudo conciliar el sueño. Años después, el recuerdo aún no se había borrado y al mirar a su madre y a su padre sentía tristeza y asco, respectivamente.

Mameh tenía solo catorce años por entonces y estaba fascinada por los cambios que experimentaba su cuerpo, sobre todo por la carne que, según sus propias palabras cuando hablaba consigo misma, «le había crecido de pronto en el pecho». Se miraba los pezones y se decía «parecen balas», entre orgullosa y avergonzada de su forma. Cuando le asomaban los pechos por la camisa, por poco que fuera, las miradas de los hombres la incomodaban. Cada mañana comprobaba que sus

pechos parecían haber crecido durante la noche, lo cual le hacía preguntarse si había empezado a surgir una mujer nueva de su cuerpo de niña.

El momento en que más a gusto se sentía con su cuerpo era cuando se encerraba en el baño. Encima de la bañera había un gran espejo, procedente de un armario que el gato había volcado y roto en pedazos. Era una ventana a un mundo paralelo. En el baño, Mameh se pasaba la mitad del tiempo desnuda admirando su figura y sus pechos incipientes. Se sentía toda una mujer. Le gustaban sus nuevos pechos, les dirigía palabras elogiosas, se los cubría con las manos calculando cuánto habrían crecido entre una ducha y otra, y a veces se los apretaba preguntándose qué habría dentro. La admiración que sentía por las atractivas y voluptuosas mujeres maduras que veía por las calles la espoleaba. Aunque era más joven que ellas, frente al espejo imitaba perfectamente todos sus movimientos.

Sin embargo, el mundo al que accedía a través del espejo era muy frágil, porque la puerta del baño no tenía cerrojo. Cada miembro de la familia que se duchaba pensaba en comprar uno, pero en cuanto terminaba de secarse se le olvidaba. La única señal de que el baño estaba ocupado era el ruido, así que un día en que Mameh no se había metido aún en el agua porque llevaba un buen rato absorta en la contemplación de su figura, la puerta se abrió bruscamente. El tiempo se detuvo.

Komar bin Syueb apareció en calzoncillos y camiseta, un cigarrillo entre los labios, las manos sujetando los cordones de los calzoncillos para que no se le cayeran. Mameh gritó avergonzada y estuvo un momento vacilando y sin saber qué hacer antes de derrumbarse en el suelo con la cara entre las rodillas. Mameh recordaría el incidente como un momento larguísimo, mucho más que su propia vida. Sin levantar la cara, oyó a Komar cerrar la puerta y alejarse en silencio paso a paso, aguantándose las ganas de cagar. En cuanto desapareció, Mameh se meó encima.

Mi padre sabe que me han salido los pechos y un matojo entre las piernas, pensó. Había descubierto los secretos de su hija. Durante años, Komar siempre supo que Mameh deseaba que pudiera olvidar lo sucedido. Komar nunca lo olvidó, nadie sabría decir por qué. Mameh lo sabía. Al principio lo evitaba lo más posible y Komar tenía que dejarle el dinero para sus gastos encima de la mesa. Nunca había tenido intención de ver a su hija desnuda, y tampoco lo deseaba ahora, a pesar de la naturaleza demoníaca que a veces se apoderaba de él. Sin embargo, Mameh se había sentido ultrajada y Komar lo sabía y se preparaba para el día en que su hija se abalanzara sobre él cuchillo de cocina en mano. Sin embargo, al igual que Margio, la joven no se decidía. En lugar de matarlo, cuidó de él cuando le llegó

la hora.

La muerte de Komar fue un suceso feliz para Mameh. La misma sensación de felicidad debía haber invadido a Nuraeni. ¿Eran sus sollozos una forma de celebración, una expresión de liberación?

Ya era de día y ninguna de las dos mujeres había hecho nada con el cuerpo, que se iba poniendo rígido en su cama. Seguían aprisionadas en la cocina, cambiando de postura de cuando en cuando para aliviar sus doloridas articulaciones. El agua rompió a hervir con un silbido y Mameh apagó el fuego. Iba a cocer algo de arroz, pero cada vez que veía a Nuraeni derrumbada en el taburete enfrente de los fogones se le quitaban las ganas de hacer nada.

En la calle, los niños ya habían pasado en dirección a la escuela y el mundo se había vuelto cálido y lleno de música. Solo dentro de la casa crecían las tinieblas, con las puertas cerradas y el desaliño de las dos mujeres que no se habían lavado la cara desde el alba y no tenían intención de ducharse. El tiempo se había detenido. Mameh volvió al marco de la puerta y Nuraeni dejó de llorar poco a poco, pero no se movió. El olor de la muerte se había vuelto menos opresivo gracias a la llegada del día y a la luz del sol que se filtraba por los agujeros del techo, las celosías y las grietas de las paredes.

Antes de que se dieran cuenta ya era la una de la tarde y Mameh fue al baño a orinar. Abrió la puerta sin pensar y la resplandeciente luz del día entró de golpe en la cocina mientras sus pies se movían sin motivo y el fresco aroma de los arbustos cuajados de flores del jardín le dilataba las aletas de la nariz. Salió a la terraza con sus ropas ajadas y el pelo revuelto y se quedó allí como un espantapájaros golpeado por la tormenta de la noche previa hasta que un vecino llamado Jafar se acercó a la casa y se detuvo a observar su deplorable aspecto. Se miraron el uno al otro. Jafar pensó desconcertado que la chica se había vuelto loca. Tenía los ojos vacíos y apagados.

—¿Qué te pasa, muchacha?

—Mi padre ha muerto y está ahí dentro pudriéndose—. La respuesta surgió de la nada y Mameh no pretendía formularla de esa manera.

Jafar tardó un momento en comprender lo que quería decir.

—Oh, Dios mío. ¿Cuántas semanas hace?

—Fue anoche.

Por fin había alguien que se hiciera cargo de aquel cuerpo frío, húmedo y pútrido antes de que empezase a descomponerse de verdad. Jafar se lo dijo al *kyai* Jahro y Ma Soma lo anunció por el altavoz del *surau*, con lo que acudieron más vecinos. Alguien trajo un diván y llenó unos cuantos cubos de agua para lavar el cuerpo. El sepulturero tomó las medidas del cadáver con una caña de bambú y le pidió un

cigarro al *kyai*. Antes de que se marchara, Mameh le dijo que cavara la fosa junto a la de Marian. Le insistió varias veces en que cumpliera el deseo del difunto.

A pesar del ajetreo que las rodeaba y de la gente que transportaba el cuerpo de la terraza al pozo y del pozo al *surau*, Mameh y Nuraeni seguían aturdidas, con las miradas unas veces absortas en lo que pasaba a su alrededor y otras fijas en el vacío. Quizá Mameh estaba algo más lúcida y hablaba con los vecinos o con alguno de sus tíos a pesar de que no se había peinado, cambiado de ropa ni duchado y ni siquiera se había lavado la cara. Nuraeni, por su parte, seguía en la cocina. Al darse cuenta de que el momento de enterrar a Komar bin Syueb se acercaba, había vuelto a llorar y gemir. Todos estaban al tanto de su tendencia a perder los estribos, así que no la molestaban. Le permitirían hacer lo que quisiera mientras no se le metiera en la cabeza que la enterraran a ella también.

Entonces fue cuando Margio volvió a casa. Traía el rostro brillante como si su presencia iluminara el mundo. Se hizo cargo de la procesión fúnebre. Era patente que el muchacho bien educado de siempre había regresado. Fue con el cortejo al *surau* a participar en las oraciones fúnebres. A nadie se le escapaba su felicidad. Mameh recogió flores del jardín de Nuraeni, a la cual no le gustó nada ver cómo las arrancaba. La enloquecida mujer era capaz de expresar al mismo tiempo, de manera eficaz y compleja, el dolor por la muerte de su horrible marido y su desacuerdo con que las flores que había plantado con sus propias manos se usaran para su funeral. A Mameh le daba igual. Siguió cogiendo flores y metiéndolas en una cesta.

Una tela dorada con borlas de plata en la que estaba inscrita la *Shahada*[16] cubría el ataúd. Al salir del *surau*, el *kyai* Jahro entonó el *salawat*.[17] Acudió poca gente, en su mayor parte amigos de Margio que venían de cazar jabalíes por las montañas y no se habían percatado de sus ropas sucias y cubiertas de barro. Margio estaba entre ellos, justo al lado del ataúd, y esparcía las flores que Mameh había recogido. Enterrarían a Komar bin Syueb en el cementerio público Budi Darma, junto a un franchipán y un champak y una pequeña Marian que lo esperaba furiosa en la otra orilla.

Cuando se fueron, la casa se sumió en el silencio de nuevo excepto por la salmodia del *salawat* que se perdía en la distancia. Mameh y Nuraeni también guardaron silencio. Nuraeni salió por fin de la cocina. Parecía agarrotada y hambrienta, pero no había nada de comer, así que atravesó el salón arrastrando los pies y se sentó en la terraza en el diván sobre el que habían lavado el cuerpo de Komar. La mayoría de sus flores habían desaparecido. Mameh la seguía con la mirada. Aún llevaba consigo las terribles imágenes de aquella noche en que la había visto medio muerta sobre el baúl, gimiendo debajo de

su marido como una vaca con el cuello rajado. De pronto un pensamiento la asaltó. Caminó hasta su madre y le dijo con voz decidida:

—Madre, deberías volver a casarte.

Nuraeni volvió en sí de pronto y abofeteó a su hija con todas sus fuerzas. La mejilla de Mameh ardía y escocía.

TRES

Se mudaron a la casa número 131 cuando Margio tenía siete años, viaje al que posteriormente se referiría con el nombre de El divertido viaje familiar con vacas. Fue un épico trayecto de tres horas hasta el lugar que Komar insistía en llamar «nuestra propia casa» a través de senderos pavimentados de coral que se habían convertido en barrizales para los búfalos de agua, que la familia tuvo que cruzar como los judíos el Mar Rojo, historia que Ma Soma contaba de vez en cuando en el *surau* después de la clase de Corán.

La familia viajaba en un carro, tirado por dos obesas vacas, que le habían cogido prestado sin pagar al propietario del molino de arroz. No podían permitirse el alquiler de un camión. El cabeza de familia iba sentado delante, restallando inútilmente las riendas en las rodillas con una mano y con la otra blandiendo un látigo al que las vacas no hacían ningún caso. Nuraeni iba a su lado con la pequeña Mameh en el regazo. Llevaba la cabeza cubierta con un velo de color verde oscuro con flores plateadas y trataba de calmar a sus hijos, que no paraban de protestar por la mudanza. Sobre los colchones enrollados, Margio intentaba evitar que la sartén y los cubos cayeran al suelo y se desesperaba cada vez que un bache arrojaba sus pertenencias a la carretera. Entonces tenía que apearse y recogerlo todo mientras el carro seguía rodando. Después lo alcanzaba a la carrera, lanzaba los objetos caídos al interior, se subía de un salto y se sentaba o se tumbaba a contemplar los pájaros en el cielo.

En realidad, se podía atajar por una ancha carretera asfaltada que ceñía el litoral, por la que circulaban los autobuses y los camiones, pero a Komar bin Syueb le preocupaba la reacción de las vacas ante el tráfico. En lugar de eso, eligió una ruta llena de curvas que cruzaba las colinas, atravesaba los arrozales y pasaba por aldeas con filas de casas a la sombra de bosquecillos de bambú, en las que las mujeres secaban arroz en los jardines y los hombres recogían leña. En cada aldea la gente dejaba lo que estuviera haciendo para ver pasar la caravana con cara de asombro, y Nuraeni se hundía más y más en las profundidades de su velo. Por el contrario, Komar bin Syueb seguía imperturbable. Saludaba a todo el mundo y cuando alguien preguntaba a dónde se

dirigían, respondía sin vacilar.

A Margio le importaban un comino los niños descalzos y medio desnudos que lo observaban desde la cuneta. Estaba demasiado ocupado jugando con sus cromos de héroes del *Mahabharata*, preguntándose cuál sería Arjuna y cuál Karna e intentando con todas sus fuerzas distinguir entre los gemelos Nakula y Sadewa. Solo se distraía cuando las ruedas chocaban con una rama caída o una roca del tamaño de la cabeza de un hombre y una tetera o una bolsa de ropa mal amarradas se caían del carro. Estaba enfadado por tener que abandonar su hogar y perder a los amigos con los que intercambiaba cromos y canicas, jugaba a las cometas y cazaba grillos. Nada le garantizaba que en la nueva casa fuera a encontrar amigos ni la mitad de buenos.

Su antiguo hogar estaba en el cruce de dos carreteras pavimentadas de coral. Todos los lunes era día de mercado y el lugar se llenaba de vendedores que exponían sus cestas en la cuneta, en las terrazas de las casas y en las parcelas vacías. Algunos vendían cocos, papayas, plátanos y mandiocas, y otros colgaban hermosas telas en estructuras de madera que amarraban a sus bicicletas. Una anciana vendía bandejas de flores y también había quien traía vacas, cabras o búfalos de agua. Había pollos y patos y cubos con peces y anguilas. Las mujeres hacían la compra y a veces aparecían camionetas que los conductores llenaban de productos hasta los topes, dejando el mercado prácticamente vacío. Si los demás días de la semana había alguien en su terraza, ese era Komar bin Syueb, con su gran espejo apoyado en una mesa, su instrumental de afeitar, una silla y unas cuantas toallas y capas de corte de algodón colgando de unos clavos cómodamente situados.

La casa nunca había sido un verdadero hogar. No era más que un almacén de cocos. Estaba al lado de una gran mansión con ventanales de cristal y suelos de brillantes baldosas de color marfil que la doncella limpiaba todos los días. A su alrededor había huertos de pomarrosa, naranjos y mangos, y un jardín en el que a menudo aparcaban de noche un par de camiones. Un día, el dueño de la mansión construyó un almacén más grande detrás de su factoría de aceite de cocina y después abandonó a su mujer y a sus hijos misteriosamente. El almacén original estuvo vacío hasta que Komar y Nuraeni, con Margio aún acurrucado en el vientre de su madre, se lo alquilaron a la dueña por el precio de doce afeitados al mes y la obligación de ocuparse de la mansión y sus ocupantes.

La casa era un cuadrado de cemento de unos pocos metros de lado con una sola habitación. Komar y Nuraeni extendieron un colchón en el suelo, que antes hubo que limpiar de fibras de coco, escorpiones, insectos y ratones, y apilaron su ropa de cama junto a una bicicleta,

un armario y una estera de mimbre para sentarse. No había cocina. Nuraeni colocó el hornillo, el escurreplatos y los cubos debajo de un melinjo detrás de la casa. Tuvo que rodear el hornillo con una pequeña y decrépita barrera de contrachapado para evitar que los malvados vientos le apagaran el fuego. Cuando terminaba de cocinar, se llevaba los platos con la comida, los cuencos de verduras y la canasta del arroz al interior, los colocaba al lado del colchón y comían allí. Por supuesto, tampoco había baño. Por las mañanas o al caer la tarde iban a la mansión, donde por suerte les permitían usar un baño y un retrete separado del de la dueña y sus hijos. Allí nacieron Margio y Mameh, allí estaba su vida, y les gustaba.

Los últimos años que pasaron en el almacén, las tareas de Margio consistían en llenar la bañera y llevar tres cubos de agua a la cocina de la terraza trasera. Lo hacía por las mañanas antes del colegio y por las tardes antes de irse a la playa a jugar con su cometa. Tenía muchos amigos en el barrio, entre los que se contaba el hijo de un vendedor de hielo muy amable que le invitaba a polos. Y entonces se mudaron al número 131.

El dueño de la mansión regresó de pronto y sin previo aviso, igual que se había marchado. Vendió la casa y los huertos y, por supuesto, el almacén de cocos, y se mudó con su familia a otra parte. Komar investigó por la zona hasta que se perdió cerca de un campo de fútbol que no quedaba lejos de la base militar y el mercado local, y descubrió que en el 131 no vivía nadie desde hacía dieciocho meses. Buscó al dueño por los alrededores y cuando lo encontró no le costó trabajo obtener permiso para ocupar la vivienda porque el anciano propietario pensaba que estaba a punto de venirse abajo. Volvió al almacén con la noticia, pero antes tuvo que persuadir a Nuraeni de que empeñara su anillo de boda para pagar la nueva casa.

Los niños no fueron fáciles de convencer e incluso Nuraeni parecía poco dispuesta, a pesar de los años que llevaba viviendo sin baño ni cocina. Margio fue el más duro de pelar. Insistió en que lo dejaran allí y se negaba a comprender que el nuevo dueño de la mansión no quería seguir alquilándoles el almacén porque pensaba convertirlo en una tienda para vender cepillos de dientes, jabón y golosinas.

—Además, ahora viviremos en nuestra propia casa —decía Komar bin Syueb.

A Margio le daba igual. A sus siete años, era muy popular y capitaneaba a sus amigos los alegres domingos en que se iban a pescar anguilas para venderlas el lunes en el mercado y le regalaba a su madre lo que sobraba. Recogía leña con los demás niños en la plantación, antes de que cayera en el abandono, y siempre le tocaba a él armarse de valor para enfrentarse al capataz cuando montaba un escándalo porque habían echado abajo los frutos verdes al tirar de las

hojas secas de los cocoteros. Como la cocina de su madre no era de leña, Margio vendía la madera y con el dinero compraba canicas y papel e hilo para fabricar cometas. Además, tenía más cajas de grillos que cualquier crío de su edad. El pequeño Margio vivía en la gloria y la mudanza lo llenaba de recelo.

Estaba de mal humor y amenazaba con escaparse de casa. Estaba dispuesto a quedarse allí incluso si tenía que dormir en la terraza de un vecino o en una choza en la plantación de cacao. Al final, Komar lo llevó a rastras a un rincón del almacén, le echó una buena bronca y le llamó niñato desagradecido. Margio no decía nada, así que Komar le ordenó que hablara. Cuando estaba a punto de abrir la boca, su padre detectó una cierta insolencia en su cara y le soltó un bofetón. Se le enrojecieron las mejillas y se le humedecieron los ojos, pero Margio no se permitía a sí mismo llorar. Seguía sin decir nada. Komar, enfurecido por su silencio, agarró la vara de mimbre que se usaba para sacudir los colchones y le dio un latigazo en la pantorrilla. Margio se desplomó contra la pared con una pierna en alto. Podía resistir, pero iba a perder la partida.

Y así, enrollaron el colchón, lo ataron firmemente con una cuerda de plástico y lo colocaron encima de la estera de mimbre en el carro. El escurreplatos iba amarrado en la parte trasera y los platos y vasos dentro de una canasta, envueltos en tela y protegidos entre las almohadas. El instrumental de barbero estaba plegado y oculto en una bolsa de ropa apilada con las mesas y las sillas, la sartén y los cubos, el hornillo y los cuencos. Margio colocó sus cajas de grillos entre las almohadas y se metió los cromos sujetos con una goma en el bolsillo de sus pantalones cortos de uniforme escolar color granate. Permaneció de pie junto a las vacas con una camisa a la que le faltaban dos botones, el pelo rojizo y crespo y unas chanclas desparejadas hasta que, después de despedirse y cerrar el portón del carro, Komar le ordenó que se subiera.

Cuando pensaba en el día más triste de su vida, se acordaba de aquel. Veía a su madre sentada junto a Komar, el reticente rostro tras un velo que nunca había llevado antes. Se preguntaba si su tristeza se debía a la mudanza o a que había perdido su anillo de bodas. Siempre la había considerado una aliada, pero su silencio le hacía darse cuenta de que iba a ser de poca ayuda en el futuro. Se subió al carro lleno de amargura y se sentó en el colchón mientras sus amigos lo observaban desde la terraza en la que Komar bin Syueb había ejercido su oficio todos aquellos años.

En realidad, no iban muy lejos, pero el indolente paso de las vacas y la elección de la ruta prolongaron el trayecto. Más tarde, Margio volvería a su antiguo hogar a visitar a los amigos. De momento, en silencio encima del colchón, se tumbaba de espaldas a ratos para

observar el vuelo de las garzas, se volvía a mirar las curvas del camino que quedaba atrás y se perdía en la distancia o apoyaba la barbilla sobre las manos para contemplar los arrozales ondulados y olorosos. Nuraeni también callaba, encorvada como si la torturara la vergüenza. Si se cruzaban con alguien fingía no reconocerlo. Parecía una recién casada celosa de su dignidad, de no ser por la hija que llevaba en brazos, dormida como un tronco a pesar del traqueteo. Tiempo después, Margio le contaría a su hermana lo afortunada que había sido al ir durmiendo durante aquel humillante viaje.

Komar bin Syueb era el único que viajaba erguido y de vez en cuando entonaba una canción para entretenerse. Cuando las vacas parecían cansadas, paraba el carro un rato. Los pasajeros aprovechaban para comer plátanos y arroz frito.

Cuando salieron a una carretera asfaltada, Komar anunció que estaban a punto de llegar. Detrás de ellos quedaban en el barro las huellas paralelas de las ruedas de madera con aro de goma. Habían llegado a las afueras del pueblo, una avenida flanqueada de hermosas casas. Aún no sabía cuál era la suya, pero al ver las vallas pintadas de colores brillantes y adornadas con trabajos de forja, y las luces y buzones resplandecientes que los recibían, Margio empezó a entusiasmarse. Miró a su madre, esperando encontrar el reflejo del mismo sentimiento. Nuraeni seguía encorvada y perdida en sí misma. Margio se olvidó de ella al ver a la gente en sus terrazas, las macetas de orejas de elefante y las orquídeas que crecían en los postes. ¿Cuál sería la suya?

Sin embargo, en lugar de detenerse allí, continuaron hasta doblar por un callejón tan estrecho que el carro casi no cabía. Margio tuvo que coger el escurreplatos, que sobresalía del carro y chocaba con las vallas. Avanzaban traqueteando más lentamente aún por delante de chozas atestadas y jardines descuidados, previamente ocultos por las hermosas casas que acababan de pasar. Finalmente se detuvieron bajo una ceiba de flores recién caídas. Estaban delante del número 131.

—Aquí es —dijo Komar con un orgullo que no halló eco en el resto de la familia.

La casa era mayor que su antiguo almacén. Medía unos doce metros de lado, así que había espacio para un dormitorio, un baño y una cocina. Margio pensó que saldría volando a la primera tormenta. Si le caía un coco encima se venía abajo. Se notaba a primera vista que estaba escorada hacia un lado, a punto de derrumbarse. Era sombría y olía a muerte, humedad y pobreza. Las tejas de arcilla roja estaban gastadas y ennegrecidas de moho seco por el sol. Margio estaba seguro de que cuando lloviera el agua calaría hasta el mismo centro de la casa. Las paredes de bambú trenzado estaban combadas y se movían con el viento. La vieja capa de cal que las cubría se había

caído dejando las tiras de bambú al descubierto.

Komar abrió el candado de la puerta delantera mientras su familia esperaba detrás de él, perpleja y decepcionada. La puerta, hinchada por la humedad del verano, se resistía. Cuando consiguieron abrirla, la maldita no cerraba bien. Tras dieciocho meses de abandono, en la casa reinaba la penumbra y apestaba a basura; servía de vivienda a las arañas y de alimento a las ratas, que salieron huyendo con el sonido de sus pasos. Un murciélago aleteó asustado por la habitación antes de escapar. El penetrante olor a mierda de murciélago y geco disminuyó cuando abrieron las ventanas y corrió algo de brisa.

El suelo era poco más que tierra húmeda y áspera bajo los pies. Margio había acertado con lo de la lluvia. En aquella casa no se podrían poner los colchones en el suelo. Habría que comprar dos camas.

—¿No había nada en peor estado? —preguntó Nuraeni, abriendo la boca por primera vez.

—Oh, cállate. Por muy mal que esté, es nuestra propia casa —respondió Komar.

Nuraeni debía haber sabido lo poco que sacarían por un anillo de bodas de oro de seis quilates. La casa era suya, pero el terreno sobre el que estaba construida no.

Se pasaron una semana limpiando, quitando telarañas y cazando ratas que pululaban en los nidos que ellos se apresuraron en tapar. Komar pidió prestada una azada para nivelar el suelo y deshacerse de los excrementos de animales. Subió al tejado con Margio para arreglar las tejas descolocadas por el viento y las palomas. El resentimiento del muchacho era cada vez más profundo. Sin embargo, no tenía más remedio que obedecer a su padre si no quería volver a probar la vara de mimbre. También tuvieron que arrancar los helechos y hongos y cortar la eritrina junto al pozo en la parte trasera de la casa.

Tenían suerte de disponer de pozo, aunque tuvieron que sanearlo antes de instalar una polea con un cubo. Lo más lujoso de la casa era el baño, hecho de cemento mezclado con trozos de baldosas de cerámica y con un retrete atorado que tardaron un mes en arreglar. Hasta entonces tuvieron que cagar en la plantación de cacao o en una zanja detrás de la fábrica de ladrillos. La casa tenía dos habitaciones. Una mañana Komar apareció con dos camas, una para él, Nuraeni y la pequeña Mameh y otra para Margio. Con el tiempo, la situación cambió. Nuraeni y Mameh se adueñaron de una de las habitaciones, y Komar dormía solo en la otra. Margio quedó relegado al sofá del salón, la garita del vigilante nocturno o el chiringuito de Agus Sofyan.

La parcela pertenecía a una anciana llamada Ma Rabiah, cuyas propiedades, como las de Kasia, la esposa de Anwar Sadat, llegaban más allá de varios pueblos de distancia. Las casas de la calle principal

estaban construidas en parcelas adquiridas al anterior propietario. Eso había sucedido en la época en que las familias iban y venían llevando consigo las estructuras de sus casas, que se podían enrollar y meter en sacos. Algunos de los que se instalaron en el estrecho callejón nunca pidieron permiso a Ma Rabiah, hasta que descubrió por sí misma las casitas blancas recién levantadas, con sus hermosos arbustos de jazmín en los jardines delanteros. Si los ocupantes de una de las parcelas decidían seguir su camino, solo tenían que desmontar las paredes de bambú, enrollarlas y llevárselas junto a la estructura de madera de la casa. Pronto otra familia ocuparía el espacio.

—Aquí estamos, esperando a que Ma Rabiah nos eche a patadas y tengamos que recogerlo todo de nuevo —dijo Nuraeni cuando terminaron de adecentar la casa.

Pero Ma Rabiah no había desahuciado a un alma en toda su vida. Los ocupantes de las parcelas iban y venían a su antojo. La anciana ni siquiera cobraba los alquileres o pedía una contribución para pagar los impuestos. Le gustaba hablar de otras cosas y pasar el rato entre risas con las demás mujeres antes de irse a casa. Era la amable y anciana viuda de un veterano del ejército, y la única compensación que recibía de los habitantes de las parcelas eran las cajas de galletas que le enviaban todos los años por *Eid al-Fitr*. Ni las pedía ni tenía la dentadura para galletas.

Muchos años antes, cuando toda la zona no era más que una jungla de matorrales excepto la playa donde vivían los pescadores, las parcelas no pertenecían a nadie. Los primeros en asentarse fueron unos nómadas llegados del este que dividieron la zona con maderos que hacían las veces de linde. Se decía que eran doce hombres montados en burros que se enfrentaron valerosamente a los jabalíes y los cuones, construyeron casas y granjas y se adueñaron de la tierra hasta más allá de donde alcanzaba la vista. Intimidaron a los pescadores que vivían en las márgenes de los ríos, cortaron los matorrales y plantaron arroz; se les recordaba como fundadores del pueblo.

Trajeron hermosas mujeres procedentes de los pueblos de pescadores y de muchos otros lugares, se casaron con ellas y tuvieron hijos que heredaron las granjas, los arrozales y las plantaciones de cocoteros. Ma Rabiah era descendiente de una de aquellas familias y Kasia de otra. Kasia procedía de la cuarta generación de los hombres que plantaron las lindes y Ma Rabiah de la tercera. Sus posesiones no se podían calcular o situar en un mapa, ni siquiera después de que repartiera la tierra con sus primos. Cuando Komar bin Syueb se instaló allí, se decía que las lindes de madera seguían exactamente donde las habían puesto los fundadores.

Cuando la República era aún joven y Ma Rabiah solo una niña, se

casó con un soldado con el que vivió prósperamente sin tener que recurrir a sus propiedades. Hasta después de la revolución, vivieron abiertamente del contrabando, monopolio de los militares locales. El comandante Sadrah podía confirmar la veracidad de este extremo. Así fue como aquella miríada de pequeñas parcelas fue a parar a manos de dos personas que seguramente ni se acordaban de que eran suyas. La tierra volvió a ser una jungla de matorrales donde crecían los juncos y las ciscas hasta que el pueblo empezó a crecer y la gente, maravillada de la gran cantidad de parcelas deshabitadas, comenzó a asentarse en la zona. Acudían a la casa de Ma Rabiah dispuestos a comprar o alquilar, pero ella les permitía vivir gratis en sus tierras porque no necesitaba el dinero. Algunos de los habitantes de la calle principal insistían en pagarle para evitar molestias o desahucios, y porque podían permitírselo.

Ma Rabiah y su marido tuvieron ocho hijos, famosos en el pueblo por su despiadado espíritu comercial. Uno de ellos fue el primero en construir un cine con tres sesiones cada día de la semana. Otro abrió una tienda de donuts que, según el cartel publicitario, vendía los mejores donuts del mundo. Otro más inauguró una factoría de gambas, o más bien se dedicaba a comprar gambas y pescado a los pescadores al lo largo de media costa sur para revenderlos a las naciones comedoras de gambas del mundo. La gente llamaba factoría a sus enormes tanques y congeladores. Todos los hijos de Ma Rabiah viajaban en coches brillantes y eran las celebridades del pueblo, así como la pesadilla de los ocupantes ilegales de las parcelas de su madre.

Poco después de la muerte de su padre, los hermanos empezaron a pelear por la herencia sin importarles un comino que la tierra perteneciera a su madre, que aún vivía. El mayor expulsó a una familia que llevaba dieciocho años viviendo en una parcela. Indiferente a sus súplicas, quería construir una fábrica de hielo. La familia tuvo que desmontar la casa y marcharse. Envidiosos de las acciones del mayor, los hermanos más jóvenes expulsaron a otras familias para tener espacio para sus tiendas, fábricas y estanques de pescado, o solo para dejar que las parcelas se deteriorasen y se convirtiesen en madrigueras de malos espíritus. Pusieron lindes nuevas y se repartieron la tierra entre ellos sin consultar a su madre.

Aunque nadie se quejó, Ma Rabiah sabía leer en los ojos de sus inquilinos. Siempre le había gustado examinar su imperio e iba de choza en choza conversando con su gente. Ahora estaba alarmada por lo que habían hecho aquellos ocho desagradecidos y malcriados hijos suyos. Los reprendió por desahuciar a la gente sin su permiso, pero eran más obstinados que el mismo diablo. No solo se negaron a disculparse, sino que respondieron con más desahucios aún.

—Buscadme una manera de sacarlos del testamento —dijo ofendida a varias personas.

Un buen día tuvo un momento de inspiración y urdió un plan. Pasó algún tiempo de una casa a otra, hablando con los hombres y las mujeres y dejando caer que quería vender los terrenos, así que tendrían que pagar por las parcelas en las que vivían. Los inquilinos, Komar incluido, estaban deseosos de hacerse con un título de propiedad, pero pocos tenían el dinero necesario. En algún momento de sus idas y venidas por el vecindario, Ma Rabiah les propuso una evidente y sencilla solución.

—Venderé lo más barato posible.

Para Komar, barato significaba afeitar al menos ciento veinte cabezas para pagar el terreno donde estaba construida su casa y el pequeño jardín delantero. Llevaban allí ocho años y Komar había estado ahorrando para recuperar el anillo de boda que había empeñado, aunque al final murió sin lograrlo. El resto de los vecinos recurrieron a sus ahorros y pidieron dinero a Makojah, el prestamista local, o vendieron sus motocicletas y collares, de manera que en un año todas las parcelas cambiaron rápidamente de manos.

Se redactaron documentos de compraventa, firmados con el pulgar por la anciana señora y rubricados con timbre fiscal. El día en que tuvieran que plegar sus casas y meterlas en sacos nunca llegaría. Enmarcaron los títulos como si de diplomas universitarios se tratara y los colgaron en los salones; eran su más preciada posesión. El cariño que sentían por Ma Rabiah aumentó, incluso si su forma de expresarlo era solo por medio de cajas de galletas no deseadas.

Individualmente, los pagos fueron modestos, pero en conjunto, los títulos marcados con el pulgar le reportaron a Ma Rabiah una enorme suma de dinero. Nunca había creído que se haría rica de verdad, pero ahora tenía literalmente una pila de billetes bajo la cama. Incluso si quería esconderlo en lugar seguro, no se le ocurría dónde. Le preocupaba que sus ocho hijos descubrieran que tenía todo aquel dinero repartido por distintos lugares de su casa. Entonces descubrió la solución. Lo que hizo causó sensación entre los lugareños durante años y habría de convertirse en una historia que pasaría de generación en generación y engrosaría las leyendas del pueblo.

Durante sus últimos años tiró la casa por la ventana y compró dos caballos tan mansos que los niños jugaban con ellos y andaban sueltos por la playa. También adquirió un autobús porque, según se decía, le gustaba viajar en ellos desde niña. Como no sabía conducir, el vehículo se quedó aparcado detrás de su casa y se convirtió en un corral. Un día fue al cine de uno de sus hijos sin decírselo y compró el aforo completo para ver la película sola. La gente aún se acuerda del título: *Puteri Giok*. Después compró más entradas para que todo el

mundo pudiera verla gratis durante los siguientes dos días. No contenta con semejante despilfarro, fue a una tienda de modas y se compró cinco trajes de novia que jamás usaría, excepto uno, con el que durmió aquella noche y otro, con el que la vistieron cuando murió. Compró un saco de pan, que compartió con unos niños y se comió el resto en un triciclo con el que se fue a su casa pedaleando entre risotadas.

Sus hijos se percataron de lo que estaba sucediendo tras una serie de infructuosos intentos de desmantelar algunas de las casas. Los nuevos propietarios legales detuvieron los desahucios en seco enarbolando sus títulos de propiedad. Solo entonces vieron a los caballos pastando en la espesura y descubrieron horrorizados el autobús lleno de mierda de gallina. Para colmo, el encargado del cine les dio el chivatazo de lo de su madre y la película. Los enfurecidos hijos acordaron hacerse con lo que quedara, así que redactaron un voluminoso documento en virtud del cual Ma Rabiah les legaba el resto de sus posesiones y trataron de obligarla a estampar el pulgar al pie. La consternada anciana agitaba la cabeza y se negaba a ceder.

Según se recordaría eternamente, aquella mañana Ma Rabiah se puso por última vez uno de sus trajes de boda después de rechazar las groseras demandas de sus hijos. Se sentó en un pequeño banco delante de su casa y empezó a comerse la tierra del jardín terrón a terrón. Algunos vecinos intentaron detenerla, pero ella insistió en que era mejor comerse la tierra que dejársela a sus malditos hijos, que se preocupaban más por su dinero que por ella. Mientras hablaba, seguía metiéndose tierra en la boca. Alguien informó a los hijos, así como a la policía y a los oficiales de la base militar, pero para cuando llegaron Ma Rabiah yacía fría y sin vida en el jardín, con su precioso vestido de boda de satén y encaje. Alguien explicó que se había atragantado con un puñado de grava. La tozudez de Ma Rabiah por proteger su tierra hasta la muerte se hizo legendaria.

Así fue como Komar bin Syueb llegó a ser propietario de su casa y del terreno sobre el que estaba construida. Aquel golpe de suerte nunca dejó de sorprenderle. Aunque seguía siendo indudablemente pobre, había adquirido un nivel de abundancia que siempre había considerado fuera de su alcance. Ya no ejercía de barbero en la terraza de su casa sino en el mercado del pueblo, donde esperaba a los clientes bajo un almendro malabar en el que apoyaba su bicicleta, cerca de un puesto de pollo con fideos, hasta que le cedía el sitio a un vendedor de bajigur que vendía leche de coco caliente por las noches.

A pesar de la buena suerte, Margio y Nuraeni nunca olvidaron la decepción inicial que sintieron al descubrir que el número 131 era poco más que una madriguera de malos espíritus y a Mameh, que era todavía una niña, el título de propiedad no le produjo ninguna alegría.

En realidad, poco había cambiado en los ocho años que llevaban viviendo allí, excepto que Margio y Mameh habían crecido y Nuraeni estaba más encogida y estropeada.

Los que la conocían desde la infancia se daban cuenta de su deterioro. Solo había que echar un vistazo a la hermosa mujer de pelo rizado, mejillas regordetas y ojos redondos y brillantes que figuraba en su caducado carné de identidad, expedido al principio de su matrimonio. Se había transformado en una belleza arruinada de ojos grises y apagados y mejillas hundidas, y su piel antaño radiante se había vuelto blanquecina. Nada expresaba su infelicidad mejor que su aspecto y Komar bin Syueb lo sabía muy bien. El día que le comunicó que la parcela por fin les pertenecía, Nuraeni no mostró más entusiasmo que si hubiera vuelto a casa con tres kilos de arroz.

—Por lo menos ahora puedes plantar flores con la seguridad de que nadie las arrancará —dijo Komar, en un intento de despertar su entusiasmo.

Pero su entusiasmo nunca llegó. Nuraeni se atrincheró en la cocina. Cuando quería evitar a su marido se sentaba en una banqueta frente a los fogones. Komar era consciente de la nueva costumbre y sabía lo que significaba. La observaba hablar con los fogones y la sartén. Al principio pensó que farfullaba de forma incoherente, que balbuceaba cosas sin sentido, pero con el paso de los días se dio cuenta de que Nuraeni realmente hablaba con aquellos objetos, mantenía con ellos conversaciones que nadie más comprendía.

Fue entonces cuando decidió que su mujer había perdido la cabeza. Quizás fingiera estar loca, porque la mayoría del tiempo se comportaba con normalidad e incluso era posible hablar con ella. Aún protestaba por esto o lo otro, ordenaba a sus hijos que hicieran sus tareas, regañaba a Mameh por olvidarse de barrer el suelo o llamaba a Margio para que espantara a un geco. Sin embargo, se trastornaba frecuentemente y no reconocía a nadie excepto a sí misma. Komar opinaba que estaba demente, y su locura parecía empeorar, como Margio y Mameh descubrirían más tarde.

Komar y Nuraeni se casaron cuando ella tenía dieciséis años y él casi treinta. Como era normal en el pueblo, fue un matrimonio arreglado y el noviazgo duró cuatro años. El día que Syueb se presentó en casa de sus padres con un cubo de arroz y fideos y un velo azul oscuro para pedir su mano en nombre de Komar, Nuraeni no era más que una niña a la que le estaban saliendo los pechos y apenas tenía vello entre las piernas. Por supuesto, los padres habían llegado a un acuerdo previamente, así que incluso la pedida de mano estaba ya arreglada y era una simple formalidad. Acordaron que en cuanto Nuraeni pudiera tener hijos, la casarían con Komar en el *surau* más cercano. Para la ocasión, se reunieron Syueb y el padre de la niña, sus

esposas y un par de familiares. Komar estaba fuera del pueblo buscando trabajo en la ciudad como la mayoría de los jóvenes del lugar, y lo más seguro es que Nuraeni estuviera lavando en el manantial o buscando almejas con sus amigas.

A la niña no se lo comunicaron hasta la noche.

—Nyai, cuando llegue el momento te casarás con Komar bin Syueb —dijo su padre.

Nuraeni no conocía de nada a aquel tipo. Solo sabía que era alguien del pueblo, un nombre al que apenas podía poner cara. Como no tenía expectativas, no le sorprendió que la emparejaran con él. Igual que las demás chicas de su edad, esperaba el momento en que su padre le dijera con quién habría de casarse, pero no prefería a ningún joven en particular. Tenía doce años, así que la noticia la alegró, a pesar del inevitable miedo. Al menos, ya podía contarles a sus amigas quién era su prometido. No había nada más vergonzoso para una chica de más de doce años que no saber con quién se iba a casar.

Aquella noche cambiaron muchas cosas, ya que la niña Nuraeni se había convertido en la joven Nuraeni. Su madre le compró un pintalabios rojo y un perfilador para las cejas y ella no volvió a permitir que se le notaran los incipientes pechos cuando corría la brisa por el pueblo, que estaba en la ladera de una colina. La noticia de que el destino de la niña estaba ya casi unido al de Komar bin Syueb llegó rápidamente a oídos de familiares y amigos, que se alegraron por ella.

Ya no acompañaba a su padre a los arrozales por la mañana ni se subía al arado para que se hundiera en la tierra mientras los bueyes caminaban lentamente entre los surcos salpicándola de barro. Ya no se llevaba a las dos cabras a pastar en la ladera con los otros niños pastores ni volvía a casa con dos troncos de cocotero secos para la cocina. No, de esas tareas se ocupaban ahora sus hermanos menores mientras que ella se quedaba en casa con su madre. Por las mañanas, encendía el fuego para cocer el arroz y aprendía a cocinar el *lodeh* perfecto. Aún iba a los arrozales, pero no para arar, sino para sembrar semillas metidas en agua la noche antes. Cuando despuntaban los verdes brotes, los arrancaba con las demás mujeres y los plantaba en los campos arados en zigzag por su padre y sus hermanos. Mientras esperaban a que el arroz creciera, su padre y sus hermanos esparcían el fertilizante y vigilaban que el agua no se estancase, y su madre y ella les llevaban el almuerzo a una caseta que había junto a un dique. Volvería de nuevo al arrozal con su madre cuando hubiera que arrancar las algas y las malas hierbas y también cuando llegara el momento de cosechar el grano maduro con un cuchillo *ani-ani,*[18] ya que los campesinos no utilizaban hoces todavía. Aparte de eso, Nuraeni tenía la obligación de cuidar su cuerpo para que floreciera y de hablar como es debido. Ahora estaba comprometida y se preparaba

para su boda.

Por su parte, Komar, según dictaban las convenciones locales, se había marchado del pueblo al cumplir los veinte años, ya que en casa no había trabajo para un joven de su edad. Syueb poseía varias parcelas, tanto de secano como de regadío, pero su mujer y él no necesitaban a nadie que se ocupara de ellas, así que le sobraba tiempo para ejercer de barbero del pueblo. Después de una breve lección sobre cómo afeitarle el cráneo a una persona y cómo usar una navaja para recortar bigotes y barbas, y tras varios intentos de sustituir a su padre, Komar se fue con un amigo a ver mundo, equipado con el conocimiento de cómo afeitarle a un hombre el mentón. Naturalmente, al principio no tenía la más mínima intención de hacerse barbero, y esperaba encontrar trabajo en alguna fábrica como los otros jóvenes.

Volvía a casa una vez al año, antes de *Eid al-Fitr*, comúnmente llamado Lebaran, junto a muchos otros jóvenes y familias itinerantes. Durante aquella masiva vuelta a casa, los jóvenes aparecían de pronto por el empinado sendero, cargados con cajas de cartón y bolsas en las manos o colgadas de los hombros. Komar llevaba brillantina en el pelo y una camisa remangada hasta los codos, pantalones de pana que aún olían a barbería, un reloj en la muñeca y un par de zapatos de cuero negro que intentaba no meter en los ubicuos charcos de barro.

En su bolsa traía tabaco para Syueb, una falda de batik para su madre, vestidos para sus hermanas y, como se había enterado de que lo habían prometido, también un regalo para su futura esposa. Era una desconocida, pero sabía que era guapa y que estaba contenta con el compromiso. Recordaba el día en que la niña había nacido porque había estado jugando cerca de su casa y había observado a la gente reunida esperando el nacimiento. La había visto varias veces de camino al colegio, que estaba cerca de su casa. Pero lo que sabía de ella no iba más allá de que tenía el pelo largo y rizado, la nariz respingona, las mejillas regordetas y los ojos redondos y brillantes. Por supuesto, cuando alguien le contó que su padre había elegido a aquella chica para él, soñó con ella todas las noches hasta que decidió volver a casa unos días antes de lo normal.

Se conocieron la víspera de Lebaran. Komar le regaló una lata de bizcochos y un bonito bolso rosa y le puso entre las manos tímidamente una fotografía en la que posaba delante de un Volkswagen Kombi amarillo brillante que estaba en un aparcamiento y evidentemente no era suyo. Tenía una pinta un poco rara, con la mano medio metida en un bolsillo, pero su expresión era alegre y más bien orgullosa, como si a nadie se le pudiera ocurrir mejor pose y lugar más idóneo para hacerse una foto.

Como tantas otras parejas que se acababan de conocer, pasaron

todo el día de Lebaran yendo juntos de casa en casa, estrechando las manos de familiares y vecinos y presumiendo de que pronto se convertirían en marido y mujer. Caminaban uno al lado del otro, deteniéndose continuamente a saludar a los viandantes y ruborizándose alegres y avergonzados. Nuraeni se agarraba con fuerza al bolso rosa y Komar no sabía qué hacer con las manos. Primero se las metió en los bolsillos de los pantalones de pana y después cruzó los brazos por delante del pecho; al final decidió sujetárselas por detrás de la espalda ya que, desde luego, el momento de caminar de la mano aún no había llegado. Temblaban y se les encendían las mejillas al más leve roce.

Komar la llevó a probar las albóndigas del puesto de fideos de Wah Dullah, famosas por su calidad y precio. Estaba al lado del río, en una hilera de tenderetes donde la gente esperaba al ferry. Los clientes forcejeaban para que los atendieran, y cuando les sirvieron se sentaron a comer en una roca con el cuenco en una mano y la cuchara en la otra. De pronto, Komar se resbaló y una albóndiga salió volando por los aires. Se echaron a reír alegres y llenos de amor, como debe ser al principio de las relaciones. Por la tarde, comieron pescado a la parrilla en un chiringuito bajo un jobo después de pescar con unos amigos en la ladera del estanque de Wa Haji. En el pueblo era costumbre ir a pescar a aquella finca y llevar arroz cocido envuelto en hojas de plátano para comerse el pescado allí mismo. Los días se sucedían, pero parecía que el tiempo que pasaban juntos no terminaría nunca.

Una noche, Komar llevó a Nuraeni al teatro local con un grupo de amigos. Después de Lebaran el teatro siempre estaba lleno ya que había poco que hacer por las noches a no ser en alguna ciudad lejana. Aunque ciertos detalles de la obra se difuminaron con el tiempo, nunca olvidarían el título: *Titian Ranbut dibelah tujuh*. Era la historia de un hijo desalmado, parecido a Malin Kundang, el héroe de la gente humilde, que se hace rico y se vuelve tan orgulloso que incluso reniega de su propia madre, por lo cual acaba convertido en piedra. En la taquilla había un póster de un hombre ardiendo en el infierno. Nunca olvidarían aquella noche porque fue la primera vez que se tocaron. Estaban sentados en un banco en la oscuridad y se cogieron de la mano. No se las apretaron, solo las unieron, y aquello fue suficiente para hacerlos hervir como si hubiera estallado un incendio en sus vientres. Al volver a casa ambos soñaron que les picaba una serpiente.

Poco después de Lebaran, Komar tuvo que volver a recorrer el mundo con sus amigos para ganar dinero, así que Nuraeni lo acompañó hasta el ayuntamiento con lágrimas en los ojos. Creía estar verdaderamente enamorada y deseaba que la boda se celebrase pronto. Komar la convenció de que tenía que marcharse y de que

volvería sin falta al año siguiente por Lebaran. En el suelo del ayuntamiento había montones de bolsas llenas de ropa, piñas, plátanos verdes y todo tipo de tentempiés preparados por las madres del pueblo para que sus hijos comieran durante el viaje. Antes de que Komar partiera y cruzara las colinas para tomar el ferry, Nuraeni pronunció la misma sencilla palabra que todas las chicas abandonadas del pueblo y le rogó simplemente: «Escríbeme».

Normalmente, las cartas llegaban los lunes a las diez de la mañana. El cartero llegaba a pie, la saca al hombro y los zapatos manchados de barro rojizo, y entregaba el correo en el ayuntamiento. Le invitaban a té y patatas fritas y descansaba media hora antes de volver por donde había venido. Las chicas esperaban delante del ayuntamiento. Unas recibían carta de su prometido, mientras que otras quedaban decepcionadas y se decían que la semana siguiente sería distinto. Por supuesto, también había cartas para otros habitantes del pueblo, pero créanme, el número era insignificante.

El lunes después de la partida de Komar, Nuraeni ardía de impaciencia desde el amanecer por recibir su carta. Limpió la casa y fregó el suelo para poder llegar temprano al ayuntamiento. En aquella época, la mayoría de las casas estaban levantadas sobre pilotes y tenían el suelo de mimbre, por lo que había que fregar todos los días para deshacerse de la suciedad y el polvo. Cuando su padre volvió del *surau*, la casa brillaba a la luz de la lámpara. Nuraeni corrió a la cocina y encendió los fogones con fibra de coco, soplando a través de una caña de bambú para avivar el fuego y alimentándolo con trozos de leña mientras las llamas danzaban. Puso agua a hervir y, mientras esperaba, lavó el arroz y dejó a su madre ocupándose del resto para ir a la fuente a fregar los platos y hacer la colada.

Con un barreño de ropa sucia en una mano y un cubo lleno de platos en la otra, aquella mañana lo hacía todo con rapidez y diligencia. Su familia era dueña de un estanque de peces junto a la fuente en la que se duchaban, fregaban la vajilla y lavaban la ropa. El agua llegaba a través de tuberías de bambú que bajaban desde los manantiales de las montañas. La fuente tenía alrededor un cobertizo con pared a media altura y tejado de hojas de palmera de azúcar que hacía las veces de cuarto de baño. Mientras ella lavaba la ropa, su padre alimentaba a los peces del estanque con hojas de taro que crecían en el dique.

El sol salió mientras Nuraeni terminaba de fregar los platos y echaba al estanque las sobras de la cocina. Los peces competían por los restos de arroz y comida rancia y hacían burbujear el agua. La luz del sol moteaba el suelo. Algunos lugareños con camisas harapientas y zapatos destrozados portaban las azadas con las que trabajaban la tierra y otros revisaban sus campos de secano y cortaban leña a

machetazos. Una niebla flotaba colina arriba y las voces chillonas de las niñas que charloteaban en la distancia de una fuente a otra ahogaba el rumor de los gorriones y los pájaros carpinteros. Los colegiales, con mochilas a las espaldas y gorras en las cabezas, tiraban piedras al agua del estanque.

Nuraeni se desnudó, lanzó su ropa sobre el muro de mimbre y cubrió pudorosamente la entrada al cobertizo con una toalla, aunque las tiras de bambú de las paredes no ocultaban del todo su figura. Se sentó bajo el abundante y espumoso chorro de agua que manaba de la tubería de bambú abrazándose las rodillas; el cabello le cubría el cuerpo. Sentir cómo el agua se llevaba el sudor le levantaba el ánimo. Se lavó la piel con jabón, prestando especial atención al espacio entre los dedos de los pies, se frotó para deshacerse de la suciedad y se enjuagó el pelo con aloe. Permaneció sentada bajo el chorro de agua mientras se lavaba los dientes.

El parloteo de las chicas de las otras fuentes se apagó; se habían marchado, quizá algunas ya estuvieran esperando al agotado cartero en la veranda del ayuntamiento. Nuraeni salió de la choza, se secó y se envolvió en una toalla que le cubría los incipientes pechos y los muslos. Se anudó el pelo, cogió el barreño con la colada húmeda en una mano y el cubo con los platos relucientes en la otra y echó a andar con paso felino pisando las hojas que salpicaban el suelo entre los estanques, preciosa bajo el sol del amanecer. Inconsciente de su propia belleza.

Llegó al ayuntamiento justo antes de las diez. Llevaba el pelo húmedo recogido en dos trenzas rematadas por lazos amarillos. Tenía razón. Las demás chicas ya ocupaban el largo banco que había debajo del cartel con los horarios del último Ramadán y otras informaciones intrascendentes. Las que no habían encontrado donde sentarse estaban reunidas junto a la valla de bambú bajo una mussaenda, y Nuraeni se unió a ellas para intercambiar anécdotas de Lebaran.

Sin embargo, mientras hablaba seguía pensando en la carta. Era la primera vez que esperaba carta de un hombre. Le palpitaba el corazón. ¿Qué sorpresa contendría? Mala letra, quizá. Incluso esa posibilidad la emocionaba. Quizá viniera espolvoreada de talco perfumado como las que Nyai Sri, su mejor amiga, recibía de su novio.

Lo que sucedió fue completamente inesperado. El cartero llegó exhausto con un fajo de cartas sujetas con una gomilla. Mientras se abanicaba con un periódico atrasado, las chicas las esparcieron sobre una mesa. Soltaban gritos al descubrir sus nombres en los sobres blancos con franjas rojas y azules en los bordes, otras en cambio resoplaban decepcionadas pues no había nada para ellas. Nuraeni estuvo entre las que buscaban insistentemente entre las pocas cartas que nadie reclamaba, la mayoría de las cuales iban dirigidas al alcalde

y unas pocas eran de hijos que escribían a sus padres. Contempló los sobres esparcidos sobre la mesa a punto de echarse a llorar. Ninguno era para ella. Volvió a casa con los ojos enrojecidos y los labios apretados, pensando desesperadamente en el próximo lunes. Nunca había sentido una amargura como aquella, y todo por culpa de Komar.

Su ansiedad aumentó una semana después cuando tampoco hubo carta, y lo mismo sucedió la semana siguiente, y la otra y las que la siguieron. Las demás chicas tampoco recibían carta de vez en cuando, pero por lo menos les llegaba una al mes. Había a quien le enviaban bonitos regalos; a una o dos les llegó dinero para un anillo, y una encontró un paquete que contenía una máquina de coser. A una chica incluso le enviaron un vestido de novia, pero nunca había nada para Nuraeni.

Después de unas cuantas semanas de agonía, dejó de acudir al ayuntamiento. La foto de Komar, que había enmarcado y colocado en la mesilla de noche, acabó dentro de una caja vieja debajo de la cama. Al principio quiso hacerla trizas y echarla al fuego de la cocina. Perdió las esperanzas y el deseo de hablar de él y, por supuesto, no le permitía rondarle la imaginación ni aparecer en sus ensoñaciones, y si de noche se colaba en sus sueños, se convertían en irritantes pesadillas.

Con el paso del tiempo empezó a sospechar que en realidad Komar no la quería y que no tenía intención de casarse con ella. Date cuenta, se decía, el último Lebaran no la había llevado al estudio fotográfico que hay cerca de la escuela coránica. Estaba claro que no quería llevar su retrato en la cartera y se creía que darle una foto borrosa seguramente tomada desde lejos con una cámara instantánea era suficiente. Sentía celos de las otras chicas, que habían ido con sus novios al estudio de los hermanos Tan, la única familia china que conocían, vestidas con hermosos trajes, maquilladas con colorete y carmín, y habían posado bajo un foco, o eso decían, para que les sacaran una foto delante de un fondo de cisnes en un estanque.

La esperanza de que la boda se celebrara acabó por desvanecerse. Era de nuevo una niña, aunque no volvió a arar la tierra o a pastorear las cabras. No se molestaba en arreglarse y deseaba que llegara el momento en que, por algún golpe de suerte, el compromiso se rompiera. Quizá entonces otro hombre pidiera su mano, uno que le escribiera cartas, la llevara a hacerse una foto e incluso quizás le regalara un anillo y una máquina de coser para que se hiciera su propio vestido de novia.

Siguió viviendo como si no estuviera prometida, ocultando dolorosamente su situación. Quizá unas pocas amigas supieran la verdad, pero ella trataba de convencerse de que estaban demasiado ocupadas para notar que a una de ellas la había rechazado su novio. Si

le preguntaban por Komar, y el mismo Syueb se enteraba de la mala educación de su hijo cuando venía de visita, Nuraeni respondía que estaba bien pero que no volvería antes del próximo Lebaran. Se sentía como una bruja sabelotodo que espiaba a su novio a través de un espejo mágico, y si ese hubiera sido el caso, querría haberle apedreado y golpeado con la maja del mortero del arroz, pues solo así podría demostrarle a aquel tipo el rencor que sentía por él.

Lebaran se acercaba de nuevo, pero Nuraeni no lo esperaba con un corazón radiante, sino con una gélida voluntad. Se había prometido a sí misma no pedir explicaciones. No pensaba ir a darle la bienvenida, y si se le ocurría aparecer por su casa, lo trataría como a un familiar lejano que pasaba por allí y pedía algo de beber. Ni nostalgias ni sentimentalismos. Komar iba a pagar muy caro cómo la había tratado.

Finalmente, Komar se presentó en su casa. Su peinado con brillantina era el mismo y llevaba el mismo viejo reloj, aunque los pantalones de pana eran ahora unos vaqueros sujetos con un cinturón de cuero falso y no llevaba camisa sino una camiseta de manga larga. Se había dejado bigote y barba y ni se había molestado en arreglárselos. No dio explicaciones por su silencio ni le trajo un bolso de regalo, sino solo una caja de galletas. El año anterior se había comportado educadamente, ruborizándose nervioso. Ahora se comportaba con grosería, sentado delante de Nuraeni con una pierna sobre la otra. Sacó un cigarrillo de clavo impacientemente, lo encendió y lo dejó chisporrotear, mandando a Nuraeni a por un cenicero.

Sin hacer preguntas, Nuraeni le trajo el cenicero y un vaso de limonada, se sentó en una silla y se puso a mirarse las uñas. No hubo intercambio de noticias ni palabras de amor. Komar incluso abrió la caja de galletas que había traído y se comió una desvergonzadamente mientras farfullaba algo sobre el pescado que habían comido del año anterior en el estanque de Wa Haji.

Aquella noche, a pesar de su rencor, Nuraeni lo acompañó al teatro para no herir los sentimientos de sus padres y sus futuros suegros en caso de que notaran que estaba tratando con mucha frialdad al hombre que iba a ser su esposo. Esta vez vieron *Nyai Dasima*. El título se les quedó grabado en la memoria, pero no los nombres de los actores, pues por el pueblo pasaban muchas compañías. Era la tercera vez que Nuraeni iba al teatro. Había ido a ver otra obra con sus amigas durante las fiestas nocturnas del Día de la Independencia. Durante la función no pasó nada especial, excepto que Komar intentó cogerle la mano. Sin embargo, mientras volvían a casa sucedió algo repulsivo.

Iban caminando despacio para que sus amigos fueran delante, y de pronto, en un lugar donde no había nadie, el desvergonzado de Komar

le pidió un beso. «No», dijo ella, sorprendida por tan inesperada petición. Komar insistió. «Solo un besito», le rogó, «uno pequeñito». No parecía haber más remedio. Si gritaba, los pondría a los dos en evidencia, y además pensaba que Komar no se tomaría más libertades porque venía gente en aquella dirección. Sin decir sí ni no, dejó que la boca de Komar asaltara la suya mientras la apretujaba contra un hibisco. Los labios de Komar se aplastaron contra los suyos en un largo beso. Su húmeda boca abierta sabía a tabaco y le mordisqueaba los labios con pequeños bocaditos. Cuando todo acabó, Nuraeni tenía ganas de vomitar.

Su anterior intimidad se había roto. Al día siguiente, Nuraeni estuvo gélida. Lo acompañó al ayuntamiento por pura educación y allí, con el inconsolable recuerdo de las cartas que no había recibido, no le pidió nada. Sin embargo, Komar sí tenía algo que decir.

—¿No quieres saber en qué trabajo?

Qué le importaba a ella su oficio cuando él ni se acordaba de ella y le daba igual la ansiedad con la que había esperado noticias suyas semana tras semana hasta sentirse rota y oxidada por dentro. Se lo quedó mirando con ojos fríos, casi crueles, torciendo los labios que la noche anterior él había aplastado con un beso. Después de un momento, abrió la boca para preguntar con desdén evidente:

—¿En qué?

—Soy barbero —respondió Komar.

Irse tan lejos para acabar de barbero, pensó Nuraeni. Le daba igual si era bandido, asesino, sicario o ladrón. Un año de decepciones había acabado con su amor, y su oficio no le interesaba. Cuando Komar se fue con su bolsa al hombro y se unió a los otros emigrantes, Nuraeni se limitó a despedirlo con un movimiento de cabeza, esta vez no hubo brillo de ojos rojos ni río de lágrimas. En cuanto desapareció por el pie de la colina, ella corrió a la fuente a darse un baño. Solo ahora que se había ido estaba dispuesta a prestar atención a su aspecto.

A pesar de todo, a los dieciséis años Nuraeni cedió a los mangoneos y se casó con él. Komar le regaló un anillo de seis gramos de oro con sus iniciales grabadas. Siempre alardeaba de habérselo comprado a un conocido y diestro grabador local. Nuraeni llevaba una blusa blanca tradicional y el pelo cogido en un moño alto, y exhibió una actitud desdeñosa que le sentaba muy bien, cosa que la habría decepcionado de haberlo sabido. Komar vestía un traje negro y un sombrero negro, un *peci* que le habían prestado, y Wa Haji ofició como *penghulu.*[19] El padre de Nuraeni sacrificó una de sus ovejas, que había parido cinco corderos que ya eran grandes. También aportó todo el arroz del baúl de la despensa de su casa. No hubo *wayang*, espectáculo de títeres de sombra, pero sí suficiente comida como para que los invitados se llevaran algo a casa.

Desde la primera noche fue un matrimonio lleno de odio. Nuraeni se tumbó en la cama exhausta, aún llevaba puesta la blusa blanca y la falda de batik firmemente atada alrededor de las caderas. Komar, lleno de deseo, la invitó a desnudarse para hacer el amor, pero Nuraeni se limitó a refunfuñar medio dormida y se mantuvo vestida y a la defensiva. Sin decir una sola palabra, Komar se quitó la ropa menos los calzoncillos, a través de los cuales se notaba su erección, y despertó a su esposa recién casada con una sacudida. Nuraeni protestó, se dio la vuelta y alargó la mano buscando la almohada. Enfadado, Komar le deshizo torpemente la falda a tirones. Entonces descubrió unas bragas de color verde claro con un adorno floral. La sujetó con fuerza y le bajó la ropa interior, luego se quitó la suya y la penetró. Follaron sin decir una palabra hasta quedar exhaustos y finalmente cayeron dormidos. Después de perder la virginidad, Nuraeni recogió su falda, se tapó y le dio la espalda a su marido con las piernas separadas a causa del dolor.

Una semana más tarde, Komar comenzó a buscar casa y un mes después llevó a Nuraeni al almacén de cocos cerca del Mercado del Lunes. Compró un colchón, una cocina, utensilios, una mesa, unas sillas, y un juego de instrumentos de barbería. Tenían una bicicleta holandesa que Komar había adquirido en el mercadillo que se organizaba delante de su terraza. La calidad de vida de Nuraeni había disminuido, pero lo aceptó sin protestar.

El sexo siempre fue difícil. Nuraeni no compartía las urgencias de Komar, que la violaba siempre que el deseo crecía en su interior hasta bloquearle la garganta. En esas ocasiones se comportaba de manera brutal. La arrojaba sobre el colchón y se la follaba con la ropa puesta. Otras veces la obligaba a tumbarse en la cama con las piernas abiertas o se lo hacía a cuatro patas en el baño. Si se resistía, la golpeaba. Los bofetones eran cosa habitual. A veces le daba patadas en las hermosas pantorrillas y la tiraba al suelo dolorida. Solo así podía poseerla.

Para Nuraeni, la forma en que la trataba su marido era una muerte lenta, pero no sabía qué hacer. Jamás pensó en abandonarlo y volver a casa de su padre. Su familia se habría puesto furiosa. Solo podía callar, y como a veces Komar sabía ser dulce y la trataba bien, la esperanza nunca moría del todo. A pesar de todas las dificultades, Nuraeni no se rendía a la autocompasión, cualidad que sus hijos heredarían.

Aunque era fruto de la violación conyugal, la llegada de Margio supuso un infinito consuelo para Nuraeni, y la brutalidad de su marido se aplacó. Su nacimiento puso freno a la lujuria de Komar y Nuraeni amaba a su hijo más aún por ello. Margio los colmaba de felicidad a ambos. Sin embargo, con el paso del tiempo, a medida que el niño empezaba a hablar, a gatear y a andar, el deseo de Komar volvió. Se

apoderaba de él y lo hacía temblar. Esperaba a que estuviera distraída y se lanzaba sobre ella. De nuevo era un salvaje. Ella hacía lo posible porque nunca la viera desnuda, pero eso no lo disuadía. Komar aprovechaba la mínima ocasión para subirle la falda, bajarle las bragas y penetrarla de pie junto a la puerta con una embestida de sus glúteos. El antiguo régimen volvió a imponerse, con sus crueles bofetones y sus golpes con la jarra del agua. Nuraeni se quedó embarazada de nuevo y dio a luz a Mameh dos años después de Margio.

Ocho años de vida en el almacén de cocos se llevaron la juventud y el encanto de Nuraeni, y la joven que había sido rara vez volvió a aparecer. Su actitud fría y felina se acentuó cuando Komar le pidió su anillo de bodas para comprar el número 131. Cuando la familia se mudó, tuvo que ocultarse bajo un velo para esconder su tristeza.

La nueva casa provocó un cambio en Nuraeni. Empezó a hablar mucho, pero sus palabras provenían del agravio y la infelicidad. El único problema era que aquellas palabras se las decía a los fogones y a la sartén, sus fieles compañeros desde el día de su boda. Los fogones estaban oxidados, las llamas ardían a diferentes alturas y los agujeros para las mechas estaban hechos un desastre. La sartén estaba también llena de agujeros hasta que la arregló un soldador ambulante. Nuraeni murmuraba tristemente a los fogones y a la sartén a todas horas del día. Se ensañaba especialmente con el combado revestimiento de cañas de las paredes, y decía que no era mejor que el de un establo.

Komar captó la indirecta y un día, después de un año de vida en el número 131, compró rollos de cañizo nuevos y, con la ayuda de Margio, quitó y sustituyó las viejas paredes. Durante una semana, las cortaron, clavetearon y aseguraron con pequeñas cuñas y las pintaron con cal. La semana siguiente, la casa tenía un aspecto más luminoso gracias a sus esfuerzos, pero Nuraeni ni se inmutó. Como era de esperar, no pasó mucho tiempo antes de que cayera una tormenta sobre la plantación de cacao y estropeara el nuevo enlucido; con el cambio de estación las paredes se agrietaron y parecían el mar azotado por un vendaval, y los desconchones de cal se cayeron al suelo, todo lo cual se lo contaba amargamente Nuraeni a los fogones y a la sartén.

Por supuesto, también hubo más problemas. A pesar de las reparaciones que Komar había llevado a cabo en el tejado el día que llegaron a la nueva casa, muchas de las tejas antiguas se partieron y había goteras. Si Nuraeni no distribuía barreños y cubos por todo el salón, el suelo de tierra se convertía en un barrizal. Komar tuvo que ir a buscar tejas nuevas a la fábrica de ladrillos, lo cual significaba perder un día entero de trabajo. El retejado solucionó momentáneamente el problema del barro, pero cuando las lluvias

llegaron de nuevo se rompieron más tejas y los cubos y barreños reaparecieron. Nuraeni se burlaba de sí misma en compañía de los fogones y la sartén.

Komar nunca conseguiría que su casa fuera tan bonita como las de la calle principal, y lo sabía. Para cerrarle el fastidioso pico a su esposa, que siempre encontraba algún motivo para quejarse, ideó una excusa: «Poco podremos hacer mientras Ma Rabiah sea la propietaria de la tierra». Sin embargo, cuando los propietarios fueron ellos, las cosas tampoco mejoraron, así que Nuraeni continuó sus conversaciones con los cacharros de la cocina. Komar empezó a pensar que su mujer se había vuelto loca, pero no permitió que eso le impidiera seguir abusando de su cuerpo.

CUATRO

Margio rara vez veía feliz a su madre y a menudo hacía cosas para alegrarla. A veces volvía a su *kampong*[20] y le traía regalos. Cuando conseguía dinero le compraba diez varas de satay o un par de chanclas nuevas y eso la sacaba de las tinieblas durante algún tiempo. Nada de lo que hacía duraba mucho y cuando se dio cuenta de ello, empezó a concentrar su frustración en Komar.

Por entonces, Komar solía golpear a Nuraeni delante de su hijo, dejándole cardenales por todo el cuerpo. Margio era aún demasiado pequeño para intervenir y a menudo también se llevaba algún que otro golpe. Se apoyaba contra la puerta con Mameh a su lado mordisqueándose el dobladillo del vestido mientras Nuraeni se agazapaba en un rincón y Komar se erguía sobre ella, sacudidor de ratán en mano. Siempre encontraba algún motivo para azotarla con él.

A veces las palizas tenían lugar en el exterior. Nuraeni corría alrededor de la casa a la vista de los vecinos. Komar la perseguía y los demonios que volaban en círculos por encima de los dos avivaban su furia hasta que Nuraeni entraba corriendo en la casa e intentaba protegerse cerrando la puerta. Komar siempre conseguía entrar a empujones, en una ocasión incluso dejó la puerta hecha astillas. La tiraba al suelo y le pateaba los muslos una y otra vez. Los vecinos se daban golpes de pecho y Margio desviaba la mirada. Mameh era la única que lloraba, sollozando largamente en el regazo de su madre después de cada paliza.

La testarudez de Nuraeni empezó a manifestarse en Margio, que no se enfrentaba físicamente a su padre pero le desafiaba, incitándolo a que le golpeara con el sacudidor de ratán. A veces, a Komar no le gustaba que su hijo se fuera al *kampong* de su abuelo, pero el niño se salía con la suya. Se ponía en marcha el sábado por la tarde sin decir una palabra y a su vuelta el domingo por la noche se enfrentaba a la furia de su padre. Al día siguiente iba al colegio cojeando después de que le hubiera dado una paliza, sumergido en la bañera, tirado de las orejas e incluso una vez le arrojó un cuenco de coco a la cabeza. A menudo, Komar sentía envidia de ver al crío jugando tranquilamente con sus canicas, cromos y grillos. Margio no cedía ante sus regañinas y

le agotaba la paciencia poco a poco hasta que se llevaba un bofetón. Era de todos sabido que no se defendía; conservaba la calma y seguía con sus juguetes hasta que Komar se los quitaba y los tiraba a la basura. Margio los recogía y Komar lo perseguía y lo arrastraba de un pie mientras el niño arañaba el suelo con las uñas; lo levantaba por el aire y lo lanzaba al interior de la casa, donde aterrizaba contra la pata de una silla. El niño se limitaba a hacer alguna mueca y Komar, frustrado, se lanzaba contra él de nuevo y le tiraba del pelo y lo golpeaba contra uno de los pilares de madera de la casa. Una vez incluso le hizo una herida en la frente, pero Margio nunca daba su brazo a torcer.

También Mameh, a pesar de sus suaves modales, se llevaba su ración de latigazos con el sacudidor de ratán, que Komar le propinaba como a un gato callejero que se cruzara en su camino. En aquella casa la paz reinaba tan solo en las idílicas horas que transcurrían desde que Komar se iba a la barbería en su bicicleta hasta su regreso.

Cuando por fin le compraron el terreno a Ma Rabiah, Komar decidió poner un suelo de cemento. Fue su último intento de cerrarle la boca a Nuraeni, e hizo que Margio le ayudara. Margio había cumplido quince años, participaba en las cacerías del comandante Sadrah y era lo suficientemente fuerte como hacer la mezcla. Trabajaban los domingos. Komar añadía cal al cemento para que fraguara mejor y Margio lo removía. Nuraeni les servía té dulce y frituras de batata, pero no estaba de acuerdo con la gran idea de su marido.

El suelo no se materializó en un día, sino que fue apareciendo gradualmente. Primero se ocuparon del salón, donde colocaron unas tablas mientras se secaba el cemento. Al domingo siguiente cubrieron el suelo de los dos dormitorios. Cuatro semanas después había suelo de cemento en toda la casa, cocina y terraza incluidas. Mameh podía sentarse en el suelo con sus amigas a entretenerse con juegos de mesa como el mancala, u holgazanear tumbada en una estera. Komar estaba más afectuoso y alababa el trabajo de Margio, pero Nuraeni lo trataba con la misma frialdad de siempre y no se tragaba aquel simulacro.

Después de cinco meses encontraron una grieta en el suelo. Al principio Komar pensó que se debía a la cal y estaba seguro de que no iría a peor. Pero la grieta creció y al final del mes era una especie de cráter, como si alguien hubiera botado un balón de acero de cinco toneladas en el suelo. Un vecino dijo que seguramente se debía a la humedad, otro que seguramente en aquel sitio hubiera habido un hoyo para las basuras o un pozo. Empezaron a aparecer grietas por todas partes. Una en el salón, dos en la cocina y otra más pequeña en una de las habitaciones.

Como en el caso de las paredes de bambú y las tejas, Nuraeni

celebró la derrota de Komar cotilleando con los cacharros de la cocina. Cuando la oía cuchichear, lo único que Margio podía hacer era quitarse de en medio, porque sabía que en cuanto la paciencia de Komar llegara a su límite, golpearía a Nuraeni contra los fogones de la cocina o la arrastraría hasta la habitación y le daría de bofetadas.

Su hogar era un territorio salvaje y Margio admitía con humildad que nunca había comprendido la relación de sus padres. ¿Cómo llegaban dos personas hasta el punto de hacerse la vida imposible? Poniéndose en el lugar de Komar, Margio no se creía capaz de soportar el desprecio de Nuraeni y sus mordaces comentarios, y eso que su padre era un ser absolutamente despreciable que no dudaba en usar los puños contra su propia familia y cada día los ponía un paso más cerca de la tumba. Finalmente, un día Komar se rindió y le gritó a Nuraeni: «¡A partir de hoy todo lo que hay en esta casa es responsabilidad tuya!». Y así fue. Se dedicó cada vez más a la cría de pollos y conejos. Tenía un gallo de pelea que solía llevar a la gallera y criaba palomas para las carreras que se celebraban en el campo de fútbol o en la estación de tren abandonada.

Después de que Komar se desentendiera, Nuraeni empezó a ocuparse de la casa, aunque Margio y Mameh no tardaron en darse cuenta del extrañísimo concepto que tenía de la decoración. Un día recortó unos calendarios viejos y puso fotos del Taj Mahal y de la actriz Meriam Bellina en la pared sobre las sillas de madera del salón donde se sentaban las visitas. Encontró los cuadernos de dibujo de cuando Margio era pequeño, con sus fallidos intentos de representar paisajes de montaña y algunas líneas de caligrafía, y los recortó y colgó junto a la puerta. Margio y Mameh no hicieron ningún comentario. Les preocupaba que se deprimiera más aún, aunque estaba claro que aquello tampoco la hacía feliz.

Entonces, un día una vecina le dio un esqueje de alamanda. Nuraeni la plantó en el jardín, que siempre había estado vacío y era donde los niños jugaban a las canicas. Margio se alegró de que su madre hubiera encontrado algo en lo que ocuparse por muy trivial que fuera, a pesar de haberse quedado sin sitio para jugar a las canicas. Nuraeni regaba su planta todas las mañanas y cuando arraigó y las hojas crecían lozanas, le regalaron un manojo de plantones de duranta. Los utilizó para plantar un seto alrededor del jardín con un hueco que hacía las veces de puerta. Cuando regaba las durantas, Mameh pensaba que ponía más interés en el cuidado de sus plantas que en el de sus propios hijos.

Al tiempo que las alamandas y las durantas crecían pujantes y cada vez más verdes, Nuraeni sembró jazmines junto a la pared de la cocina, cuatro macizos de rosales cerca de las durantas y después consiguió una mussaenda. Los amarantos globosos prosperaban en el

arriate que flanqueaba uno de los lados de la casa. Los arbustos de lantana crecían junto al medio derrumbado muro de la terraza. Los lirios silvestres florecían cerca del hoyo de la basura y también plantó semillas de la alta y vieja alamanda en la esquina oriental del jardín. Tenían el plantío de flores más completo de todo el pueblo, y era la envidia de cualquier florista porque Nuraeni cultivaba incluso achiotes y caña india, que necesitan un suelo muy húmedo. Las campanillas moradas trepaban por una vara de bambú apoyada en el tronco de la ceiba.

Después también sembró hibiscos y geranios de la jungla, que añadían densidad al limitado espacio del jardín, junto a las buganvillas que Margio le trajo del colegio. Por último, plantó varias orquídeas en cáscaras de coco y las colgó de las vigas del tejado. Komar contemplaba atónito el crecimiento de las flores, pensando que su mujer estaba embelleciendo la casa y esperando que aquello mejorara su actitud. La exuberancia de las plantas aumentó con la llegada del monzón y algunas comenzaron a echar brotes. En la jungla verde asomaron los colores y Margio, al igual que su padre, vigilaba a Nuraeni con la esperanza de verla de buen humor por la pujante fronda.

Sin embargo, resultó que las plantas eran una idea demasiado buena. El jardín, que habían imaginado como un hermoso conjunto que adornaría la pequeña casa, se había transformado en una jungla con flores que se abrían por todas partes. Con el paso de los meses los tallos de la alamanda se hicieron más altos que el tejado, sus flores amarillas recortadas contra el cielo azul hipnotizaban a las mariposas. Junto a la pared de la cocina, los jazmines eran destellos blancos en un fondo verde oscuro, como estrellas en el cielo nocturno. La vegetación crecía a toda velocidad. El seto de durantas se había convertido en una sólida valla.

Llegó un momento en que no se sabía si aquello era un jardín o una enramada, y Margio empezó a llamarlo jungla. Las hojas se agostaban o competían entre sí por la luz. Komar llegó a la conclusión de que sus suposiciones acerca de lo que Nuraeni pretendía con todo aquello eran completamente erróneas, así que extendió a las plantas su antiguo desprecio. Cuando regresaba de la barbería, atropellaba con la bicicleta unas flores de duranta o la lanzaba contra un rosal. Los malos tratos acabaron con varias de ellas y algunas se marchitaron, lo cual incrementó el caos reinante. Dos años después la fachada de la casa había desaparecido. Estaba totalmente cubierta de resplandecientes hojas verdes. Las visitas tenían que preguntar dónde estaba la puerta. Las plantas marchitas abonaban el suelo en el que prosperaban las demás.

Un día Mameh vio una serpiente en la terraza y gritó hasta que

Margio vino y la atrapó. Era una pequeña e inofensiva culebra arbórea. Los niños jugaban con ellas dejando que se les deslizaran entre los dedos, y los magos se las introducían por un agujero de la nariz y se las sacaban por el otro. Mameh pensó en cortar las flores de Nuraeni, o al menos en devolverle al jardín el aspecto cuidado que había tenido al principio, con sus árboles esbeltos y bien podados. Estaba ya lista con el machete en una mano y un palo en la otra, cuando Nuraeni la vio y exclamó: «¡No!». Mameh no se atrevió a discutir, pues la expresión del rostro de su madre decía que no estaba dispuesta a tolerar que nadie tocase su jungla. Mameh se rindió y dejó el machete y el palo de nuevo en la cocina.

Solo más tarde se daría cuenta Mameh de las intenciones de su madre. Nuraeni quería afear la casa tanto como fuera posible, convertirla en la ruina que predijo que sería cuando la vio por vez primera. La profundidad de la amargura que aquella ironía expresaba asustó a Mameh.

No volvió a tocar las plantas. Por mucho que le apeteciera coger unos espléndidos jazmines o un ramo de rosas rojas como la sangre, se contenía por temor a su madre. Mameh nunca había visto a su madre furiosa, la ira siempre había sido privilegio de Komar, hasta el día en que intentó podar el jardín. La había asustado. Estaba segura de que, si un día Nuraeni perdía el control, el resultado sería mucho peor que la cotidiana brutalidad de su marido.

La jungla de flores pasó de nido de culebras y orugas a madriguera de zorros y ladrones. Los vecinos se burlaban y Komar seguía aplastando las flores. Si alguien preguntaba para qué quería tantas, Nuraeni respondía: «Para mi funeral».

Solo una vez vio Mameh a Nuraeni cogiendo flores. Fue poco después de la muerte de Marian. Al arrancarlas cantaba extrañas baladas que Mameh nunca había oído. Quizá fueran de cuando era niña. Las melancólicas canciones se derramaban de su boca mientras partía cada tallo con delicadeza y lo depositaba en la cesta. Parecía que arrancar las flores era lo mismo que matarlas y que la tristeza que su madre sentía por ellas era tan grande como el vacío que la niña le había dejado dentro.

Cuando Komar bin Syueb murió, Mameh siguió el ejemplo de su madre y se puso a coger flores para el entierro. Era tan poco lo que su padre había recibido en su vida, que pensó que Nuraeni le permitiría hacerlo, pero la expresión de su mirada le dejó claro que no estaba de acuerdo. Ya le había dado demasiado a ese cabrón. Sin embargo, Mameh era ya toda una mujer y no siempre obedecía a su madre. Siguió cortando flores sin importarle lo que su madre sintiera.

Por aquella época, Margio había llegado a la conclusión de que nada haría feliz a Nuraeni. Desde luego, no serían las flores. Mientras

reinaron en el jardín y lo transformaron en una jungla demencial, las conversaciones sin sentido con los fogones y la sartén nunca cesaron, signo evidente de un dolor que no la abandonaba. Sin embargo, aunque la jungla de las flores no la hacía feliz, sí le concedía una especie de consuelo, y solo por aquella pequeña bendición, el habitualmente descuidado Margio trataba las plantas con especial esmero. Eran lo único aportaba un poco de alegría a la vida de su madre.

Las cosas siguieron así hasta un día en que estuvo hasta muy tarde viendo un espectáculo de *wayang* sobre la muerte de Semar, el misterioso y poderoso dios paria. Por la mañana fue a desayunar a casa después de dormir un rato en la garita del vigilante nocturno y se encontró a su madre resplandeciente. Nunca la había visto así. Tenía color en las mejillas. Sus ojos redondos brillaban e incluso se había pintado los labios y se había maquillado, y tenía un aspecto limpio y fresco.

En la mesa había arroz caliente, pescado y sopa de coco y verduras. No era normal que su madre cocinase tan temprano. No esperaba encontrar más que sobras de la noche anterior, así que el súbito cambio lo sorprendió. Le preguntó a Mameh en susurros si había sucedido algo, pero su hermana, aunque pasaba más tiempo en casa, estaba tan sorprendida como él. Miraron el calendario y la lista Weton con las fiestas, pero era un día normal. Se rindieron y supusieron que el buen humor no duraría más allá del anochecer, pero se equivocaban. Aunque conservaba el rencor de siempre hacia Komar, Nuraeni estaba más feliz cada día.

Con el tiempo, el tamaño de su vientre la delató y Margio se dio cuenta de lo que pasaba. Nuraeni estaba embarazada. Además, Margio tenía la sensación de que sería una niña porque, como decía la gente, cuando las mujeres se ponen excepcionalmente hermosas durante el embarazo es que van a tener una niña. La sabiduría popular quedaría ratificada con el nacimiento de Marian.

Nuraeni tenía extraños antojos, como por ejemplo cacao crudo, y Margio rebuscaba por la plantación un árbol que aún diera fruto. En otra ocasión, pidió sopa de corazón de banano y Mameh se la cocinó.

Lo cierto era que tanto a Margio como a Mameh el embarazo de su madre les producía cierta irritación. Piénsalo bien, le dijo Margio a su hermana. Estaba a punto de cumplir veinte años y de buenas a primeras iba a tener una recién nacida y sonrosada hermana. Sin embargo, el resplandor del rostro de su madre lo obligaba a ser aún más atento con ella. Le preocupaba que fuera demasiado vieja para dar a luz sin peligro. ¿Cuántos años tenía? Según sus cálculos andaría por los treinta y ocho. Todavía era joven y el brillo en los ojos le había restaurado parte de la juventud. Aún tenía tiempo de quedarse

embarazada dos o tres veces más, pensaba el muchacho.

La actitud de Nuraeni hacia Komar no cambió en absoluto. La veía enfrascada en sus charlas con los fogones y la sartén y, aunque hablara con tono súbitamente alegre y animado, su indiferencia hacia ella era tan grande que no percibió nada inusual. Fue el último en enterarse.

Nuraeni llevaba mucho tiempo yendo a ayudar con las labores domésticas a casa de Anwar Sadat, y no dejó de hacerlo hasta que dio a luz. Komar se lo permitía porque en su propia casa había poco que hacer. La esposa del comandante Sadrah solía pedirle a Nuraeni que cocinara para ella cuando la visitaban sus hijos o su marido invitaba a cenar a algún militar y le permitía llevarse parte de la comida. También cocinaba y hacía pasteles en una tienda. Pero donde trabajaba más a menudo era en casa de Anwar Sadat, que vivía en la puerta de al lado. Kasia tenía que ir al hospital todos los días y estaba siempre ocupada al volver a casa. Sus hijas eran un par de parásitos. Nuraeni preparaba arroz y platos de verduras, hacía la colada y planchaba, barría el suelo y el jardín, y cuidaba al bebé de Maesa Dewi.

Todos los días después de que Komar terminara de desayunar y se fuera en su bicicleta a su barbería bajo el almendro malabar del mercado, Nuraeni corría a casa de Anwar Sadat y entraba sin llamar, bañaba al bebé y después se llevaba la ropa sucia al cuarto de baño mientras Maesa Dewi y Laila estaban desparramadas en el sofá comiendo patatas fritas, y Anwar Sadat se fumaba un cigarrillo de clavo en su mecedora. Después de meter la ropa sucia en agua jabonosa, preparaba la comida. El embarazo no le impedía hacer las tareas, y aquella era una de las razones por las que Komar no se había percatado de que iban a tener un tercer hijo.

En realidad, Margio había sido el primero de la familia en frecuentar la casa de Anwar Sadat, donde siempre le encargaban algún trabajillo. Todo empezó cuando se acababan de mudar al 131. Komar envió a Margio a estudiar el Corán con Ma Soma. Las clases eran una excusa ideal para escapar del aburrimiento de su casa y le ofrecían la oportunidad de hacer amigos. No tardó en descubrir otra atracción.

Después de las oraciones del *Isha* se acurrucaba con otros chicos delante de los ventanales en la terraza delantera de la casa de Anwar Sadat. En la mayoría de las casas del pueblo no había televisión, pero Sadat tenía una y les dejaba verla. A veces también venían adultos, que exhalaban nubes de humo de tabaco y se sentaban en una fila de sillas de madera de cocotero en la terraza. A los niños les daba vergüenza entrar en la casa porque frente al televisor la familia estaba sentada tranquilamente y en silencio, y las chicas comían guisantes tostados. No era de buena educación interrumpir, así que no se

aventuraban más allá de los ventanales.

De todas formas, Anwar Sadat los dejaba entrar de vez en cuando. Con tono de voz autoritario les ordenaba sentarse en una estera o incluso en el sofá. Los niños le obedecían a no ser que tuvieran tareas que hacer. Pero si había signos de que iba a poner un vídeo le obedecían sin rechistar. Anwar Sadat iba a menudo al videoclub del hotel de la playa, sobre todo los sábados, e invitaba a los niños del *surau*. Así fue como Margio conoció a Shaolin Kung Fu y a Rambo.

Una tarde, Margio estaba sentado solo en la terraza de Anwar Sadat. Llovía a cántaros y los demás niños se habían ido a sus casas. Komar llevaba toda la tarde dándole una paliza a Nuraeni y no le apetecía ver cómo la cosa continuaba durante la noche. Pensaba quedarse allí viendo la televisión y después irse a dormir al *surau*. La familia de Anwar Sadat estuvo charlando hasta que alguien dijo que tenía hambre y Margio se percató de que no habían preparado nada para cenar. Anwar Sadat vio a Margio sentado en la terraza y le preguntó si no le importaba acercarse al mercado y traerles algo de comida. Era tarde, pero seguro que había algún vendedor de *tempeh* frito o pollo satay o quizá incluso de pescado a la brasa. Antes de que a Margio le diera tiempo de contestar, la hija menor de Anwar Sadat, salió a la terraza y le dijo a su padre que ella también iba. Compartieron un paraguas y desafiaron juntos a la lluvia y la oscuridad.

Así fue cómo Margio comenzó a hacer trabajillos para Anwar Sadat y, aún más importante, así fue cómo empezó su mágica relación con Maharani. Eran de la misma edad.

Dado que Anwar Sadat no tenía hijos y era el único varón de la casa, cuando tenía que hacer tareas físicas iba al 131 y pedía ayuda a Margio. Margio cargaba con los sacos de arroz hasta el almacén, arreglaba los canales del tejado y podaba los arbustos del jardín. Anwar le daba dinero y a veces también lo invitaba a cenar, y le regaló unos pantalones y un par de zapatos por *Lebaran*. Finalmente, un día le pidió que le preguntara a su madre si no le importaba echar una mano en la cocina, así que Margio fue a buscar a Nuraeni.

Y así, Anwar Sadat proporcionó una vía de escape a otro miembro de la familia de Margio, liberando a su madre de una vida que no tenía arreglo. Aunque Kasia no le pagara y hubiera mucho trabajo que hacer, a Nuraeni le gustaba ir a casa de Anwar Sadat. Se contentaba con un tazón de sopa y unas lonchas de carne. Allí podía escuchar las tristes canciones que ponía en su estudio y disfrutaba mirando a sus hijas, tan hermosas e indolentes. Le pidieran lo que le pidieran, nunca se enfadaba con ellas, especialmente con Laila y Maesa Dewi. Laila exigía masajes continuamente y a Maesa Dewi de pronto se le antojaban unos fideos, y Nuraeni obedecía con gusto. Allí no hablaba

con los fogones; allí recuperó parte de su antigua dulzura.

Con el tiempo, las tareas de la casa de Anwar Sadat y Kasia se convirtieron en parte de su rutina y no hacía falta ni que la llamaran. Aparecía de pronto como caída del cielo, a veces al amanecer, y le preguntaba a Kasia si necesitaba ayuda en la cocina. Kasia normalmente se ocupaba de la cocina por las mañanas, pero si le entraba la pereza dejaba gustosamente a Nuraeni al mando.

Esforzándose como si estuviera en su propia casa, Nuraeni limpiaba el suelo y frotaba la juntura de las baldosas con un trapito para que no se le escapara ni una mancha, como un gato lamiéndose las patas. La propia Kasia no habría sido capaz de sacarle tanto brillo. Los cristales de las ventanas quedaban tan transparentes que no se veían y las polillas y los insectos se daban de bruces contra ellos. Nunca había limpiado las dos ventanas del 131, empañadas de salpicaduras de cal desde que Margio y Komar pintaron las paredes. Además, no dejaba que las plantas del jardín se marchitaran, a diferencia de la jungla de flores que crecía salvaje en el suyo, lo cual hacía las delicias de Kasia. De pronto era la propietaria de una leal sirvienta dispuesta a trabajar sin cobrar un céntimo.

En claro contraste con la brutalidad de Komar, los atractivos de aquel segundo hogar aumentaban con el cariño que le profesaban. Komar era muy consciente de la felicidad de Nuraeni y le tenía envidia. Cuando volvía, la torturaba con las habituales atrocidades, azotándola con el sacudidor de ratán y violándola todas las noches. Cada vez trataba su cuerpo con mayor desprecio. Sin embargo, no podía evitar que fuera a casa de Anwar Sadat porque tenía que salir a trabajar todas las mañanas. Cuando se enteró de que Margio y Nuraeni ganaban más dinero del que él había ganado jamás, se dio cuenta de que su poder sobre ella se desvanecía. No podía detenerlos. Solo podía responder a su amabilidad siendo odioso.

Al final, el peligro llegó de un lugar completamente distinto. La forma en que la trataban excitó y removió por dentro a Nuraeni hasta hacerla perder el sentido común. Lo que pudo con ella no fue la ciega devoción que ofrecía sinceramente a cambio de un poco de preciosa amabilidad. Fue la naturaleza mujeriega de Anwar Sadat, atraída por los restos de su belleza juvenil, don que su propia mujer nunca había poseído.

Un día que Nuraeni estaba picando cebolla en la mesa de la cocina, al lado de una cacerola de agua hirviendo que borboteaba en el fuego, Anwar Sadat se acercó por detrás y le pellizcó el trasero. Se quedó pasmada. Había oído los rumores sobre aquel hombre, un lobo que no sabía tener las manos quietas, y abrió los redondos ojos de par en par mientras se daba la vuelta para fulminarlo con la mirada. Sin embargo, lo que encontró no fue lascivia sino una sonrisa inocente en

un rostro amable como el de un niño. Fue incapaz de enfadarse. Ante una expresión tan tierna lo único que pudo hacer fue echarlo de allí diciendo que aquellas cosas no estaban bien, sobre todo si se enteraba una de sus hijas.

Cuando Nuraeni andaba por la casa, normalmente las hijas de Anwar Sadat se esfumaban. Laila salía y Maesa Dewi prefería quedarse en la cama. Dado que Nuraeni no se había enfadado, Anwar Sadat cogió la costumbre de pellizcarle los glúteos o darle una palmada cada vez que tenía ocasión. Nuraeni ya no se daba la vuelta con los ojos como platos, sino que se sonrojaba y sus labios esbozaban una sonrisa contenida difícil de descifrar. Sentía aquello como algo amistoso, como el tipo de atención que nunca le habían prestado. Quizá se sonrojara porque le gustaba, aunque al mismo tiempo fuera consciente de que era una grosería. Cada vez que Anwar Sadat aparecía con una sonrisa sugerente en los labios el corazón le daba un vuelco y esperaba con turbación que su mano se posara sobre ella.

Un día Anwar Sadat no se contentó con palparla como el que comprueba si una fruta está madura, sino que se paró detrás de ella mientras descartaba las hojas mordidas por las orugas de un manojo de espinacas. Sintió su aliento en el pelo y la nuca. Mientras la mano de Anwar Sadat le agarraba firmemente el trasero a través del vestido la invadió un pánico que paralizó su cuerpo. Se preguntaba qué le haría después y cómo reaccionaría ella. Anwar Sadat se apretó despacio contra su cuerpo, empujándola ligeramente contra la mesa. Le faltó valor para volver a cabeza, porque si lo hacía se estarían mirando a los ojos, cara a cara, tocándose con las narices. Nuraeni se estremeció, las manos le colgaban inmóviles junto al cuerpo mientras las espinacas se desparramaban por la mesa. Anwar Sadat se inclinó sobre su espalda y empezó a frotarse contra su trasero. Dejó de agarrarla con una mano mientras que con la otra le tocaba los pechos con una caricia que la hizo temblar de calor hasta que aquel vaivén inundó todas sus células. Nuraeni recobró el aliento mientras las manos de Anwar Sadat recorrían su cuerpo.

Se quedó sin fuerzas, sumisa. Anwar Sadat, consciente de que aquel cuerpo ya era suyo, dirigió sus manos hacia abajo por encima del vestido antes de empezar a subirlo lentamente para acariciar los carnosos muslos de Nuraeni. Cuando terminó de subírselo, sujetó el dobladillo con el dedo índice y la acarició muy despacio, y a Nuraeni se le erizó la piel. Movía los dedos arriba y abajo y después en círculos. De pronto Nuraeni recobró la cordura. Se le heló la sangre en las venas y su cuerpo dio un respingo alarmado.

Se estiró el vestido deshaciéndose de las manos de Anwar Sadat. Se lo quitó de la espalda con un leve golpe de codos. Su rechazo era suave, casi ambiguo, y Anwar Sadat no dejó escapar la ocasión de

acariciarle el trasero una última vez. Después se batió en retirada aceptando que aún no había llegado el momento. Sin duda, era un gran amante.

Nuraeni se dio la vuelta mientras el rojo de las mejillas se extendía por su rostro. No era un rubor enfadado, sino coqueto. Anwar Sadat se limitó a sonreír y colocarse su máscara de inocencia antes de marcharse y dejarla desempeñando el papel de la perfecta dueña de su cocina.

Nuraeni terminó deprisa y se fue a casa temprano con un cuenco de sopa de espinacas. Al día siguiente no fue a casa de Anwar Sadat, pero al segundo día Kasia vino a ver cómo estaba. Nuraeni fingió estar enferma. Lo cierto era que no se encontraba bien; le entraban temblores cada vez que se acordaba de aquel cuerpo rozándose con el suyo y aquella mano deslizándose por la piel de la parte superior de sus muslos, casi penetrando en los lugares más secretos de su cuerpo. El encuentro la asaltaba una y otra vez y aún podía sentir las caricias, unas cálidas y otras frías. Cuanto más lo intentaba, más difícil era olvidarlo.

Después de tres días superó la fiebre. Recordaba lo sucedido sin miedo ni dolor y empezó a verle el lado excitante, íntimo, a aquel fuego desconocido. A pesar de la vergüenza, lo echaba de menos y deseaba sentir su mano en el trasero, deslizándose más lejos aún y entrando en ella. Así que volvió a la casa, inquieta, deteniéndose un instante en la puerta como un huésped en la primera visita, y entró en la cocina para trabajar, aunque el aleteo de sus pensamientos la distraía. Oyó pasos y reconoció la forma de arrastrar las zapatillas. No necesitaba darse la vuelta para saber que Anwar Sadat se acercaba en silencio. A pesar de ello, miró. Iba en ropa interior y llevaba una camisa con el último botón desabrochado; sonreía, esta vez sin inocencia en los ojos sino con una clara determinación. Nuraeni respondió con timidez, sonriendo azorada y bajando la cabeza con los ojos fijos en la silueta que se aproximaba. Anwar Sadat sabía que había conquistado a aquella mujer, y ahora venía a por ella.

De nuevo se colocó detrás de Nuraeni y rodeó su cuerpo con los brazos. Todo parecía haber enmudecido. Parecía que el aire se solidificaba a su alrededor. Estaba arrinconada y, sin embargo, era consciente de que todo indicaba su consentimiento y temía lo que aquello significaba y que fuera violento con ella. Sintió cómo hundía la cara en su cabello buscándole la nuca cálidamente. Oyó su aliento entrecortado, fuera de sincronía con la explosión de sus propios jadeos. Anwar Sadat movió las manos y le sujetó la pelvis entre los dedos, controlándole las caderas.

Se mecieron juntos, hasta encontrar un ritmo común en la cocina silenciosa. Parecían recién casados abrazándose. Las manos de Anwar

Sadat se deslizaban por su cuerpo lenta, muy lentamente, dejando que el deseo aumentara poco a poco, pues sabía que cualquier movimiento brusco lo estropearía todo. Sus dedos subían por la cintura de Nuraeni, cada vez más arriba hasta que le cubrió los pechos con las manos y comenzó a acariciárselos. Sus pechos, estropeados por la edad y el amamantamiento, torturados por las manos de Komar, se afirmaron en la atmósfera tórrida de la cocina bajo los ardientes dedos de Anwar Sadat. La juventud florecía de nuevo bajo su carne.

Anwar Sadat pensó que si aquella mujer hubiera caído en sus manos años antes, habría descubierto un cuerpo prácticamente perfecto. Llevaba observándola desde que había empezado a trabajar en su casa y lamentaba cada minuto de retraso en acercarse a ella. Durante todo ese tiempo había escrutado minuciosamente su hermosura, separándola de la tristeza que la rodeaba, a pesar de su silencio y de su enfermiza obsesión con el trabajo. Nunca antes se había atrevido a flirtear con una vecina, una mujer a la que conocía bien, la esposa de un amigo, y sobre todo, una mujer que hacía y deshacía en su casa como una cuñada. Sin embargo, los ojos empañados de Nuraeni y su propia habilidad para intuir cuánto había sufrido eran demasiado tentadores para echarse atrás. La idea de que Nuraeni ansiaba las caricias de un amante experimentado lo excitaba y se sabía capaz de hacer realidad los deseos de aquella mujer insatisfecha.

Al acariciarle los pechos y oír cómo se le cortaba la respiración, sentía como si aliviara sus sufrimientos. Comprendía su situación y sin embargo no dejaba de sorprenderse. El cuerpo de Nuraeni había conservado su pujanza a pesar de todo. Anwar Sadat notaba su deseo, los pechos se le endurecían demostrando su creencia de que aquella mujer necesitaba aquellas caricias, sus caricias, para volver a la vida.

Él le daría el calor que deseaba. Sus expertas manos, que habían moldeado las estatuas que había frente a su casa, chapoteado en pintura con las vergonzosas imitaciones de la obra de Saleh Raden, y provocado el éxtasis de incontables mujeres que habían yacido bajo su cuerpo, empezaron a moverse con celeridad, los dedos levantaban la tela del vestido antes de hundirse en la carne y dibujaban trazos en la piel. Por su parte, Nuraeni se apretaba contra él con los ojos en el techo y la mirada perdida, respirando pesadamente por la boca entreabierta. Anwar Sadat la sujetó con mayor firmeza y giró las manos acariciando sus pechos como si abriera un frasco. Una vez, dos veces, se embistieron el uno al otro, las mentes nubladas, las piernas flojas, los cuerpos empapados en sudor. El vestido de Nuraeni tenía dos botones en el cuello. Anwar Sadat los desabrochó lentamente, parecía que sus tres dedos tenían ojos, antes de introducir las manos bajo el vestido y el sujetador.

Estaban en un éxtasis que se hacía más salvaje cada vez que respiraban, cuando de pronto en algún lugar de la parte delantera de la casa se abrió una puerta. Su pasión se detuvo bruscamente. Cuando Maesa Dewi entró en la cocina, Nuraeni estaba de pie delante de la mesa con un cuchillo en la mano sin nada que cortar con él. No se atrevía a darse la vuelta para que no se diera cuenta de que llevaba el vestido desabrochado y se le veía el sujetador. Mientras tanto, Anwar Sadat estaba junto a la tetera, también de espaldas, sirviéndose un vaso de agua. Algo se arrugó en sus calzoncillos de inmediato. Maesa Dewi los miró un instante, se metió en el cuarto de baño y orinó ruidosamente. Anwar Sadat salió de la cocina sin decir una palabra.

En realidad, si Margio y Mameh hubieran estado alerta, habrían podido poner fecha al cambio de su madre aquel día. Por la noche irradiaba luz y había en sus ojos algo que llevaba ausente desde su infancia. Estuvo horas en la bañera, se puso su mejor vestido, comprado cuatro años antes para Lebaran, y jugó con el gatito al lado de los fogones mientras se cocía el arroz. Normalmente no prestaba atención a los animales, pero aquella noche acarició al gato y le permitió que le mordisqueara los dedos, cantando en voz baja algo que parecía una nana. Mameh se dio cuenta, Margio lo vio y más tarde Komar no podía creerlo, pero los tres lo tomaron como una muestra más de su demencia.

Nuraeni reflexionó mucho sobre lo sucedido aquella tarde. Para ella no había nada más hermoso, y echaba mucho de menos las manos de Anwar Sadat. No podía pensar en otra cosa que no fuera el recuerdo de aquel momento y lo que les esperaba, porque tenía la sensación de que aún no había acabado, de que aún había más por venir.

La mañana siguiente llegó a casa de Anwar Sadat a las diez en punto, temblando de anticipación. Llevaba una blusa con una fila de cinco botones y, como gesto de entrega, una falda con pliegues que le permitía a Anwar Sadat fácil acceso. Quería repetir lo de la tarde anterior y traía el corazón acelerado, pero le preocupaban las intromisiones del diablo de Maesa Dewi. Entró en la casa pisando las baldosas sin hacer ruido y se fue a la cocina con inocencia fingida. Miraba al frente mientras su cerebro registraba la casa en busca de alguna señal de su presencia. Se detuvo en el centro de la cocina, los fogones estaban a un lado y la mesa y la alacena al otro. Se quedó de pie sin tocar nada, ni el wok ni la sartén, ni el cuchillo ni las patatas. Allí estaba, esperando las manos de Anwar Sadat sobre su cuerpo.

Oyó cómo se abría la puerta. Se quedó quieta y no quiso mirar. Reconoció de nuevo los pasos del hombre al que esperaba. Cuando Anwar Sadat la vio indefensa en el centro de su cocina supo que la tarde les pertenecía. Nuraeni le estaba diciendo sin palabras que

hiciera con ella lo que quisiera, que se fundiera con ella.

La tomó de la mano y la llevó a la habitación con paso lento. Cerró la puerta y echó el cerrojo. Ahora era un reino íntimo, inaccesible para el resto del mundo, incluso para Kasia y Maesa Dewi.

Anwar permaneció un rato junto a la puerta admirando a Nuraeni en toda su timidez. Tenía la cabeza inclinada, no sabía dónde mirar. Retrocedió hasta chocar con la cama y cayó sobre el colchón. Sus manos rozaron las sábanas, gruesas e inmaculadas, con un adorno marrón oscuro de colibríes de hilo. El colchón de espuma era sólido y a la vez ligero. Nuraeni quería experimentar un sueño cálido y eterno, sin preocupaciones y sin malos tratos ni golpes. Anwar Sadat caminó hacia ella. Ella observó cómo se movían sus piernas y dejó de soñar cuando levantó la vista y contempló el inocente rostro de su conquistador.

Cruzaron las miradas un momento y Nuraeni esbozó una tímida sonrisa al descubrir el bulto en la ropa interior de Anwar Sadat. Aquello la bloqueó por un instante, pero Anwar Sadat le acarició los hombros, devolviéndole la calidez a su piel. Se tumbó con las piernas colgando hacia el suelo, el cabello derramándose abundante y una respiración pesada en el pecho. Anwar Sadat le separó las piernas y se colocó de pie entre ellas antes de dejarse caer sobre su cuerpo. El peso de Anwar Sadat la estremecía y la excitaba como si le dijera que aquello no podía retrasarse más.

Nuraeni supo desde el principio que Anwar Sadat sería un amante atento y paciente. Él enterró los labios en los suyos, mientras le acariciaba los pechos sin dejarla escapar. Nuraeni estaba algo tensa al principio, permitía que sus labios secos se rozasen, desorientada por no poder mirarlo mientras estuviera sobre ella. Lo sentía boqueando como un pez en la superficie de un estanque, enviando una corriente húmeda a través de sus labios entreabiertos. Anwar Sadat la provocaba mordiéndole el labio inferior, dándole suaves tirones y soltándolo antes de besarla profundamente. Por fin, llegó la respuesta, con pequeños movimientos hasta que por fin Nuraeni empezó a devolverle los besos apasionadamente.

A partir de entonces todo fue más fácil. Anwar Sadat olfateó el aroma de su cuello, rozando su rostro con el de Nuraeni, besándola detrás de las orejas y de nuevo buscando sus labios. Mientras se retorcían juntos, Nuraeni empujó con los pies y recogió las piernas, que hasta entonces estaban colgando del borde del colchón y se subió del todo en la cama.

Entonces, en lugar de perder el control se lo tomaron con calma, como dos amantes que conocen el arte del amor. Anwar Sadat le desabrochó los cinco botones de la blusa tan suave y espontáneamente que cuando terminó la blusa estaba abierta y ninguno de los dos se

había dado cuenta. Nuraeni estaba medio desnuda y Anwar Sadat se irguió, se quitó la camiseta y dejó al descubierto un pecho salpimentado de canas. Se miraron hasta que Anwar Sadat le puso las manos en los pechos y le besó los labios apasionadamente sin soltarlos. Se deshicieron del resto de la ropa sin que sus cuerpos se separaran, con manos diestras que la arrojaron al suelo. Estaban completamente desnudos. Nuraeni tenía las rodillas levantadas y las piernas enroscadas alrededor de Anwar Sadat. Hicieron el amor tomándose todo el tiempo del mundo, sudando y gimiendo sobre la arrugada sábana de los colibríes.

Fue un momento tan profundo que casi no podrían recordarlo. Tumbados desnudos en silencio sin nada de qué hablar, pues al parecer el deseo no necesitaba de palabras. Con el cuerpo y el alma exhaustos, uno al lado del otro con los ojos medio apagados y fijos en el techo. La única luz entraba a través de la tenue cortina que cubría la ventana mientras el sol ascendía por el cielo. A Nuraeni le asombraba la audacia de su cuerpo y estaba increíblemente eufórica. No necesitaba preguntarle al hombre cómo se sentía. Finalmente, sin vacilar, se puso de lado, colocó el muslo sobre el cuerpo de Anwar Sadat y cerró los ojos con una leve sonrisa.

Al volver a casa aquella tarde nadie notó ningún cambio en su comportamiento. Quizá ocultaba su gozo demasiado bien, o quizá los demás habitantes de su casa no le prestaban demasiada atención. Solo Anwar Sadat fue consciente de ello, cautivado por la forma en que había sabido convertir a aquella mujer en una recién casada. Siguió a su disposición en la misma cama y en otros lugares de la casa mientras sus encuentros se hacían cada vez más ardientes y más salvajes. Cuando Maesa Dewi salía, cerraban las puertas y las cortinas, atenuaban las luces y follaban en el sofá y en la mesa de la cocina, en la bañera y una vez en el suelo de su estudio.

Cuando se quedó embarazada, Nuraeni no necesitó una comadrona ni un médico que le comunicaran la noticia. Sintió el cambio por sí misma. No tuvo ningún miedo. De hecho, estaba exultante y se sentaba a pensar en el futuro bebé acariciándose la barriga, que aún no se notaba, como si aquel fuera el único bebé que tendría en su vida. Como si se tratara de un muy esperado primogénito, se le llenaban los ojos de lágrimas pensando en el día en que lo traería al mundo, lo oiría llorar, lo vería crecer, y sabía que lo querría muchísimo. A menudo canturreaba en voz baja, como si ya hubiera nacido y estuviera aliviando sus pequeños dolores.

Entonces fue cuando Margio empezó a notar el cambio en su madre. Se vestía mejor, tenía más energía, estaba más hermosa que nunca. Mucho después se daría cuenta de que la luz que emanaba de ella procedía del bebé que dormía en sus entrañas. Le contó en secreto

a Mameh que su madre estaba embarazada y ambos la observaron sorprendidos mientras esperaban al inesperado bebé. Por aquellos días, Margio aún pensaba que el niño era de su padre, aunque se preguntaba cómo se las había apañado Komar. Hacía años, posiblemente desde el advenimiento de la jungla de flores, que Nuraeni dormía en la habitación de Mameh, y teniendo en cuenta el envejecido cuerpo de su padre y el hecho de que una vez se había quejado de cierta inflamación en sus partes, a Margio le extrañaba que pudiera concebir un hijo.

Se imaginaba a Komar llevándose a Nuraeni a rastras de la habitación de Mameh una noche y arrojándola en la cama o sobre el baúl del arroz de la despensa para violarla cruelmente. Sin duda había tenido que hacerlo muchas veces para dejar embarazada a aquella mujer a la que llevaba años atormentando, y no se había molestado en pensar que los dos hijos que ya tenía estaban malnutridos. No habló de eso con su hermana, prefirió callarse las dudas y le extrañó que Komar no se diera cuenta de que a Nuraeni le crecía más y más la barriga. Nadie decía nada sobre un nuevo hermanito, y Komar seguía sin hacerle caso a su mujer.

Cuando descubrió finalmente que Nuraeni estaba embarazada lo poseyó una ira incontrolable. Se desató una violencia que dejó a Margio y a Mameh anonadados, ya que, aunque le diera una paliza de vez en cuando, Komar llevaba ya mucho tiempo ignorando a su mujer y su agresividad había disminuido. Sin embargo, aquella tempestad fue mucho más brutal que cualquier cosa que hubieran presenciado desde hacía muchos años, un odio reprimido que se había desbordado por completo. La arrastró del pelo desde la cocina hasta el centro de la casa y le dio de bofetadas sin decir una palabra. Nuraeni chillaba colérica, como si quisiera plantarle cara por fin, después de tantos años, quizá para defender al amado bebé que llevaba dentro. Le llamó bestia, diablo, cerdo, y Komar contestó en términos similares. Komar se puso aún más violento al ver que Nuraeni se rebelaba. Dejó de usar la palma de la mano y la golpeó con los puños en la frente.

La lanzó contra una pared, haciendo que el endeble bambú temblara. Se lanzó sobre ella y le pateó las piernas. Arrinconada, Nuraeni cayó al suelo. Mientras estaba tumbada Komar le golpeó las caderas hasta que ella lo agarró del pie. Asqueado ante el espectáculo de una mujer que se negaba a darse por vencida, la agarró del pelo y la puso de pie. La cara de Nuraeni hacía muecas y se contraía. Se miraron a los ojos y Komar le dio un puñetazo en la mandíbula. Nuraeni trastabilló hasta el otro extremo de la habitación con el rostro rojo enrojecido y amoratado. Incluso entonces se negó a derramar una sola lágrima y siguió protegiéndose el vientre con las manos mientras él la golpeaba sin parar.

—¡So puta! —gritó Komar mientras le lanzaba un cenicero de lata a la cabeza y se largaba de allí.

Margio y Mameh contemplaban la escena espantados y con los rostros cenicientos. Cuando se recompusieron lo suficiente como para hacer algo, Komar ya se había ido. Mameh se acercó a su madre, la ayudó a levantarse y la condujo hasta el colchón. Siempre había sido una hija silenciosa, era difícil hacerla llorar, pero al ver a su madre maltrecha y llena de moratones, rompió en desconsolados sollozos y las lágrimas le rodaban por las mejillas mientras abanicaba a Nuraeni, le acariciaba los cardenales y le preguntaba qué podía hacer por ella. ¿Le traía una esponja? ¿Una compresa fría? Nuraeni negaba con la cabeza y se agarraba a las manos de su hija.

Margio comprendió que el niño no era de Komar. La ira ardiente de su padre había desvelado la verdad, y por un momento, el muchacho no supo de qué lado estaba. Era inconcebible que Nuraeni estuviera embarazada de otro hombre. No se le ocurría quién podría ser.

Sintió una vergüenza visceral. Le entraron náuseas y se fue tambaleándose a la garita del vigilante nocturno, donde continuó rumiando lo sucedido. Pensó mil cosas, pero no había manera de escapar de la cruda y obstinada realidad. No podía hablar de ello con sus amigos por mucho que le preguntaran por qué estaba tan deprimido. Era imposible hablar de ello. Si lo contaba, pronto todo el mundo sabría que a su madre la había dejado embarazada un hombre que no era su padre. Parte de él deseaba la muerte de sus malditos padres. Se habían dedicado a torturarlos a Mameh y a él durante años. Pero en el fondo de su corazón sabía que no era capaz de condenar a su madre después de lo que había sufrido, así como tampoco podía maldecir a un padre al que habían infligido semejante traición.

Para Komar bin Syueb no había nada más doloroso que lo que le acababan de arrojar a la cara. Su esposa embarazada de otro hombre. Era algo que incluso oscurecía el terrible descubrimiento de que llevaba años haciendo sufrir a su familia. En la barbería se puso a trabajar en un ensimismado silencio. Estuvo a punto de cortarle la oreja a un cliente y a otro le dejó el pelo hecho un desastre. Sus ojos lagrimeaban de autocompasión al recordar tantos años llenos de desesperanza e intentar hallar el origen de sus errores.

Los años habían pasado volando, la vida se alejaba como un tren perdido por los pelos. Recordó su tediosa juventud, buscando trabajo por las fábricas de pueblo en pueblo. Trabajaba algunos meses en cada una, cortando cuero para zapatos, transportando sacos de trigo. Después de unos años se encontró enfermo y sin un céntimo. Recurrió a sus herramientas de barbero y se instaló a la sombra de un árbol frondoso a esperar a que llegaran los clientes para que les afeitaran la

cabeza, aunque sabía que con aquel negocio ganaría poco dinero. Cuando Syueb le dijo que volviera para casarse, su única posesión de valor era una pequeña alianza de oro de la que nunca debía haber presumido.

El día de la boda llegó y Komar se dio cuenta de la falta de entusiasmo de la novia. No le había escrito la carta que tanto deseaba y tampoco se había disculpado por ello. No es que no quisiera escribir bobadas en una hoja de papel rosa con esencia de talco, sino que realmente no sabía qué decir. Nada había de interés en la vida de un hombre que se pasaba los días a la sombra de un árbol esperando a clientes preocupados por el aspecto de su cabello. Pero esa mujer es mía, pensaba. El matrimonio la hace mía, me pertenece. Si no puedo disponer de ella cuando me plazca, tengo derecho a enfadarme.

Sentado en el sillón de barbero, Komar se secó los ojos con un trapo de algodón, preocupado porque alguien en el puesto de pollo con fideos lo sorprendiera lloriqueando. Se lamentó de nuevo por el paso del tiempo, tan veloz que no le había dado ocasión de hacer nada. Miró con horror las manos que tantas veces habían golpeado a su mujer y a sus hijos, y de nuevo los ojos se le llenaron de lágrimas. La culpa era toda suya. Era el único responsable de aquella vida desgraciada. Pero cuando pensaba en todas las veces que había vuelto a casa para encontrarse a una esposa depresiva y a los dos diablos que había engendrado con ella, se convencía de que cualquier hombre habría actuado igual. Su familia tenía que haberse dado cuenta de su desgracia y haberle ayudado. Dado que no estaban dispuestos a hacerlo, debían perdonarle sus estallidos.

Un hombre le pidió un corte de pelo para un niño pequeño y Komar tuvo que volver el rostro para que no le notara los enrojecidos ojos. Indicó al niño que tomara asiento. Mientras se preparaba para empezar a trabajar trató de aceptar el nuevo hecho central de su existencia: Nuraeni iba a dar a luz a un niño que no era suyo.

Durante un fugaz momento estuvo a punto de rendirse al cosmos y a su trágico destino. Pero cuando volvió a casa y tuvo que enfrentarse con la imagen de la barriga de su mujer volvió a perder el juicio. Lo invadió la furia y la atacó de nuevo, llamándola puta, golpeándola con la jarra del agua, azotándola con el sacudidor de ratán. Solo se le ablandó el corazón cuando la vio arrodillada en una esquina en señal de sumisión. Entonces se fue a su dormitorio y se metió en la cama. Cuando la noche trajo el alivio de la oscuridad, lloró sin ruido y rezó para que los ángeles bajaran y perdonaran todas sus desgracias en un acto milagroso de suprema compasión.

El bebé se obstinaba en crecer en el maltratado vientre de Nuraeni, soportando los golpes que su madre recibía, y quizá percibiendo de alguna forma la presencia del padrastro que trataba con todas sus

fuerzas de evitar su nacimiento. Mameh estaba siempre junto a su madre, postrada en la cama y enflaquecida a causa de la constante crueldad. La bañaba con una esponja, lavando suavemente los moratones con jabón antes de aplicarles un linimento de arroz y galangal que mezclaba en su propia boca. A Margio y a Mameh los conmovía ver que, a pesar del dolor, su madre se sentía más feliz de lo que la habían visto jamás. Pocas veces antes la habían visto sonreír, y sin embargo ahora compartía con ellos su pequeña alegría, como un mendigo que repartiera sus pocos céntimos.

—Si llega a nacer, me vengará y matará a Komar bin Syueb —les dijo en voz baja. Mameh se echó a llorar y las palabras de Nuraeni cristalizaron el deseo de Margio de acabar con su padre.

Cuando la barriga de Nuraeni se hizo descaradamente grande, Margio le prohibió ocuparse de las tareas domésticas. No le permitía ir a casa de Anwar Sadat ni trabajar en la suya. Aún le avergonzaba saber que se había desnudado para un hombre que no era su padre, pero se le ablandaba el corazón al contemplar la felicidad que le producía estar embarazaba. Él mismo limpiaba y preparaba la comida. Por entonces, ambos jóvenes habían terminado ya la escuela secundaria. Margio se quedaba en casa para proteger a su madre de la furia de su padre y rara vez salía con sus amigos. También Komar empezó a encontrar algo de paz de espíritu en la aceptación de su miserable existencia. No le dirigía la palabra a aquella mujer que vivía en su casa con un bastardo en las entrañas y no salía de su habitación. Volvía de madrugada y se iba por la mañana temprano, nadie sabía a dónde. Quizá trabajara hasta más tarde en la barbería o quizá estuviera descuidando el negocio y se escondiera en otro sitio. Fuera como fuera, su familia lo ignoraba y no les importaba un comino lo que hiciera. Se contentaban con perderlo de vista, y deseaban que tuviera el sentido común de largarse para siempre. Un hombre que permite que su mujer se descarríe no debería volver a aparecer por su casa.

Cuando Nuraeni dejó de ir a casa de Anwar Sadat, Kasia investigó un poco y se enteró del embarazo. A partir de entonces visitó a Nuraeni con regularidad para comprobar su estado de salud. Los cardenales la preocupaban y le traía frecuentemente plátanos y leche, que son buenos para las embarazadas. A Nuraeni la avergonzaba la amabilidad de la comadrona. Kasia ignoraba que el bebé que se beneficiaba de sus cuidados era fruto de la infidelidad de su marido. Las visitas de Kasia eran un suplicio, pero cuando se iba siempre le daba un informe sobre la salud del bebé que la animaba mucho y su alegría se mezclaba con un poco de pena.

Al séptimo mes, Mameh bañó a su madre con agua y pétalos de flores. Las flores no procedían de la jungla del jardín. Mameh aún

estaba segura de que aquella extravagancia botánica hacía feliz a su madre. Le compró los pétalos a una anciana del mercado y reforzó el aroma con aceites esenciales.

Mientras Nuraeni disfrutaba del fuerte perfume de las flores, Margio pasaba la noche acurrucado junto a Agung Yuda en la garita del vigilante nocturno. Borracho de licor de arroz glutinoso, murmuró «mi madre está embarazada, así que pronto habrá otro niño abandonado en mi casa». Después se durmió sin taparse con una manta, a pesar del aire helado de la noche. Mientras dormía, el viento procedente del mar arreció, golpeando la arruinada plantación de cacao, pero Margio siguió tumbado inconsciente en la estera. Cuando se despertó, Jafar, un vecino que estaba de guardia, le estaba hablando. Su voz sonaba alarmada, pero Margio, mareado y aún medio borracho, no conseguía entender lo que decía. Jafar lo repitió de nuevo, «Tu madre está a punto de dar a luz». Tenía que ir a por Kasia para que asistiera en el parto.

Margio salió de allí dando tumbos sin decir una palabra. Tomó el atajo que rodeaba el *surau* y pronto estaba frente a la casa de Anwar Sadat intentando poner en orden sus pensamientos. En la terraza una lámpara iluminaba la casa a oscuras y otras luces más pequeñas se filtraban por las rendijas de la puerta y por las cortinas corridas. Hacía un frío de mil demonios y evidentemente en la casa todos dormían, pero alguien tenía que ayudar a su madre. Caminó hasta la puerta, sacudió la cabeza para aclararse un poco y llamó suavemente con los nudillos. Silencio. Llamó de nuevo con más fuerza.

Oyó movimiento, así que dejó de llamar. La puerta del dormitorio principal se abrió y el salón se iluminó. Las cortinas se descorrieron. La cara de Laila apareció tras el cristal de la ventana. Abrió la puerta en cuanto reconoció a Margio. Llevaba un camisón que hizo que Margio la mirase con cierta reticencia.

—¿Qué sucede? Estás borracho y has llamado a la puerta equivocada —dijo al oler el arak en su aliento.

—No. Mi madre está a punto de dar a luz —replicó Margio.

Laila lo miró un segundo preguntándose si el muchacho estaría diciendo incoherencias de borracho. Entonces lo dejó allí y se fue a buscar a Kasia. Margio andurreó nerviosamente por la terraza y se echó el aliento en la mano para ver si olía a alcohol. Carraspeó varias veces para intentar que el olor desapareciera.

Kasia traía rollos de tela y una caja de instrumental que parecía un baúl, que le entregó a Margio. Se puso en camino inmediatamente sin decir nada, con Margio detrás. A pesar de su edad, andaba con paso rápido. Había asistido al parto de la mayoría de los niños del pueblo y si Margio y Mameh hubieran nacido allí, Kasia habría sido la primera en cogerlos en brazos.

Mameh y la mujer de Jafar atendían a Nuraeni, que gemía en el colchón. Komar no estaba en casa, como era habitual. Normalmente solo regresaba por necesidad, cuando tenía hambre o sueño. «Cabrón», murmuró Margio cuando supo de la ausencia de su padre. Kasia le regañó al oírle. Las palabras vulgares estaban absolutamente fuera de lugar. No le sentaban bien al bebé. Margio se retiró a una silla en el salón mientras Mameh y la mujer de Jafar esperaban a la puerta del dormitorio por si Kasia necesitaba algo o pedía ayuda.

Hacía solo tres días que Mameh había bañado a su madre con agua y pétalos. El bebé venía antes de tiempo y aunque había posibilidades de que sobreviviera, lo mejor habría sido que se quedase dentro un poco más. Margio esperaba nervioso como si fuera el nacimiento de su propio hijo. Se encontró unos cigarros de clavo en un bolsillo y fumó sin parar durante aquellos minutos llenos de tensión, escuchando cómo la voz de Kasia tranquilizaba y consolaba a su madre, que gruñía y empujaba para sacar a su hijo al mundo.

Cerca de las tres de la mañana, mientras Margio miraba el reloj con impaciencia, se oyó el llanto del recién nacido. Al bebé no le va a gustar Komar, pensó Margio mientras lanzaba la colilla de un cigarro al cenicero con dedos temblorosos. Quería echarle una mirada a su nuevo hermano, a pesar de lo nervioso que estaba. Seguía convencido de que era una niña. Mameh y la mujer de Jafar no se habían movido de su puesto. Aún no había llegado el momento de entrar en la habitación. Kasia no los había llamado, aunque los llantos de la criatura rasgaban la noche. Algo más tarde, la mujer de Jafar se llevó al baño los rollos de tela, la sábana y una manta empapada de sangre. Mameh traía algo diferente envuelto en telas. Un olor fétido impregnaba el ambiente.

Kasia salió de la habitación metiendo los guantes de goma en una bolsa de plástico que entregó a Mameh para que la tirara, y le dijo a Margio que enterrara apropiadamente el bulto de tela que Mameh había sacado. Margio se puso en pie dispuesto a hacer lo que le decían, pero se paró en la puerta de la habitación a contemplar la escena que tenía lugar en el interior.

Nuraeni estaba tumbada en la cama con el bebé envuelto en una tela. Había dejado de llorar y mamaba del pecho de su madre. Era una escena muy emotiva, bajo la tenue luz que se filtraba desde la casa de los vecinos a través de un amasijo de cables que colgaba del tejado. Nuraeni miraba fijamente el rostro del bebé y le acariciaba el delicado cabello.

—Fíjate bien, Komar. Lleva en la cara la maldición de ser muy feliz —le susurró Margio a su padre ausente.

CINCO

A la tenue luz de la lámpara de un vendedor de cacahuetes, tenía la belleza de una chica pintada en un jarrón de porcelana china. Su pelo era abundante y muy lacio, una hermosa cabellera que ondeaba con la más ligera brisa y danzaba cada vez que se movía. Medía alrededor de un metro sesenta y era esbelta como una garza. Su figura era aniñada y fruncía los labios al hablar, lo cual hacía aún más atractiva la expresión de su rostro. Como correspondía a su nombre, Maharani, reina de reinas, era capaz de conquistar a cualquiera. Cuando le cogió de la mano con firmeza, a Margio le recorrió un escalofrío y el aguerrido vencedor de los jabalíes se transformó en un adorable colegial con un nudo en la lengua.

La gente se arremolinaba frente a la pantalla de cine levantada en medio del campo de fútbol. Una camioneta de la compañía de tónico herbal cortaba la carretera. Un hombre recitaba al micrófono las virtudes de los diferentes tónicos mientras la multitud esperaba impaciente el comienzo de la película. Algunos lugareños rodeaban la camioneta atraídos por los premios, paraguas, abanicos, relojes de pared y un televisor de dieciocho pulgadas, el más valioso de todos, y compraban tónicos para aumentar la virilidad, estrechar la vagina, completar una dieta, aumentar el apetito, curar la gastritis, mitigar la fatiga y mucho más.

Margio y sus amigos estaban detrás del vendedor de cacahuetes. Después de unos meses en la universidad, Maharani había vuelto hecha toda una chica de ciudad, pero no parecía haber encontrado a nadie que le gustara más que Margio. Siempre volvía por él. Llevaba un jersey amarillo ceñido para defenderse del fresco, unos vaqueros de campana y unas chanclas. Aún con la mano de Margio en la suya, le dio un coqueto tirón del brazo y se lo besó con dulzura.

Nunca antes se habían cogido de las manos de esa forma. El atrevimiento de la joven fascinaba a Margio. Lo hacía sentirse confuso y vulnerable. No se atrevía a mirar aquel rostro que tanto amaba, así que tenía los ojos fijos en las siluetas de la gente que iba y venía por la pantalla como sombras fugaces. Quería unirse a ellos, pero el recuerdo de los labios de Maharani en la piel lo distraía. El sudor le resbalaba

por la nuca. Una vez había ido con sus amigos a un burdel y cuando le llegó el turno de montar a la voluptuosa mujer de mediana edad tumbada en la cama temblaba violentamente, más horrorizado que excitado. El pánico que sentía ahora era aún peor que el de entonces, que tan solo había superado gracias a la destreza de la prostituta a la hora de acariciar y fortalecer lentamente su deseo. Ahora buscaba cualquier tipo de apoyo. Esperaba que Maharani lo liberara de aquella extraña situación y la ayuda llegó cuando le apretó la mano con mayor firmeza. Margio se giró y se encontró con sus ojos, su rostro resplandeciente. Se sumergió de una sola vez en su elegante nariz, en la curva de sus pestañas, en los labios entreabiertos.

—¿Sabes que te quiero? —preguntó ella.

Si no hubiera sido la hija de Anwar Sadat, la hermana pequeña de Laila y Maesa Dewi, quizá se habría sorprendido más de oírselo decir. Intentando no enojarla, el aturullado muchacho asintió vigorosamente con la cabeza y le apretó la mano a su vez. A Maharani pareció satisfacerle la respuesta y Margio aprovechó para volver a prestar atención a la pantalla blanca y observar con la mirada perdida las sombras que iban y venían.

Su relación nunca había sido tan intensa como ahora, a pesar de los muchos años que hacía que se conocían. La noche que la acompañó al mercado bajo el paraguas no eran más que un par de críos, pero incluso entonces sintió un incipiente nerviosismo. Pensó que aquella chica era una especie de belleza pura, alguien que se sentaba en el sofá a ver la televisión con una familia que no conocía la violencia, protegida por el calor de un hogar. Y mientras tanto, él veía la misma televisión en la terraza, a través del cristal de una ventana, sentado en un taburete fabricado con el tronco de un cocotero y sin nada para protegerse de los elementos. Aunque fuera de cristal transparente y pudieran verse y hacerse confidencias a través de él, un muro infranqueable los separaba. La noche que caminó con ella hombro con hombro bajo el paraguas golpeado por la lluvia, pensó que aquella cercanía era una absoluta indecencia. A pesar de los años que habían pasado, Margio aún se sentía incómodo con ella.

A Margio le gustaba Maharani porque poseía una belleza natural; encarnaba el ideal de belleza de todo el mundo. Le gustaba porque quería acabar con la distancia que los separaba. No se acordaba de la primera noche en que el rostro de la joven había invadido su pensamiento. El abismo entre ellos lo hacía sentirse cada vez más desgraciado. Para él, aquel amor era una luminosa ilusión, demasiado confusa para ser real. Maharani, por su parte, no recordaba cuánto tiempo llevaba enamorada de él y hacía continuos esfuerzos por descubrir si realmente estaban hechos el uno para el otro.

Aquella noche lluviosa no eran más que dos críos haciéndose

amigos. Al ser de la misma edad, descubrieron que iban al mismo colegio, al otro lado del campo de fútbol, en un edificio que llevaba allí desde que los colonialistas holandeses andaban por el país, poco después de la llegada de los fundadores que plantaron las lindes. Margio caminaba cada mañana hasta su casa y Maharani lo esperaba. Los dos niños de uniforme atravesaban juntos el campo de fútbol charlando sobre sus amigos. Quizá en momentos así los dioses les revoloteaban por encima trenzando con entusiasmo los hilos del amor. Eran unos hilos frágiles, pero en el caso de Margio y Maharani se hicieron cada vez más fuertes, hasta que los jóvenes empezaron a soñar con estar juntos, con compartir todo lo que tenían y pertenecerse el uno al otro. Al final de la jornada, Maharani lo esperaba en la puerta del colegio y Margio caminaba a su lado a través del mismo prado verde.

Los hilos se deshacían y se volvían a trenzar oscuramente, atrapándolos cada vez más, y Margio se pasaba los días en casa de Anwar Sadat. Cuando necesitaba ayuda con cualquier tarea física, Anwar lo trataba como a un hijo. Gracias al excelente comportamiento de Margio, le cogió un cariño sincero. Anwar Sadat se olía que su hija menor se había enamorado del muchacho, pero después de los tediosos episodios que habían tenido lugar en las jóvenes vidas de Laila y Maesa Dewi, no le importaba un comino a quién eligiera.

Cuando Maharani y Margio se sentaban en el sofá a ver los programas de la tarde en el televisor, saltaba a la vista que eran como una pareja de enamorados nacidos para estar juntos. Como nadie les regañaba, Margio se sentía más a gusto en casa de Anwar Sadat que en la suya propia. Le encantaba comer patatas fritas con Maharani, pero la incomodidad que sentía en su interior nunca desapareció. Continuamente se recordaba a sí mismo que aquella intimidad sería temporal, un breve deleite. Maharani conocería a otro hombre y se enamoraría de él y se olvidaría rápidamente del niño llamado Margio. El muchacho estaba siempre preparado para el día en que el nombre de Maharani no fuera más que un dulce recuerdo.

Cuando Anwar Sadat envió a la joven a la universidad, Margio se dijo a sí mismo que aquello era una liberación. Prefería verla elegir a otro hombre e ignorarle, que vivir torturado por la posibilidad de conseguirla. Estaba seguro de que en la universidad habría montones de chicos, la mayoría condenadamente listos, a ninguno de los cuales se le escaparía la llegada de una joven tan hermosa. Competirían por ella, y al final, alguno se la llevaría. El día que cargó con sus maletas y la vio partir, estaba lúgubremente convencido de ello. Maharani y Anwar Sadat iban a coger el autobús, que esperaba al lado de las palmeras que había en la puerta de su casa. Margio metió el pesado equipaje en el maletero mientras Maharani besaba las manos de su

madre y sus hermanas antes de plantarse delante de él y pedirle inesperadamente que le diera la mano. Margio le permitió que se la besara con un nudo en el estómago. Pero eso no era nada en comparación con la noche que Maharani le cogió el brazo con fuerza súbitamente, no para pedirle un beso de despedida, sino como una caricia de amor, aquella noche de la película patrocinada por la compañía de tónico herbal en el campo de fútbol.

Sin embargo, su marcha no supuso una liberación. Cada vez que tenía vacaciones, Maharani volvía a casa, siempre con la esperanza de verle, siempre con la esperanza de tenerlo para ella sola. En lugar de soltarse, los hilos los ataban con mayor firmeza. En aquella especie de citas que eran sus encuentros, Maharani le contaba todo lo que había visto en la universidad de una forma que parecía que las historias también le pertenecían a él. Por entonces, Maharani aún no había cogido la costumbre de caminar con él de la mano, aunque quienes los conocían cotilleaban sobre los jóvenes amantes. Como dijo la mujer del comandante Sadrah, «esa chica está loca por Margio».

La noche de la película patrocinada por la compañía de tónico herbal, Maharani estaba impaciente por asegurarse de que Margio supiera del amor que había arraigado firmemente en su cuerpo, y aunque a Margio no le cabía duda de que el corazón de la chica era suyo, la incomodidad y la vergüenza aún lo turbaban. Maharani seguía siendo una belleza intocable.

Se alejaron del puesto del vendedor de cacahuetes y caminaron hasta el montículo desde donde la gente veía los partidos de fútbol bajo la frondosa copa de un almendro malabar. Se sentaron muy cerca uno del otro; a Margio le llegaba su perfume. El cabello de Maharani le acariciaba el rostro cuando el pícaro viento lo empujaba. Aún no se podía creer que ella le hubiera confesado su amor, era la confirmación de que aquel rostro ovalado que brillaba en la oscuridad podía ser suyo, una obra maestra solo para él. No salía de su asombro.

Maharani le cogió el brazo y se lo ciñó alrededor del cuerpo. Margio no sabía si abrazarla con fuerza y colocar la piel de su muñeca sobre la piel de la cintura que la joven llevaba al aire o simplemente conformarse con ponerla sobre el jersey. Maharani bajó la cabeza y le echó a Margio el brazo por encima, acercándose más a él, dejando que sus respiraciones se acompasaran. Esto es lo que se siente cuando uno pertenece a alguien, pensaron casi al unísono mientras los dioses del amor canturreaban sobre sus cabezas.

En el campo de fútbol había una especie de discusión. La gente gritaba. Había caído la noche y estaban hartos de comprar tónicos. Querían premios. El locuaz vendedor, que llevaba toda la noche vendiendo frascos como si fuera el dueño de la compañía, se disculpó con la excusa de que aún tenía clientes que atender y dijo que la

televisión no le había tocado aún a nadie. Para ser sinceros, la televisión era un artículo de exposición que nunca cambiaría de manos, si bien era un reclamo mucho más sugerente que la boca con saliva en las comisuras del hombre que hablaba sin parar por el micrófono. Cuando completó las últimas ventas, cerró las puertas de la camioneta y solo las volvió a abrir para cambiar el rollo. La luz del proyector cayó sobre la pantalla blanca ligeramente ondulada por el viento, mientras el público aplaudía y algunos silbaban.

La película era el clásico *Cintaku di kampus biru*, famosa por sus provocativas escenas de besos. Margio y Maharani no le prestaron mucha atención, no solo porque la pantalla estaba lejos y no oían con las excitadas voces del público. Estaban muy ocupados interpretando sus cuerpos, apoyados uno contra el otro, intercambiando el calor mientras la atmósfera se hacía cada vez más densa. Parecía que iba a llover a cántaros. Margio sentía la sangre correr a toda velocidad por el cuerpo de Maharani, y también por el suyo.

Maharani cambió de postura y observó la incipiente barba en el mentón de Margio. Lo miró fijamente como si tuviera algo en la cara. Sin aliento, Margio se dio cuenta de que había llegado el momento de comportarse como hombre y como amante. Con las caras juntas y los pechos respirando al unísono, le devolvió la interrogante mirada. Los ojos de la joven, a la sombra de sus curvilíneas pestañas, borrosos por la luz de las farolas y la luna empañada de nubes, lo miraban ansiosos y Margio sabía lo que ella deseaba, pero no lo que debía hacer.

A Maharani la exasperaba tanta tontería. Quería conquistarlo, lo tenía casi rendido, pero él trataba de conservar su orgullo esperando que fueran los labios de la chica los que tocasen los suyos. Ninguno de los dos tenía idea de cómo empezar, así que unieron sus bocas, intercambiando el calor y sintiendo la suavidad de sus lenguas.

De pronto pararon bruscamente, sintiendo que todo el mundo los observaba, aunque no era sí, y se miraron fijamente. Los ojos de Maharani brillaban. «Hay algo que no sabes», dijo Margio tristemente, en voz tan baja que sus palabras no se oyeron. Le dolía ser incapaz de compartir con ella su angustia más profunda a pesar de aquella recién estrenada intimidad. Maharani se sentía incómoda. Margio estaba distante, así que se puso derecha y dejó de apoyarse en él. El dolor de Margio aumentó. Temía perder a la chica a la que adoraba. Maharani le echó una mirada de desconcierto que solo se tradujo cuando abrió la boca para hablar.

—¿Es que no te gusto?

La pregunta lo atravesó de lado a lado. Claro que le gustaba. Más que nada en el mundo. La adoraba. La deseaba. Pero era prisionero de la idea de no merecerla.

—Estoy nervioso —murmuró.

Aquellas palabras lo liberaron durante un rato. A Maharani parecía agradarle la idea de que estuviera nervioso. Aquella inseguridad olía a romance. Al fin y al cabo, lo natural era estar nerviosos. También ella lo estaba, pero juntos conseguirían superar el obstáculo y su confianza crecería. Mientras seguían allí sentados, con Maharani derritiéndose contra su brazo de nuevo, la incomodidad de Margio regresó. Lo de los nervios era mentira. El problema era otro. Le impedía abrazar a quien amaba con pasión, le hacía maldecir su incapacidad de ser honesto con ella.

Maharani volvió a casa el día después del regreso de Margio, quizá porque se había enterado de la muerte de Komar bin Syueb. Dijo que tenía vacaciones. Margio creía que, tuviera o no tuviera vacaciones, había vuelto para consolarlo, para mitigar su pena. Pero, por supuesto, ella lo había entendido todo mal. Margio no estaba triste en absoluto.

Maharani lo visitaba todos los días y a veces comía con la familia; su presencia era un recordatorio de los viejos tiempos en que Margio comía en casa de Anwar Sadat. La intimidad entre ellos aumentaba confirmando la atracción que había comenzado hacía tanto tiempo. Un día Maharani, malinterpretando los sentimientos de Margio, le pidió que la llevara a la tumba de Komar bin Syueb. Él se negó en redondo. Maharani recordó los rumores sobre la crueldad de Komar bin Syueb. Ella misma lo había visto golpear al pequeño Margio con el poste de secar la ropa. Por primera vez fue consciente del doloroso pasado que perseguía a Margio y quiso que el amor que sentía por él fuera su bálsamo y su consuelo.

Tras la muerte de Marian, Margio huyó del pueblo para no matar a Komar. Como le dijo a Mameh, en su interior habitaba un tigre y tenía que aprender a controlarlo. Viajó con la compañía de circo hasta otro pueblo a una hora de distancia. Había convencido al director de que lo contratara para hacer cosas sencillas, como dar de comer a los caballos y elefantes. El director echó un ojo a su complexión fuerte y a su implorante mirada y le concedió su deseo, y el muchacho demostró ser capaz de ocuparse de un buen número de tareas. Las verdaderas intenciones de Margio eran aprender cómo los domadores entrenaban a los tigres, observar sus sesiones de trabajo, conocerlos de cerca durante un par de semanas. Sin embargo, mientras la temporada llegaba a su fin y la compañía se preparaba para partir hacia el extremo oriental del país, Margio se dio cuenta de que su plan no daría fruto. Aquellos tigres no eran como el que vivía en su interior.

Cobró el salario de dos semanas de trabajo y se despidió del circo. Decidió quedarse donde estaba, deseoso de ponerse al día con las noticias que llegaran de su casa. Aunque la figura de su padre dominaba sus recuerdos de la vida en el pueblo, no quería perder completamente el contacto. Echaba de menos a Mameh y a su madre,

y de vez en cuando la imagen del hermoso rostro de Maharani le cruzaba por la mente; también se acordaba de sus amigos, del chiringuito de Agus Sofyan, del *surau* y de la garita del vigilante nocturno, aunque con menos frecuencia. No quería perderlos. De modo que permaneció allí y les pidió a los conductores de los autobuses que no le dijeran a nadie que lo habían visto, al tiempo que devoraba cualquier noticia del pueblo.

Una tarde, un conductor le dijo que su padre había muerto y su cuerpo había empezado a pudrirse.

Se subió en ese mismo autobús, se sentó junto a una ventana y dejó que la brisa marina que soplaba a través de los pandanos le golpeara el rostro. Durante el viaje, su mente vagaba y se imaginaba el cadáver putrefacto de su padre a sus pies. Para Margio, enterarse de que Komar bin Syueb había muerto sin que él hubiera tenido que cortarle el cuello era un auténtico milagro.

Se bajó del autobús al mismo tiempo que llegaba el camión con los cazadores de jabalíes y el pulso se le aceleró al darse cuenta de que se había perdido una excitante cacería. Docenas de cuones amarrados saltaron del camión y empezaron a deambular por la calle hasta que alguien se los llevó a casa del comandante Sadrah, justo al lado del cuartel. Cuatro chicos llevaban al hombro dos varas de bambú de las que colgaban dos cerdos gordos y con ojos vacíos. Margio pensó en lo contentos que se iban a poner los cuones cuando llegara el día de echarlos a pelear con los jabalíes. Cuando hubieran muerto, los comedores de cerdo se darían un festín en los restaurantes chinos de la playa. Le llegó el familiar aroma del fango. Saludó con la mano desde lejos, especialmente al comandante Sadrah, porque aún no habían enterrado a Komar bin Syueb y andar por ahí de charla no era lo apropiado.

No le gustó la idea de que a Komar bin Syueb lo enterraran junto a Marian. Mameh insistía en que, aunque no significara nada, era el último deseo de su padre. Cuando vio que se lo decía en serio, cedió y dejó que el destino se saliera con la suya. Yaciera donde yaciera el viejo, la pequeña Marian obtendría su venganza y Komar sería asesinado todos los días en el infierno por toda la eternidad. Se fue al *surau* porque allí habían llevado el cadáver de Komar y participó en las oraciones por el difunto. Cuando el *kyai* Jahro le preguntó si quería ver el rostro de su padre, negó con la cabeza inmediatamente; le preocupaba que quizá regresara de entre los muertos si aceptaba.

Antes de que se llevaran el ataúd a hombros, Mameh le entregó la cesta de pétalos de flores. Se preguntó de qué iban a servirle unos cuantos pétalos a aquella bestia podrida. Sin embargo, la mirada de Mameh le suplicaba que los esparciera encima del ataúd de su padre en lugar de arrojarlos por la alcantarilla. Se le ocurrió de pronto que

Mameh era la más cabal de la familia. Su corazón era sincero y no tenía cabida para el odio, y al mirarla le inundaron mil recuerdos agridulces de la niñez que habían compartido. Quizá consiguieran ser felices cuando entregaran a su padre a los infiernos.

El *kyai* Jahro entonó las oraciones y unos chicos llenos de barro del camión de los cazadores se unieron a la procesión. Margio caminaba detrás arrojando flores sobre el ataúd. A pesar de los coloridos pétalos, el ánimo de los que cantaban entre clamores las alabanzas del Profeta era cada vez más sombrío. Caminaban en fila por un sendero que atravesaba la reseca plantación de cacao en dirección al cementerio Budi Darma, bajo los rayos del último sol de la tarde que lo teñían todo de una luz rojiza. La tigresa se agitaba en su interior, pero él le decía en voz baja: «Mira, el tipo ya está muerto, de modo que cálmate, por favor». Cogió otro puñado de pétalos de la cesta y los lanzó al aire, pero esta vez se quedaron flotando como negándose a caer, como reflejando la reticencia de quien los lanzaba. Finalmente, aterrizaron en el sendero arenoso y el cortejo los sepultó bajo sus pies.

El enterrador esperaba pacientemente con la barbilla apoyada en el mango de la pala, fumando un cigarrillo liado a mano. Mameh tenía razón. Había cavado una fosa junto a la tumba de Marian. Margio recordó su funeral y cómo él mismo había clavado la lápida sobre el lugar donde descansaba el pequeño cuerpo de su hermana. Se detuvo un momento ante la tumba, esparció algunos pétalos y un súbito brote de emoción estuvo a punto de hacerle llorar.

Bajaron el ataúd y le quitaron la tapa. Komar bin Syueb estaba envuelto en un sudario que parecía una capa de barbero. El *kyai* Jahro salmodiaba oraciones que a Margio le resultaban incomprensibles porque nunca había terminado sus estudios de Corán y solo había leído las partes en árabe sin llegar a saber qué decían. Soltó la cesta sobre el montón de tierra y, como el resto de los presentes, alzó las palmas de las manos y dijo amén muchas veces. El *kyai* Jahro terminó las plegarias, los asistentes dijeron el último amén, se pasaron las palmas de las manos por la cara, y el enterrador bajó a la fosa y le pidió a Margio que le echara una mano. Margio se enrolló los pantalones, bajó rápidamente y se colocó junto al enterrador. Sentía la tierra húmeda bajo los pies, aquella misma tierra que pronto se convertiría en el último hogar de su padre.

Dos de sus amigos sacaron a Komar del ataúd y se lo pasaron a Margio y al enterrador. El cadáver pesaba mucho, lo cual sorprendió a Margio, que lo recordaba viejo y frágil y sabía de sus muchas enfermedades. Aun así, el cuerpo pesaba una tonelada. Los amigos de Margio se habían dado cuenta y Margio percibió la sorpresa en sus rostros. A Margio y al enterrador les tocaba ahora meter a Komar en su tumba. Se tambalearon, jadeando y forcejeando a causa del peso.

La fosa era demasiado corta y Komar no cabía en ella estirado. «Por el amor de Dios», se quejó el enterrador. «¡Pero si lo he medido!». Margio calculó que faltaban por lo menos treinta centímetros. Levantaron el cuerpo con cierta dificultad, deshaciendo los pliegues del sudario, y lo volvieron a meter en el ataúd. Margio esperó al borde de la fosa y el enterrador pidió que le pasaran la pala con tono desagradable y se puso manos a la obra. Se dio toda la prisa que pudo, arrojando paletadas de tierra desordenadamente. Se hacía tarde y la puesta de sol inundaba el cementerio de luz roja.

El cadáver de Komar pesaba aún más que la vez anterior. Nadie se explicaba cosa semejante. Sin embargo, las cuatro personas que alzaron el cuerpo notaron el cambio, era como si algo se estuviera hinchando en su interior. Margio supuso que sería el peso de sus pecados y frunció el ceño en silencio ante la idea de echarse al hombro los pecados de su padre. Con ayuda del enterrador, depositó el cuerpo en la fosa sin miramientos, dispuesto a no forzar demasiado la espalda.

Otro problema. Ahora la tumba era demasiado estrecha. ¿Se había expandido el cuerpo o era posible que la tumba se hubiera estrechado de alguna forma mientras el enterrador la alargaba? «Maldita sea», dijo furioso el enterrador. «Esta tierra no lo quiere». Margio y el tipo lucharon por sacar el cuerpo y meterlo en el ataúd una vez más antes de ensanchar la fosa. Lo volvieron a bajar y de nuevo era demasiado corta, Cavaron más aún y otra vez era demasiado estrecha. Parecía que las paredes de la fosa se cerraban, negándose a tragarse aquel cadáver.

El rostro del agotado enterrador palidecía a la luz del atardecer. El de Margio estaba rojo de ira. Todos miraban al *kyai* Jahro que estaba de pie en un montón de tierra canturreando plegarias en voz baja y pidiendo al Señor de Día del Juicio que aceptase aquel cuerpo pues los vivos no deseaban que quedara insepulto. Mientras procedía con sus mudas oraciones, el viento empezó a soplar con fuerza arrastrando hojas de los árboles. El *kyai*, aun moviendo los labios, cerró los ojos y los volvió a abrir de pronto para observar el cadáver que yacía a sus pies. Se volvió a los presentes y dijo,

—Enterradlo como podáis.

Metieron a Komar bin Syueb en la fosa agazapado como un perro dormido, sin importarles que faltara espacio. Hasta Margio sintió compasión. Quizá se lo merezca, pensó mientras miraba el cuerpo, que parecía doblado de dolor. Ayudó al enterrador a calzarlo con paletadas de tierra para que no se moviera. Alrededor del blanco sudario plantaron tablas de apoyo que hacían las veces de barrera entre el mundo de los vivos y el de los muertos, en el que confinaban a Komar.

Ya era casi de noche cuando la arenosa tierra rojiza lo cubrió del todo. El enterrador pisó lentamente la tierra sin compactarla demasiado. Era una precaución obligatoria por si los muertos resucitaban. Además, si tenía que cavar de nuevo en el mismo sitio, el trabajo sería menos arduo. Colocó la lápida con el nombre del difunto y el de su padre y esparció unas cuantas paletadas de guijarros alrededor. En un extraño arranque de compasión, Margio plantó un franchipán en uno de los extremos de la tumba y esparció el resto de los pétalos, de los que emanaba el aroma de la rosa, el jazmín y el ylang-ylang. Se marcharon y dejaron a Komar bin Syueb acompañado por la brisa marina y los fantasmas.

El viento amainaba mientras volvían con el ataúd vacío caminando por el sendero con pasos apresurados. El sudor resbalaba por la frente de Margio, pero no estaba cansado y se sentía más animado. Una y otra vez se decía, «Piénsalo, la bestia ha muerto, a partir de ahora cómo vivamos nuestras vidas depende solo de nosotros».

Al llegar a casa, Mameh le contó que su madre la había abofeteado y Margio se preguntó si Komar bin Syueb le habría dejado su brutalidad en herencia a Nuraeni. Cuando oyó la explicación de Mameh tuvo que sofocar una carcajada. Quizá tuviera razón y a su madre le conviniera volver a casarse. Aún era joven. ¿Cuántos años tenía? No creía que llegara a los cuarenta. Era demasiado pronto para abandonarla en un rincón por viuda. Estaba dispuesto a darle sus bendiciones a cualquier hombre que quisiera desposarla, siempre que no fuera como Komar y prometiera no ser cruel jamás. Estaba dispuesto a cualquier cosa a cambio de la paz de espíritu de su madre y, como Mameh, también había considerado permitirle que se volviera a casar. Dicho lo cual, había que reconocer que el mejor momento para proponérselo no era cuando acababan de enterrar a su marido. Por mucho que Nuraeni odiara a Komar, la insolente boca de su hija se merecía un bofetón. Margio le aseguró a Mameh que la locura de su madre se curaría con el tiempo y volvería a ser tan cariñosa como antes.

Mameh le pidió que matara los restantes pollos de Komar. Al principio no quería hacerlo, no comprendía para qué molestarse en cocinar una comida ritual por un hombre al que la misma tierra rechazaba. No le había contado a su hermana lo sucedido en el cementerio, preocupado de que solo sirviera para aumentar su tristeza, pero no estaba de acuerdo en ayudar a organizar una ceremonia religiosa por el hombre más vil que había conocido. Mameh insistió y le recordó que todos los seres humanos necesitaban plegarias y que Komar dejaba tras de sí unos cuantos pollos y conejos. Margio cedió y les cortó el pescuezo uno por uno mientras su hermana se afanaba en la cocina.

Margio recordó cuando le robaba los pollos a su padre como una nimia forma de venganza. Por entonces ya rondaba los veinte años y aunque Komar posiblemente supiera quién era el ladrón, no se atrevía a enfrentarse a él. Mameh sabía muy bien quién era el delincuente.

Una vez muertos los pollos, Mameh sacó un cubo con agua caliente para ponerlos en remojo. Empezó a desplumarlos. El arroz ya estaba listo porque lo había preparado todo mientras los demás estaban en el cementerio Budi Darma. En el fuego hervía el agua para cocinar la carne. Nuraeni se asomó a la puerta de la cocina para ver qué hacían justo cuando Ma Soma llamaba a la oración de la tarde en el *surau*. En su rostro había una expresión helada. Después de la muerte de Marian se había recluido en sí misma y ahora que Komar había muerto, parecía aún más ausente. Margio la miró y rogó al cosmos que le concediera un poco de la alegría que había sentido con el nacimiento de Marian.

La niña había estado enferma desde el principio. Su cuerpo era más pequeño que una de las pantorrillas de Margio, la cabeza algo mayor. Tenía los pómulos hundidos y el mentón prominente y parecía una especie de insecto palo. Al principio Margio no se dio cuenta porque la tenían siempre envuelta en pañales de color rojo y una manta, así que daba la impresión de que estaba gorda. Pero una mañana Mameh trajo un barreño de agua tibia y Nuraeni desnudó a la niña para bañarla, y Margio vio lo escuálida que estaba. Ya no lloraba antes del amanecer, solo estaba allí tumbada con los ojos medio cerrados.

—Creo que se va a morir —dijo Nuraeni.

Sus pechos no producían apenas leche y la poca que producían se terminaba en cuanto la niña empezaba a mamar. Kasia vino por la tarde con un biberón, pero la recién nacida se limitó a probarlo ligeramente, abriendo y cerrando los labios mientras le corría por las mejillas. Respiraba con pequeños jadeos, a veces lloraba en voz baja, pero la mayor parte del tiempo estaba en silencio como si su destino fuera crecer y convertirse en una niña obediente. Margio estaba sentado en una silla detrás de su madre observando con ansiedad a aquel ser pequeño y frágil e intercambiando miradas con Mameh y Nuraeni como si en el fondo de sus corazones los tres se preguntaran si la pequeña viviría un día más.

Margio respiró el aire fétido y húmedo de la habitación, en el que aún flotaban los olores del parto. El mimbre del techo estaba manchado de agua. La cal se desprendía y las perseverantes arañas tejían sus telas. Una bombilla rojiza brillaba débilmente. Había ropa apilada en una esquina del colchón y en una cesta. La vieja cartera del colegio de Mameh estaba sobre el mueble y sus zapatos sin estrenar debajo de la cama. Margio creía que las circunstancias habían conspirado para asfixiar a la pequeña.

Se puso en pie y pidió permiso para abrir una ventana. Nuraeni y Mameh estuvieron de acuerdo, así que Margio dejó que entrara la luz del jardín y una corriente de aire limpio trajo algo de calor y aroma de flores, hojas y tierra suelta. Sobre la niña cayeron unos rayos de luz y Mameh la apartó para que no sudara. La pequeña seguía medio dormida, inconsciente de la belleza del universo que entraba a darle la bienvenida.

—Creo que se va a morir —repitió Nuraeni. Su tristeza borraba todo recuerdo de la alegría que la niña le había causado. Dejó de susurrarle nanas y de acariciarle el escaso cabello. La miraba con tristeza, quizá sabiendo que su muerte estaba escrita y viendo cómo el alma de la pequeña ya se escapaba de su cuerpo. Margio no soportaba mirar a su madre y a la niña. Salió de la habitación y dejó atrás el proceso de la muerte y la profunda derrota de una madre desesperada.

Komar bin Syueb no había aparecido por casa aquel día y Margio pensaba muy en serio en decapitarlo. Se había dejado el instrumental de barbero en su habitación, así que era evidente que no había ido a trabajar. Su bicicleta y su gallo de pelea favorito no estaban. Margio se acordó de que su padre se había ido a la gallera que había en las ruinas de la estación de tren el día anterior, y solo Dios sabía dónde habría pasado la noche.

La estación estaba solo a unos cientos de metros de la parte trasera del número 131. Margio se encaminó hacia allí con las manos en los bolsillos. Dejó atrás una fila de casas, saludó brevemente con una inclinación de cabeza a un amigo y cortó camino por la fábrica de ladrillos hasta los raíles del tren. Las vías llevaban mucho tiempo fuera de uso, las traviesas de madera podridas, las vías de hierro oxidadas, una parte hundida en un ondulante mar de hierba a la altura de la rodilla. Algunos de los habitantes de las casas cercanas usaban los raíles para secar colchones o haces de leña, y otros extendían lonas y ponían al sol los granos aún con cáscara del arroz recién cosechado. Los pastores echaban a las cabras y las vacas a pastar por la alta hierba, que no se terminaba nunca pues crecía más deprisa de lo que los animales se la comían.

Margio recordaba la época en que el tren aún funcionaba, poco después de la llegada de su familia. Era una ruta que acababa en una vía muerta. A unas cuantas millas de distancia, el tren llegaba a la cabecera de la línea. Por las vías corría un único tren de ida y de vuelta, por eso paraba en cualquier sitio sin riesgo de colisiones. La gente decía en broma que había un pasajero que pedía que el tren lo dejara enfrente de su casa en vez de en la estación y otro que lo detenía para poder subirse. A veces el maquinista tenía que tirar del freno para no chocar con los haces de leña o con alguna vaca, que había que retirar para poder seguir viaje. Según los lugareños, la

broma era completamente cierta. Un buen día el tren dejó de pasar sin previo aviso ni mayores explicaciones, como una joven que abandona a su novio sin decir palabra.

El jefe de estación aún seguía allí, aunque nadie sabía si se había jubilado o esperaba el regreso del fantasma del tren. Vivía al lado de la estación en ruinas y la gente aún se refería a él como el Jefe de Estación. El edificio era poco más que huesos al descubierto. Había perdido su dotación entera pieza a pieza, excepto la eterna campana y el letrero con el nombre de la estación. El despacho de billetes contenía un colchón de mimbre sobre el que trabajaban varias prostitutas. El andén estaba lleno de palomares y jaulas. Era el palacio de las peleas de gallos y las carreras de palomas. Siempre que hacía bueno por la tarde, se veían pasar bandadas de pájaros más veloces de lo que el tren había sido nunca. En otro espacio los gallos brincaban y se clavaban los espolones.

Cuando Margio llegó, aún no había empezado el habitual bullicio. Solo había una madre sin hogar sentada con su hijo en un trozo de cartón y un perro rebuscando entre las basuras. No encontró a nadie a quien preguntar por el paradero de Komar bin Syueb. Contrariado, se apoyó en la barrera del paso a nivel. El muy cabrón debe andar por aquí, pensó Margio mientras inspeccionaba las salpicaduras de guano de gallina y paloma como buscando las huellas del gallo de pelea de su padre. Por un sendero que cruzaba las vías la gente empujaba sus bicicletas cargadas de racimos de plátanos verdes o sacos de quién sabe qué, aparentemente de camino al mercado. Las mujeres volvían de la compra agarrando sus cestas con firmeza. Se fue de allí dando patadas a las piedras y haciendo equilibrios sobre una de las vías.

Margio dejó de frecuentar el lugar al suspenderse el servicio del tren. Cuando aún le fascinaba la columna de humo negro que escupía la locomotora, se pasaba tardes enteras viéndola pasar. Cuando el tren daba la vuelta en la playa de maniobras, se subía a la locomotora con los demás niños y se colgaba de ella sin miedo mientras giraba. A veces, cuando oía el sonido del tren en la distancia colocaba un clavo de veinte centímetros sobre las vías para que las imponentes ruedas lo aplanasen. Así conseguía un pequeño cuchillo que solo había que afilar un poco para que cortase como un estilete. Una vez lo pillaron unos viejos y le dijeron que el tren iba a descarrilar por su culpa para asustarle. Margio no los creyó y siguió con lo suyo. En una ocasión el tren chocó con una voluminosa vaca y en lugar de salirse de las vías casi la partió por la mitad.

Ahora, en la estación mandaban Komar y sus amigos, los jugadores. Nuraeni estaba cada vez más loca y menos dispuesta a acostarse con él y en el jardín había aparecido una jungla de flores, así que se refugiaba en aquel santuario. Casi todas las tardes, volvía del

trabajo, arrojaba la bicicleta contra un rosal, cogía a su gallo de pelea y se iba a la gallera. Se quedaba hasta muy tarde bajo un farol de mercurio que funcionaba desde la era de oro de la estación, viendo las peleas, alimentando a su gallo o bañándolo en lo que él llamaba un cocimiento herbal.

A su familia no le interesaban sus asuntos, y como la pasión de Komar por el gallo aplacaba su agresividad, nadie se quejaba. Al parecer, las peleas de gallos canalizaban sus instintos brutales, de modo que los habitantes del número 131 disfrutaron de un poco de paz hasta el día que se enteró de que su mujer estaba embarazada y se puso frenético. A partir de entonces, empezó a pasar más tiempo aún en la estación. Alguien dijo que le habían visto durmiendo allí, quizá con una de las prostitutas del despacho de billetes, pero le daba exactamente igual. Cuanto menos anduviera por la casa, mejor. Nuraeni ya había sufrido bastante a manos de aquel tipo.

Había salido de casa con el gallo, pero en la estación no había rastro de él. Quizá se hubiera peleado con alguien que le había cortado el cuello y lo había descuartizado antes de meterlo en un saco con un par de piedras y tirarlo al río. Así desaparecería para siempre, pensó Margio con un escalofrío mientras caminaba por las vías y cruzaba la fábrica de ladrillos en dirección a su casa.

En el número 131 encontró al robusto gallo en su jaula con una piedra encima para que no la volcara el viento. El mismísimo Komar estaba dentro de la casa, repatingado en una silla fumando un cigarrillo de clavo. Aquello irritó profundamente a Margio, que le preguntó en tono burlón: «¿A qué debemos el honor, caballero?». Sin embargo, cuando vio su rostro arrugado y agotado, un dolor diferente se le instaló en el alma al mirar al hombre que había sido testigo, o que pronto lo sería, de la muerte de una niña que no era su hija, pero que había nacido de su esposa.

Margio se sentó en la otra punta del salón y le clavó la mirada sin decir palabra antes de girar el rostro hacia la habitación donde Nuraeni contemplaba con tristeza a la niña moribunda. Después miró de nuevo a Komar, enmohecido por los años. La familia estaba al completo, todos los miembros presentes y todas las fisuras y odios al descubierto. Aquello no podía ser bueno. Komar volvió los ojos hacia Margio un segundo, incapaz de sostenerle la mirada, y desvió su atención al cigarrillo que tenía entre los dedos. Margio lo observaba con los ojos entrecerrados sin saber qué estaría pensando y concentrado solo en su respiración. Mameh fue la única que se movió. Llevó el cubo de agua a la cocina antes de volver a la habitación y sentarse en el borde de la cama. Nuraeni, por su parte, levantó la vista hacia Margio un segundo y después siguió mirando a la niña, que se estaba quedando dormida, seguramente para no volver a despertar.

Aún estaba viva cuando amaneció, aunque ya casi no se movía. Los pechos de su madre se habían secado y, a pesar de los esfuerzos de Nuraeni, la niña solo bebió un poco del biberón de Kasia. Tenía los ojos hundidos y babeaba. De su cuerpo emanaba el olor de la muerte como el vapor de un cuenco de arroz caliente.

La niña batallaba con el Ángel de la Muerte y Komar se negaba a mirarla. No se había asomado ni una sola vez a la habitación de la que nunca salía porque a su madre le daba miedo que una corriente hiciera daño a una criatura tan pequeña. El cruel padre se limitaba a fumar cigarrillos de clavo en una silla. En caso de que su estómago insistiera en que lo llenara, se iba a la cocina y comía solo, sin pedir ni ofrecer nada a nadie. Margio no se movía mucho. Dormía en la silla y ni se acordaba de sus amigos. Observaba con frialdad lo que ocurría en la casa como si fuera una obra de teatro, pendiente de cómo cada actor representaba el papel que le había tocado.

A las nueve, Komar se fue a la barbería, después de lo cual reinó algo parecido a la paz, aunque Nuraeni temía por la pequeña. No era la vida de la niña lo que preocupaba a Margio. Si aquella muñequita medio viva se moría, estaba seguro de que su madre enloquecería más aún. Solo deseaba que Komar hiciera algo por su madre, sin tener en cuenta la paternidad de la cría, en lugar de atender solo a su gallo. Pero todos tenían claro que Komar se alegraba de que el bebé se estuviera consumiendo, que deseaba su muerte.

Al séptimo día, Komar desapareció. El resto de la familia se deleitaba en el hecho de que la niña hubiera sobrevivido tanto tiempo con las pocas gotas de leche que conseguía chupar del biberón. Nuraeni, Mameh y Margio empezaban a albergar esperanzas. Una semana era todo un hito. Si el bebé había conseguido llegar hasta allí, quizá aguantara un año, una década, o incluso más, aunque su cuerpo no se fortalecía y su respiración era imperceptible. Margio creyó vislumbrar una especie de sonrisa en los labios de Nuraeni y la mujer tuvo el valor de sacar a la niña de la habitación, bien tapada para protegerla de los elementos.

Era el momento de que Komar le pusiera nombre a la recién nacida. Después de todo, había nacido en su casa, y para los vecinos, él era el padre. En lugar de eso, desapareció sin decir a dónde iba. Margio lo buscó de nuevo sin éxito. Los útiles de barbero y el gallo seguían allí. Nuraeni llevaba desde temprano sentada en una silla en la parte delantera de la casa, meciendo a la niña en su regazo y cantándole nanas suavemente. «Pronto tendrás nombre», le susurraba. Pero Komar se había ido y no parecía que fuera a volver.

Fue Mameh quien le dijo a Margio que le afeitara la cabeza al bebé. Sin la ceremonia tradicional, y solo ante su madre y su hermana, Margio sacó unas tijeras y una navaja de barbero del instrumental su

padre. La niña seguía medio dormida en el regazo de su madre. Nuraeni le quitó el gorrito de lana y Margio le lavó la cabeza. Tomó un mechón de oscuro pelo negro con dos dedos de una mano y con la otra abrió las tijeras para empezar a cortar. Colocaron un trozo de papel sobre la mesa para recoger los jirones que iban cayendo. Después los pesarían y, según la tradición, le regalarían a un pobre el peso del pelo en arroz. Margio y Mameh vigilaban cada folículo para que no se perdiera nada.

El ritual terminó en diez minutos y los ojos de Nuraeni brillaron de felicidad. Le volvió a poner el gorrito a la niña para protegerla del aire amenazador. Margio le sugirió a su madre que le pusiera nombre, y ella eligió Marian. Se le ocurrió de pronto. Quizá fuera el nombre de uno de los personajes de los seriales que escuchaba por las tardes, cuando el vecino de la casa de al lado ponía la radio sobre una silla en su jardín y la gente se acuclillaba alrededor a escucharlos. O quizá alguna amiga de su juventud se llamara así. Margio y Mameh no le preguntaron. Les bastaba con que la pequeña tuviera nombre.

Murió ese mismo día antes de que tuvieran tiempo de terminar de comerse el gallo de pelea, al que Margio había matado vengativamente. Se fue sin un ruido, sencillamente se desvaneció, la media luz en que había vivido dejó paso a la oscuridad. Nuraeni se internó en la jungla de flores del jardín tratando de mantenerse erguida. Cogió flores mientras cantaba sus tristes canciones con los ojos arrasados en lágrimas.

Maharani no podía saber que existía una profunda herida en la familia de Margio, ocupada completamente por la niña muerta. Aquella noche durante la película, Margio estaba atormentado porque no sabía si confesarle a Maharani quién era el padre de Marian, y que era imposible que fueran amantes. Quería cortar por lo sano y mostrarle la horrible realidad, pero sus sentimientos se lo impedían, así como las incesantes expresiones de amor de la chica mientras se abrazaban en una esquina del campo de fútbol. Cuando se besaron, la verdad lo paralizó completamente.

Maharani notaba su inquietud, pero la atribuía a los nervios y a la falta de experiencia. Cuando lo acarició con coquetería intentando aliviar su timidez, Margio la miró con ojos angustiados, destrozado porque sabía que la ruptura era inevitable y se preguntaba si sería capaz de romper con ella.

No podía contarle lo que había visto poco después de que Komar bin Syueb descubriera que Nuraeni estaba embarazada y le diera una paliza de muerte. Cuando su marido se fue, Nuraeni se recobró. Se arregló cantando. Su buen humor resultaba inexplicable, casi perverso. La fortaleza de su madre lo asombraba, estaba cubierta de cardenales, pero al parecer no los notaba. Estaba como nueva, más

que una esposa vapuleada parecía una novia mimada. Se puso un vestido de color ocre y salió de la casa a toda prisa a pesar de su protuberante barriga. Margio la siguió en secreto y cuando la vio llegar a casa de Anwar Sadat, donde pasaba casi tanto tiempo como en la suya, se escondió para espiarla. Para entonces ya había empezado a sospechar de Anwar Sadat, cuya depravación y mirada lasciva eran bien conocidas. Margio quería pruebas, aunque no sabía muy bien qué haría con ellas en caso de conseguirlas.

Se acercó a hurtadillas hasta la casa arrastrando los pies. Entró por la puerta lateral sin llamar, como tantas veces había hecho a lo largo de los años. En el porche central había ropa tendida al sol. Lo normal habría sido que su madre estuviera haciendo la colada o preparando la comida. La casa estaba en silencio, parecía desierta. Margio entró sin hacer ruido con los ojos fijos en un cuadro de la pared. Maesa Dewi estaba con el bebé en su habitación, la puerta ligeramente entornada. En la cocina no había nadie. Se dio la vuelta y se plantó ante la puerta del dormitorio de Anwar Sadat. Quería abrirla, pero no pudo. Decidió marcharse.

En la parte oeste de la vivienda, debajo de los numerosos ventanales de la casa, un murete rodeaba un bancal elevado en el que la familia cultivaba naranjas y plátanos. El lugar era tabú para los extraños, excepto para Margio que solía ocuparse de podar las hojas marchitas de los plátanos. Miró por la ventana del dormitorio delantero y comprobó que estaba vacío. Laila había salido. Ya había visto a la perezosa Maesa Dewi tapada en la cama con una manta a pesar de que la luz del sol inundaba su habitación. La tercera ventana, la de Maharani, estaba siempre cerrada y solo se abría cuando la joven regresaba a casa de vacaciones. Margio se detuvo delante de la siguiente habitación.

En el interior oyó unos gemidos amortiguados. No había duda de que Anwar Sadat y su madre estaban haciendo el amor. Llevado por la curiosidad, o quizá por la malicia, se acercó a pesar de que ya sabía la verdad. A través de la ventana cubierta por una cortina roja vio a su madre desnuda debajo de Anwar Sadat. Ignorantes de que hubiera un mirón, sus cuerpos se mecían, entregados e inseparables. Margio quería ver la expresión de su madre, descubrir el brillo de su rostro empapado en sudor del que la pasión había borrado veinte años de malos tratos. Verlos absortos en el éxtasis amoroso lo llenaba de felicidad. Contempló aquellos cuerpos que giraban disolviéndose el uno en el otro hasta que la prudencia lo hizo volver a casa. Necesitaba sentarse un rato y aclarar las ideas. Por el camino le entró un dolor de cabeza mucho más fuerte que cualquier resaca. Quería llorar.

Aquella misma tarde en la garita del vigilante nocturno se bebió todo lo que cayó en su mano, sobre todo cerveza mezclada con el arak

del chiringuito de Agus Sofyan. Tumbado, entre toses y vómitos, farfulló incoherentemente acerca de una mujer maldita y un zorro sediento de sangre. Sus amigos no entendían una palabra. «Solo por esa sonrisa, te perdono que te acuestes con los cabrones que quieras», dijo. Casi se vuelve loco de tanto pensar en el caos de su familia, pero de pronto, en un momento de extraña epifanía, se puso del lado de su madre. No era capaz de negarle un poco de felicidad.

Tras la muerte de Marian y la caída de su madre en la espiral del desgarro, Margio quería la cabeza de su padre. Finalmente, el tipo volvió con expresión victoriosa poco después del funeral. Sin embargo, Margio no tenía el coraje de lanzarse sobre su padre machete en mano. Se lo impedía el recuerdo de los cuerpos desnudos de su madre y Anwar Sadat. A pesar de la repugnante arrogancia de su padre, sentía compasión por él. No obstante, el deseo de acabar con su vida no desaparecía. La mañana que conoció a su tigresa, el deseo era especialmente intenso. Le hervía dentro provocando a la fiera, deseosa de lanzarse a la garganta de Komar bin Syueb.

La ira se apoderó de él aún con más fuerza cuando Maharani llegó el día siguiente a la muerte de Komar. Estaba a punto de celebrar la liberación de la familia, miraba con optimismo a un espléndido futuro sin la bestia de su padre. Entonces se encontró con Maharani y ella le confesó su amor. No tuvo más remedio que contárselo todo, tenía que quitarle de la cabeza cualquier esperanza de que iniciaran una relación. Cuanto más lo retrasara, más difícil sería sincerarse.

El segundo rollo de la película comenzó, lo cual quería decir que llevaban casi una hora abrazados besándose tímidamente. La inquietud de Margio la desazonaba. Interrumpió un último intento de besarlo y lo miró con ojos acusadores, exigiendo en silencio una explicación. Sintiéndose culpable y avergonzado, Margio se preparó para recibir el castigo por un crimen del que era inocente.

—Dímelo, ¿Es que no te gusto? —preguntó ella mientras sus hombros comenzaban a temblar. Al oír sus sollozos, Margio la miró a la cara y le tomó las manos, pero ella lo rechazó. Intentó cogerla de los hombros, pero ella retrocedió. No fingía; su desconsuelo era real. Para Margio no había forma sencilla de acabar con aquello.

—Hay una cosa que no sabes —dijo con voz clara y decidida.

Maharani seguía llorando. Aquella misteriosa declaración no le interesaba. Dijera lo que dijera, sus palabras conducirían a la misma conclusión: su relación era una pérdida de tiempo; los besos, el cariño no significaban nada; sus sentimientos no le importaban. Él no la amaba, y no había más que hablar.

—Nuestro amor es imposible —dijo él.

—¿Por qué?

Lo miró a los ojos con la nariz húmeda e irritada, el pelo pegado a las mejillas. Devolverle la mirada lo acobardaba. Lamentaba todo lo que estaba sucediendo. Deseaba que su madre no hubiera hecho lo que había hecho para poder abrazar a Maharani y besarla. Pero Maharani lo miraba desafiante, exigiendo una respuesta. Ya no había vuelta atrás.

Margio resopló y las palabras le salieron a borbotones.

—Tu padre se acostó con mi madre y nació una niña llamada Marian. Murió al séptimo día de vida porque mi padre lo descubrió y le pegó tal paliza que la niña nació prematura.

Su llanto se cortó de raíz. Se quedó atónita observando aquellas palabras que en principio era incapaz de digerir. Solo sabía que Margio había pronunciado una verdad tan importante como las lecciones del Corán de los sermones del *kyai* Jahro que se oían los viernes a través del altavoz de la mezquita.

Maharani se puso en pie, los ojos fijos en Margio con la expresión de quien descubre a un mentiroso. Tartamudeó, quería decir algo, pero finalmente se limitó a morderse el labio. Margio le devolvió la mirada, dando fe en silencio de que decía la verdad. No necesitó describir la ventana desde la que había visto el forcejeo amoroso de los amantes. Maharani podría juzgar la veracidad de sus palabras en la sencilla firmeza de sus ojos. Ella echó a andar y se alejó. Cruzó la calle sin molestarse en comprobar que no pasaran coches que podían romperla en pedazos, con los vaqueros de campana ondeando al viento mientras caminaba. Se fue hacia su casa limpiándose los ojos, incapaz de dejar de llorar. Aquella noche, Anwar Sadat se extrañaría del comportamiento de su hija, que se encerró en su habitación hasta el día siguiente y después se largó sin dar explicaciones.

Margio volvió a casa después de la película y se sintió aliviado, aunque la pérdida de Maharani era una tortura. Se sentó en el porche ante la jungla de flores de su madre y se juró a sí mismo que allí acababan las desgracias en su vida. Se habían roto dos corazones, pero no quedaba más remedio. Seguía allí sentado cuando una llovizna limpió la tierra a media noche. Una brisa fresca y reconfortante portaba el aroma de la tierra húmeda. Mameh abrió la puerta y le dijo que entrara, pero Margio se quedó allí, girando en un torbellino de especulaciones y pensamientos.

Empezó a llover más fuerte, el agua desbordaba las alcantarillas. Deseaba que el cielo se vaciase y que al día siguiente no lloviera durante la cacería de jabalíes. El recuerdo de las cacerías le devolvió la vitalidad y predijo que se acercaban días espléndidos. Tenía a su tigresa, su repugnante padre se había ido, así como Maharani, que se había convertido en una carga. Todo lo que necesitaba en su casa era a Mameh y a su madre.

Estuvo despierto toda la noche. La lluvia cesó al amanecer, pero los vientos soplaban y algo en la turbulenta atmósfera le dijo que Maharani había abandonado el pueblo. Acarició la idea de verla y hacer las paces. Ella no tenía la culpa de lo sucedido. Era cosa del destino. Olfateó en la brisa un aroma pasajero que le decía que las lágrimas aún bañaban el rostro de la joven, de camino a la estación con su equipaje después de negarse a que Anwar Sadat la acompañara. Margio debía estar a su lado, igual que la noche en que se refugiaron juntos bajo el paraguas. Debía llevarle las maletas, ayudarla a subir al autobús, decirle que seguiría allí a su regreso y decirle adiós con la mano cuando el motor arrancara y los neumáticos comenzaran a rodar sobre el asfalto. Sin embargo, todo aquello no eran más que ensoñaciones; en la vida real todo estaba perdido. Solo quedaba la preciosa lección de que el amor duele y la convicción de que ese dolor es inevitable.

Tenía los ojos inyectados en sangre, pero no le apetecía dormir. Mameh y Nuraeni ya estaban despiertas. Mameh alborotaba en la cocina, su reino durante los últimos años, mientras que Nuraeni estaba sentada en su silla bebiéndose el café dulce y humeante que su hija le había preparado. Tenía un aspecto marchito, estaba aún más consumida que durante los tristes años que había vivido bajo el puño de Komar. La muerte de Marian había sido el peor golpe de su vida, peor que los duros latigazos del sacudidor de ratán. Margio la miró y se preguntó si la muerte de Komar verdaderamente los liberaría de algo, si el sufrimiento que les había infligido terminaría algún día. La respuesta se encontraba en aquel rostro que parecía el lecho de un río seco.

Margio se comió un trozo de tofu que había en la mesa y salió a la calle para sentir el calor del sol naciente. No tenía duda de que Maharani ya había partido. Vio a Anwar Sadat con sus pantalones cortos y su camiseta de tirantes de la joyería abc quejándose de la actitud de su hija en el puesto de tortitas. Intercambiaron un par de miradas, y Margio se dio cuenta de que aquella era la única persona en el mundo capaz de hacer feliz a su madre. En lugar de detenerse en el puesto, Margio siguió caminando hasta casa del comandante Sadrah y estuvo un rato jugando con los cuones. Le gustaba jugar con aquellos animales y hacerlos saltar a su alrededor, pero su mente retornaba una y otra vez a Nuraeni y Anwar Sadat. Estaba al límite.

Recorrió las estrechas callejuelas del pueblo, cruzándose con sus amigos sin detenerse a conversar. Ese día no fue a casa. Solo comió unas guayabas del árbol del jardín de la tienda de empeños. Le pidió un cigarrillo a Agung Yuda. Quería dormir en la garita del vigilante nocturno, pero sus ojos no se rendían al sueño. Le rondaban por la cabeza inquietantes pensamientos sobre su madre.

Quería hablar con su amigo Agung Yuda pero la vergüenza y la humillación se lo impedían. Estuvieron juntos haciendo el tonto por el campo de fútbol hasta que se tumbaron en el suelo a contemplar el vuelo de las palomas en las profundidades del cielo. Después se llevó a su amigo al chiringuito de Agus Sofyan. Tampoco allí pudo desahogarse. En lugar de hacerlo, se dedicó a torturarse pensando en Maharani, que siempre había sabido escucharle y hablar con él sin reservas.

Después de vagabundear durante todo el día, se encontró de pronto frente al jardín de Anwar Sadat. No llevaba armas ni tenía intención de matarlo. Solo quería hablar. No era el miedo lo que lo hacía vacilar, sino la vergüenza. Cuando vio la puerta abierta y a Anwar Sadat dentro de la casa con la misma ropa que llevaba por la mañana, se acercó a él. Tenía que hablarle mientras le quedara valor.

—Sé que te has acostado con mi madre y que Marian era hija tuya —le dijo.

La declaración quedó suspendida en el aire. El rostro de Anwar Sadat se puso del color de la ceniza.

—Cásate con mi madre y será feliz.

Anwar Sadat sacudió la cabeza con nerviosismo y respondió entre tartamudeos.

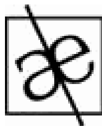
—Tú sabes que eso es imposible. Tengo mujer e hijas. —Algo en su rostro decía que la propuesta de Margio era absurda, lo cual convertía en innecesario lo que dijo después.

—Además, yo no quiero a tu madre.

En ese momento, el tigre salió del cuerpo de Margio, blanco como un cisne.

ESTA EDICIÓN, TERCERA, DE *HOMBRE TIGRE* SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN MADRID EN NOVIEMBRE DE 2018

www.armaeniaeditorial.com



NOTAS

1 Palabra javanesa para aludir a un experto en Islam, a veces director de un internado de estudios religiosos (de aquí en adelante, todas las notas son del traductor).

2 Alimento fermentado tradicional indonesio y malayo a base de soja.

3 Centro de reunión de algunas zonas de Sumatra y la península malaya que se utiliza para el rezo y la enseñanza religiosa. Sus funciones son parecidas a las de la mezquita, pero los *suraus* son normalmente más pequeños, están financiados por la comunidad y no están segregados. Pueden compararse con las *zawiyas* árabes o los *hosseiniyas* chiíes.

4 El cuón, dhole o perro jaro es un cánido salvaje que vive en manadas, autóctono de ciertas zonas de Asia. Está clasificado como animal en peligro de extinción por la Unión internacional para la Conservación de la Naturaleza.

5 Es la oración funeral por los muertos: *Inna lillahi wa inna ilayhi raji'un* (A Dios pertenecemos y a Él regresamos).

6 Género de música folklórica indonesia de raíces árabes e indias.

7 También llamado *Astaghfirullah*, es la expresión y el acto de buscar el perdón de Dios.

8 Es la oración islámica del anochecer.

9 Nombre que recibe en Indonesia el *Eid al Fitr*, o Pascua de los sacrificios islámica.

10 Reino de Java del siglo xv situado en la actual Bogor.

11 Oración islámica del amanecer, normalmente llamada *Fajr*.

12 Escuela islámica, tradicionalmente asociada a una mezquita, en la que se enseña el Corán y se imparte educación religiosa.

13 También conocido como di/tii (Darul Islam/Tentara Islam Indonesia), Casa del islam/Fuerzas Armadas Islámicas de Indonesia, y nii (Negara Islam Indonesia), Estado islámico de Indonesia, es un grupo armado islamista indonesio y malayo fundado en 1942 por el carismático líder Sekarmadji Maridjan Kartosoewidjo.

14 Ya-Sin es la sura número 36 del Corán, tiene 83 versículos y fue revelada en La Meca. Es una de las suras más importantes y trata acerca del establecimiento del Corán como fuente divina, al mismo tiempo que advierte a aquellos que se burlan de las revelaciones de Dios e insisten en no creer. Asímismo, relata los castigos sufridos por anteriores generaciones de no creyentes como advertencia a las generaciones venideras. Finaliza dando argumentos a favor de la resurrección y del poder absoluto de Dios.

15 *Isha'a*, la oración islámica de la noche.

16 Profesión de fe islámica: *lā 'ilāha 'illā llāh muhammadun rasūlu llāh* (No hay más dios que Dios y Mahoma es su profeta).

17 Expresión árabe que los musulmanes pronuncian en las cinco oraciones diarias y siempre que se menciona el nombre del profeta.

18 Cuchillos tradicionales para cosechar el arroz, anteriores a la aparición de la hoz. Están entre las herramientas más antiguas que se conocen.

19 Nombre que se le da al líder de una región en las sociedades tradicionales de Indonesia y Malasia.

20 Palabra indonesia y malaya para aludir a una aldea.